



De príncipes, caciques y otros animales políticos

Ignacio Iturralde



Polémica y controvertida, la obra del gran teórico del poder que fue Nicolás Maquiavelo no deja a nadie indiferente. Poseedor de la inteligencia práctica más privilegiada de todo el Renacimiento, Maquiavelo reflexiona sobre la naturaleza humana en la acción política, poniendo el acento en los actos y no en las ideas justificadoras o en los principios morales. Su mirada nos coloca ante un espejo que muchos prefieren no mirar, si bien es cierto que líderes de todo el planeta guardan un ejemplar de *El príncipe* en su mesilla de noche. La importancia de su realismo político es enorme y su influencia no ha hecho más que aumentar con el paso del tiempo. La presente obra aborda los consejos que Maquiavelo proporciona a todos aquellos que aspiran a vencer en la contienda por el poder, un juego que, como la guerra y el amor, carece en apariencia de reglas.

Manuel Cruz (Director de la colección)



Ignacio Iturralde

Maquiavelo

De príncipes, caciques y otros animales políticos

Descubrir la Filosofía - 9

ePub r1.1
Titivillus 29.12.16

Ignacio Iturralde, 2015
Diseño de cubierta: Víctor Fernández y Natalia Sánchez
Ilustración de portada: Nacho García
Diseño y maquetación: Kira Riera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



¿Qué importancia tienen los medios si estos permiten llegar finalmente?

NAPOLEÓN BONAPARTE

Nicolás, el príncipe de la política real

> Y en las acciones de los hombres, y más aún en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que recurrir, lo que cuenta es el fin. Trate, por tanto, un príncipe de vencer y conservar el Estado: los medios siempre serán juzgados honrosos y encomiados por todos, pues el vulgo siempre se deja llevar por la apariencia y el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo, careciendo los pocos de sitio donde la mayoría tiene donde apoyarse.
>
> *El príncipe*, capítulo XVIII

Nicolás Maquiavelo —o Niccolò Machiavelli, en italiano— es un pensador tan original como demonizado. Ciudadano destacado de la Florencia del Renacimiento —vivió a caballo del *Quattrocento* y el *Cinquecento*—, fue político por vocación y filósofo por obligación. Es a esta segunda faceta profesional a la que debemos un legado teórico que sentó las bases de lo que hoy conocemos y estudiamos como Ciencias Políticas.

La filosofía de Maquiavelo versa fundamentalmente sobre el poder. Su método parte de la observación —tanto de primera mano como a través del testimonio de los grandes historiadores clásicos— de los éxitos y los fracasos de los más poderosos. Sus tesis están planteadas con una frialdad inquietante, como lo hubiera hecho de haber estudiado el comportamiento de los chimpancés pigmeos, en lugar del de sus semejantes. Esta doble decisión (estilística y metodológica) es especialmente sorprendente porque el mismo Maquiavelo tomó parte en dicho estudio como actor principal —antes de saber que también acabaría siendo su teórico y cronista— y porque su vida, con sus altibajos, es un caso palmario del «virtuoso» al que los cambios repentinos de fortuna le amargaron la existencia. Hasta sus propias desventuras se explican con facilidad a partir de la teoría que él mismo desarrolló, aunque no fuera esta su intención al llevar a cabo tan brillante labor.



Retrato del secretario Nicolás Maquiavelo por el pintor manierista Santi di Tito. Esta obra está expuesta en el Palazzo della Signoria o, como es popularmente conocido, Palazzo Vecchio, sede del gobierno de la república de Florencia durante el Renacimiento.

Ciertamente, Maquiavelo empleó una forma tan distante y desafectada para relatarnos unos hechos brutales y exponernos unas ideas heterodoxas en grado sumo que la reacción habitual al asomarnos a sus principios, si no se cuentan con las medidas de protección reglamentarias, es el vértigo. Y tal como hace el vértigo, su obra produce a algunas personas una incontrolable y peligrosa atracción, mientras que a muchas otras les genera una repulsión visceral e igualmente irracional. Estas infundadas sensaciones —en los términos más estrictamente filosóficos— son las que vamos a serenar en las páginas siguientes. Sirvan estas líneas, pues, para confeccionar un arnés con el que sentirnos seguros ante los abismos que este filósofo descubrió a la humanidad.

Hasta Maquiavelo, los pensadores ocupados en la política habían planteado sofisticadas teorías más desde el deseo que desde el análisis empírico de la realidad histórica. «Si todos los hombres fueran buenos…» era una de las

hipótesis imposibles sobre las que aquellos construían sus castillos en el aire. De hecho, la implicación de los sabios en la política había sido notable ya desde Atenas, como notable había sido el influjo de la idea platónica de los «reyes filósofos». Tanto es así, que algunos gobernantes contrataron a sesudos pensadores para que educaran a sus primogénitos, como fue el caso de Aristóteles con su alumno Alejandro Magno o de Séneca con el futuro emperador Nerón. En otras ocasiones, incluso, se intentó poner en práctica algunas de estas ideas entusiastas, con resultados poco satisfactorios, como le ocurrió a Platón en Siracusa. La *República* de este último, por ejemplo, propone medidas tan extremas e irrealizables como suprimir la familia y la propiedad privada de los servidores públicos, algo que, de ser factible, sin duda reduciría la corrupción. En resumidas cuentas, todos los sistemas políticos propuestos por los teóricos hasta Maquiavelo no tuvieron en cuenta a la Fortuna, la fuerza imprevisible del azar, como si implicarla en estas reflexiones supusiera perder altura intelectual. Pero nuestro secretario florentino sí le dio un papel protagonista a la diosa más caprichosa: «Con todo, y a fin de preservar nuestro libre albedrío, juzgo que quizá sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deja para nosotros» (cap. XXV).[1]

Frente a las buenas intenciones de sus predecesores, Maquiavelo prefirió ocuparse del realismo político, de la política como la técnica de lo posible, de lo que en efecto puede llegar a ser real (y no de lo deseable pero irrealizable). El secretario inaugura así la forma de concebir el arte de gobernar que hoy conocemos como *Realpolitik*, es decir, como una arena donde las decisiones se toman de forma pragmática, teniendo en cuenta intereses personales y de forma muy determinada por la coyuntura real. Y para ocuparse de esta práctica del poder plenamente mundana, lleva a cabo «un ejercicio de análisis empírico implacable en busca de lo que Maquiavelo llamaba la verdad efectiva de las cosas, basado en un método de análisis histórico y pragmático que no ha dejado espacio alguno al juicio moral y a la prescripción teórica»[2]. Este florentino rompe, por tanto, con la tradición de la teoría política que se remonta tanto a Platón como a Aristóteles.

De esta forma, Maquiavelo puso en marcha la lenta emancipación del ser humano de dos férreas cadenas que lo ligaban a un oscuro pasado de sumisión:

la concepción medieval del hombre y la más estricta moral cristiana. Dio así el primer paso de la humanidad hacia su mayoría de edad, y al mismo tiempo abrió una senda que lo llevó a despreciar los valores religiosos tradicionales, aquellos que premian la subordinación y la pasividad terrenales, en favor de una supuesta salvación transmundana. Porque su filosofía es fundamentalmente práctica y tiene los dos pies bien asentados en esta tierra. No le preocupa para nada cuál es el destino que nos tiene reservada a los hombres la Providencia después del Juicio Final.

La originalidad de Maquiavelo en la historia del pensamiento occidental es en este sentido manifiesta. Se opone a la debilidad resultante de los severos valores que rigen la vida privada de los fieles devotos y se decanta por la moral más vigorosa y vital del paganismo de la Roma precristiana. Y al descartar ciertos preceptos antropológicos y ciertas ideas preconcebidas, sustituyéndolos por criterios meramente prácticos, Maquiavelo despeja la maleza que cubría una «vía aún no hollada por nadie», según sus propias palabras, pero que, después de él, transitará toda una ristra de renombrados filósofos (morales y políticos) como son Spinoza, Nietzsche o el propio Foucault. Como escribiera Ernst Cassirer, con Maquiavelo en realidad nos encontramos ante «las puertas del mundo moderno»[3].

Como resultado, Maquiavelo es uno de los autores más universalmente citados. Desde la publicación de su obra, se han dado una gran cantidad de interpretaciones. Una numerosísima y variopinta colección de actores políticos siguen cada día los consejos que nos legó el florentino hace más de quinientos años. Tal es su popularidad, que hasta el diccionario recoge el adjetivo «maquiavélico», que, junto con «pírrico» y «draconiano», conforman el conjunto de términos relacionados con la política cuyo origen es personal[4]. Esta notoriedad desmesurada —no debemos olvidar que Maquiavelo es un filósofo político del siglo XVI con una producción más bien escasa— es la mejor y más barata publicidad para su obra más universal, *El príncipe*, un supervenítas para el que no pasa el tiempo, que ha sido recientemente adaptado hasta al género del cómic *manga*, y que el propio autor nunca llegó a ver publicado en vida.

Sin embargo, esta misma fascinación general, bien sea para defender o para atacar al florentino, no es tan beneficiosa para la teoría que desarrolló. Porque,

como sabe todo librero, que se vendan muchos libros no significa que se lean. Y porque si hay un pensador al que no se debe citar sin el debido contexto y un mínimo de explicación, ese es Maquiavelo. No obstante, el 99,9 % de las veces que se invoca a este autor se pasan por alto estas precauciones, justamente porque la cita es hermana de la brevedad y la concisión, prima hermana del asombro y el efectismo. De todo ello se deduce fácilmente que la exposición pausada y sosegada del pensamiento de Maquiavelo es de una relevancia particular. Un ejemplo de ello es el archiconocido aforismo «el fin justifica los medios». Esta es la inolvidable tesis por la que se recuerda a Maquiavelo, aunque él nunca la llegó a formular en estos términos. Omitiendo lo anecdótico de pasar a la posteridad por algo que no has dicho, la atribución de esta máxima al florentino es injusta por varios motivos que trataremos en profundidad en el capítulo final.

La naturaleza humana fue la principal preocupación de Maquiavelo. Más concretamente, la naturaleza humana y la naturaleza del poder entendidas como una sola, es decir, la naturaleza humana frente a los juegos de poder. Las ideas y las observaciones de este florentino eterno nos enfrentan a una parte de nuestra condición humana que tal vez preferiríamos mantener oculta. Incluso a nuestra recatada conciencia. Tal es nuestro pudor. Y tal, nuestra vanidad[5]. Pero Maquiavelo, que se había fijado como objetivo escribir un manual para el aprendiz de príncipe, se interroga sin la más mínima ñoñería cómo se gana este juego por preservar la corona. En su opinión, lo importante no es participar, ni siquiera hacerlo bien (con arreglo a las normas), sino que lo único que importa es hacerlo mejor que tus adversarios, ganar, vencerlos, derrotarlos, asegurar el trono. Eso es jugar bien para Maquiavelo. Y, ¿qué hace falta para vencer?, se pregunta a continuación. Porque la victoria es lo más relevante, la única medida del éxito, y si no la puedes alcanzar de otro modo, no hay nada equivocado en hacer trampas. Lo malo, definido en estos nuevos términos, es la derrota, por muy honrosa y elegante que haya sido la forma en que sucumbió el perdedor.

Esta es la terrible realidad a la que nos enfrenta tan lúcido secretario. El ser humano debe estar prevenido ante la capacidad de sus semejantes de hacer el mal para conseguir sus fines. El ser humano ambicioso no se refrenará en los medios (escogiendo solo los legales o los moralmente aceptados), sino que hará todo lo posible por alcanzar sus objetivos. El príncipe, el monarca o el

gobernante que tenga remilgos, éticos o de cualquier otro tipo, o que sea demasiado inflexible, está condenado a la derrota. Si hay algo que puede tener por seguro este último es que sus contrincantes no los tendrán. Tal es la inmutabilidad de nuestra condición, en opinión de Maquiavelo, y que hoy podemos verificar como hace medio milenio, cuando se redactó *El príncipe*. Porque, para el autor, sus contemporáneos no habían cambiado un ápice de aquellos ciudadanos de la Roma imperial. Hoy podemos preguntarnos si nuestra naturaleza como animal político continúa siendo la misma que en el Renacimiento. Y si acordamos que es muy probable que así sea, convendremos que dicha continuidad secular es la que mantiene intacta al paso del tiempo la actualidad de Maquiavelo. Su pensamiento no hace sino resplandecer con la incesante sucesión de príncipes, reyes, caciques y otros líderes de la más diversa ralea.

Conviene apuntar aquí unas pocas palabras sobre la elección del título de este libro. *Maquiavelo. De príncipes, caciques y otros animales políticos* hace referencia a todo un elenco de líderes que buscan hacerse con el poder y perpetuarse en él a toda costa. Si bien es cierto que este florentino escribió un manual o una guía para príncipes, para monarcas renacentistas (sobre todo para aquellos que eran nuevos en estas lides), la extrapolación que nos hemos permitido desde este tipo básico no es especialmente problemática. Porque en la Italia del siglo XVI, los consejos maquiavelianos servían igual a Lorenzo II de Médici, a quien dedicó la obra, como a cualquier otro señor o mercenario ambicioso que persiguiera derrotar a un príncipe de otra dinastía, fuera esta hereditaria o no. Además, con el tiempo, este decálogo de las leyes del poder ha sido empleado por caciques, monarcas absolutistas, tiranos, emperadores y dictadores varios. Sus enseñanzas han sido adaptadas, con resultados dispares, a diversos ámbitos de la vida contemporánea. Hay adaptaciones de *El príncipe* para mujeres, para ejecutivos, para principiantes y hasta para los temidos narcos.

Aclarada la intención precisa del título, nos queda presentar la estructura de este texto. La obra está organizada en cuatro grandes bloques: esta breve introducción, dos secciones centrales y la conclusión final. La parte central aborda, en sendos capítulos, las dos facetas principales de Maquiavelo que ya apuntamos: su vocación como político y su retiro forzado del servicio público, que lo llevó a dedicarse a la filosofía más propiamente política. En el capítulo

que sigue a esta introducción, el titulado «El diplomático tecnócrata», vamos a repasar la biografía pública del florentino en relación con las ideas más importantes de su pensamiento. En esas páginas, trataremos los aspectos más prácticos de su pensamiento, es decir, las conclusiones o consejos que Maquiavelo recomienda para alcanzar el éxito en la arena política. Como quiera que tales máximas fueron el resultado de su experiencia como diplomático de Florencia, las iremos presentando en paralelo a la narración de los hechos históricos y biográficos que las motivaron. Porque resulta necesario saber cómo fue tanto la vida de alto funcionario florentino como el contexto político de la Europa renacentista, pues de allí Maquiavelo extrajo el material sobre el que basó su posterior teoría del poder. La profundidad del análisis y los principios de acción derivados solo se entienden ligados a la propia implicación del secretario en episodios trascendentales de la historia florentina. El hilo conductor de este capítulo —al mismo tiempo biográfico y práctico— son una serie de misiones como enviado diplomático ante las grandes potencias de la época: la Francia absolutista, la Italia fragmentada y la Alemania imperial. Conoceremos entonces a Girolamo Savonarola y a César Borgia, a Piero Soderini, a varios papas —todos ellos, ambiciosos y aguerridos—, a monarcas absolutistas, el emperador Maximiliano I y, cómo no, a muchos miembros de la poderosa familia Médici. El capítulo termina con un «Game Over», título que responde al cambio de fortuna que dio con los huesos de Maquiavelo en la cárcel, donde fue torturado por una falsa acusación de conspirador.

El tercer capítulo nos servirá para presentar *El príncipe*, la obra más intemporal de cuantas escribió Maquiavelo. En él vamos a abordar la exposición de las cuestiones más propiamente teóricas (tipología de regímenes, fuerzas que operan en la historia, relación entre moralidad y política, etc.). Pero, además, se presentarán las ideas maquiavelianas más importantes sobre dos cuestiones también prácticas: cómo hacerse con el poder y cómo mantenerse en él. El enfoque que vamos a adoptar en esta descripción es realista, como no podría ser de otro modo tratándose del secretario Nicolás. Realista por tres motivos: porque vamos a describir los hechos políticos tal cual son —y no como deberían ser o como nos gustaría que fuesen—, porque tendremos ocasión de comprobar hasta qué punto la teoría maquiaveliana está basada en ejemplos reales de la Historia y, finalmente, porque defenderemos que la política es un arte que se rige por la

realidad y las circunstancias concretas, mucho más que por principios ideológicos o compromisos ético-filosóficos.



Napoleón Bonaparte fue uno de los mayores admiradores de Maquiavelo. Muestra de ello son las anotaciones que realizó de su puño y letra en las obras del florentino que leyó.

La repercusión del pensamiento maquiaveliano se puede rastrear en muchos ámbitos, desde el arte, como en Shakespeare o Cervantes, hasta la política moderna, con Henry Kissinger y Richard Nixon como alumnos destacados de su doctrina. *El príncipe* sirvió de inspiración a grandes tiranos, desde Napoleón, quien lo anotó con profusión (como hiciera anteriormente la reina Cristina de Suecia), hasta Stalin. Benito Mussolini escribió su tesis sobre esta obra y una introducción a la misma. Incluso Tupac Shakur, uno de los máximos exponentes del rap conocido como *gansta*, cambió su alias por «Makaveli» después de pasar un período entre rejas que aprovechó para leer la obra del florentino. Mike Tyson, el boxeador, también se ha declarado abiertamente y en repetidas ocasiones admirador de nuestro autor. Incluso la saga de videojuegos *Assassin's Creed («El credo del asesino»)* cuenta con la presencia de una caricaturización del secretario convertido en espadachín. No es descabellado afirmar que Nicolás Maquiavelo es el teórico del poder más influyente y popular de todos los tiempos.

Aun así, no deja de sorprender que nuestro protagonista fuera capaz de alterar la forma de entender la política con un libro de menos de cien páginas. Un manual que podría llevar el subtítulo «*Cómo ser malo pero ganar la partida*» o, alternativamente, «*Cómo estar prevenido frente a los malos*». Nicolás Maquiavelo se limitó a describir la naturaleza humana, y lo hizo sin remilgos ni tapujos. Debemos por ello estarle agradecidos, porque de esta manera nos ha mostrado también las «reglas de juego» que imperan en la batalla cotidiana por el poder, muchas de ellas tan vigentes ahora como en la Florencia del Renacimiento. Es por estos motivos que Maquiavelo se convirtió en el primer

enfant terrible de la filosofía, un pensador sobre el que aún hoy se discute cuál es la forma más apropiada de juzgarlo. De dicho cambio de percepción en la acción política y en la función de gobernar es, sin duda, responsable el secretario. Pero lo que no le podemos imputar es el uso que se ha hecho de sus ideas, que, conviene no olvidar, parten de ese análisis de la realidad de la que él mismo fue un privilegiado testimonio.

¿Amoral o inmoral?, he aquí la cuestión que divide a los comentaristas de Maquiavelo. La diferencia no es baladí. Amoral es aquel que está desprovisto de sentido moral, sin principios, ni límites ni conciencia. En cambio, únicamente se puede ser inmoral —y, por tanto, oponerse al bien y a las buenas costumbres— si se cuenta con ese sentido, aunque solo sea para retorcerlo. El inmoral puede ser un moralista, simplemente sus criterios éticos son heterodoxos. Frente a este último individuo cabe un juicio de valor: acusarlo de ser malo o de tener una ética del todo equivocada. Frente al amoral, cualquier intento de calificarlo es del todo irrelevante. Y, aunque no ha faltado quien ha tildado de amoral el pensamiento de Maquiavelo, en las conclusiones demostraremos que no tiene sentido.

La tesis más importante de la teoría maquiaveliana del poder, como hemos querido avanzar aquí, es que la política está desvinculada de la ética tal y como la entendemos. De hecho, Maquiavelo nos muestra con claridad la escisión que existe entre una moral cristiana, generalmente aceptada, y otro criterio mucho más pragmático para medir las decisiones políticas: el éxito en alcanzar una meta. A este respecto, Isaiah Berlin ya nos advertía que no siempre es posible crear un gran Estado y, al mismo tiempo, salvarse de los infiernos. Esta es una idea terrible, sí, pero no por ello menos cierta en muchos casos, profundamente reales.

¿Y por qué empezábamos diciendo que Maquiavelo ha sido demonizado? En gran medida, porque la concepción maquiaveliana de la religión fue también revolucionaria en su tiempo. Adelantándose a Durkheim, el secretario maldito ya se dio cuenta de que la religión y la Iglesia tienen una función vital para el Estado. Son útiles para el gobernante que sabe aprovecharse del poder de estas instituciones para controlar a sus súbditos. Pero la doctrina, el pecado y la culpa del cristianismo —conceptos sobre los que Maquiavelo mantuvo un elocuente

silencio— forman parte de esos mismos remilgos morales que el príncipe debe ignorar cuando la situación así lo requiera. No en vano, por ideas como estas, sus libros fueron prohibidos tanto por la Iglesia católica como por el naciente protestantismo. Los jesuitas lo consideraron «un cómplice del demonio». Y en la Inglaterra isabelina se orquestó tal campaña de desprestigio hacia el florentino que todavía hoy en día al mismísimo diablo se le conoce por *Old Nick* («Viejo Nick»), un apodo que hace referencia nada más y nada menos que a Nicolás Maquiavelo.

El diplomático tecnócrata

> No he hallado entre mis enseres nada que me sea más querido o aprecie tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos.
>
> *El príncipe*, dedicatoria a Lorenzo II de Médici

Los críticos se dividen entre los que consideran relevante conocer las vidas de los autores y los que se conforman con fijarse en sus obras. Esto es especialmente cierto en el caso de la teoría literaria, donde la opinión generalizada se decanta por la segunda de las posturas: ¿acaso una novela (o un poema) deja de ser bueno porque su autor fuera una mala persona? Pero la anterior tesis es mucho más discutible en la historia de la filosofía. En tal caso, no solo es necesario conocer el contexto histórico en que las ideas fueron concebidas y enunciadas, sino que es a todas luces conveniente comprobar que existe cierta coherencia entre la experiencia biográfica de un pensador y los consejos que nos da. Lo contrario es impostura, una alarmante muestra de hipocresía intelectual.

El ejemplo paradigmático de que no se puede separar el relato biográfico de un filósofo de la exposición de su pensamiento es Nicolás Maquiavelo, pues su obra es un resultado directo —y no solo reflexivo, sino también objetivo— de los avatares de su vida. En consecuencia, este primer capítulo lo planteamos como un repaso por los momentos más importantes de la vida política del eterno secretario de la joven república de Florencia. Nos detendremos en todas aquellas situaciones que produjeron una honda impresión a Maquiavelo y que, tras una meditada reflexión, enunció en forma de máximas y aforismos. Y presentaremos ambos aspectos, experiencia vital y recomendaciones para la acción, de una sola vez.

El también joven Maquiavelo tuvo una carrera política que podemos calificar, sin miedo a equivocarnos, de meteórica. No en vano, fue nombrado y promocionado, en poco tiempo, a un gran número de cargos de responsabilidad en las máximas instituciones de Florencia. Esto le permitió atesorar una vasta experiencia laboral que aprovechó para extraer lecciones fundamentales que plasmará posteriormente en sus obras de teoría política. Su ámbito de actuación fue, sobre todo, el de los asuntos exteriores y militares de su ciudad-estado. Y en esto Maquiavelo fue un privilegiado, pues trató a los principales actores de la escena política internacional, a muchos de los cuales conoció en persona de forma prolongada: Luis XII de Francia, los papas Alejandro VI, Julio II, León X y Clemente VII, César Borgia, el emperador Maximiliano II del Sacro Imperio Romano (lo que hoy llamamos Alemania), el rey Fernando el Católico[6]. De presenciar el proceder de todos estos ilustres personajes, de las misiones diplomáticas que le fueron encomendadas y de las negociaciones que entabló con ellos, el avispado florentino aprendió cómo debe comportarse un monarca de éxito. Sin quitarle ningún mérito a nuestro protagonista, ¿qué no hubiéramos extraído cada uno de nosotros de haber participado en reuniones como la cumbre de las Azores o la que firmó el Tratado de Versalles, por nombrar solo dos muy llamativas?

La Florencia del Renacimiento



Vista de Florencia en la época de mayor esplendor del Renacimiento en la ciudad. Obra atribuida al artista Francesco di Lorenzo Rosselli.

La Italia renacentista se parecía más a un tablero de ajedrez que al país con forma de bota que todos conocemos. Un tablero en el que se disputaba una partida trascendental entre las dos potencias continentales en liza, las poderosas monarquías absolutistas de Francia y España. Estos dos países —como también Inglaterra— se encontraban en pleno proceso de constitución como Estados nacionales. España, por ejemplo, apenas acababa de reconquistar sus territorios del dominio musulmán, unificar sus diversos reinos bajo los Reyes Católicos y descubrir un Nuevo Mundo al que no supo bautizar.

El enfrentamiento en tierras italianas de estos dos poderosos ejércitos extranjeros se producía, además, con el beneplácito del papado que desde Roma cambiaba regular y convenientemente de bando. La península Itálica se había convertido así en un difícil rompecabezas territorial —originado por la caída del Imperio romano, cristalizado en la Edad Media y que no acabaría por resolverse hasta finales del siglo XIX— en el que se dirimían las luchas de poder a nivel europeo. Un tablero con pequeñas pero suculentas piezas que los reyes españoles y franceses se disputaron a lo largo de todo el Renacimiento.

Estas codiciadas fichas no eran otras que los pequeños estados italianos, principados y repúblicas que se habían organizado alrededor de ciudades, y que guardaban cierta similitud con las polis de la antigua Grecia, por extensión territorial, identidad cultural y tipo de instituciones políticas. Los más importantes de entre estos estados fueron Milán, Venecia, Roma, Nápoles y, por supuesto, la Florencia de Maquiavelo. Y su fragilidad, unida a una prosperidad comercial sin precedentes, los convirtieron en un preciado botín para las ansias expansionistas de las mencionadas coronas extranjeras. Como resultado, el equilibrio de fuerzas en la Italia renacentista fue siempre precario.

Una ciudad, Florencia, una aspiración, el Renacimiento, y un príncipe banquero, «el Magnífico», fueron los tres raros ingredientes que se combinaron en la región de la Toscana del siglo XV para generar otro de esos momentos cumbre de la civilización occidental. Con anterioridad, ya había ocurrido en la Atenas del siglo V a. C. y en la Roma del siglo II d. C., espejos ambas en los que los florentinos primero, y toda Europa después, quisieron reflejarse para hacer resurgir el arte, la filosofía y la cultura de tan notables antepasados. El Renacimiento fue, por tanto, una época de grandes transformaciones, empezando por algunos inventos que revolucionaron la cultura (como la imprenta), los confines del mundo conocido (con la brújula) y el arte de la guerra (mediante la pólvora). Un tiempo, además, en que el hombre y la naturaleza se revalorizaron, donde los ciudadanos —al menos una élite intelectual, que es la que nos legó su historia— tuvieron una marcada conciencia de época desde la que fue posible bautizar a los siglos precedentes como Edad Media. Una etapa de la historia llena también de grandes contrastes y reacciones furibundas, desde la Reforma protestante hasta la Santa Inquisición, pasando por el absolutismo político y el fanatismo religioso.

En el *Quattrocento*, la pequeña república de Florencia se convirtió en uno de los principales centros económicos, artísticos y culturales de este mundo occidental renacentista. Su principal fuente de riqueza era el negocio de la lana y la seda, mercancías apreciadas en todas las cortes europeas. Pero esta dependencia del comercio exterior (para proveerse de materias primas y para vender los productos elaborados) hizo que resultara imprescindible para los florentinos tener una salida al mar, algo que habían conseguido con la conquista de la vecina Pisa.

Por otro lado, el nacimiento del capitalismo en Florencia solo fue posible mediante dos innovaciones fundamentales: la invención de la contabilidad de partida doble —el mismo sistema *grosso modo* que se sigue empleando hoy en día— y la aparición de unos prestamistas burgueses que ofrecían crédito sobre unas bancas en las plazas públicas (de ahí que la palabra «bancarrota» tenga en su origen un significado completamente literal). Esta banca de negocios supuso una verdadera revolución para el comercio internacional, puesto que permitió superar las limitaciones que imponen el trueque y las transacciones al contado. Las familias más ilustres que se dedicaron a esta actividad en Florencia fueron los Médicis, los Pazzi y los Strozzi.

Como Londres o Nueva York en la actualidad, Florencia era la *city* económica del Renacimiento. Su moneda, el florín, era el dólar del momento, una moneda aceptada en buena parte del mundo. Asimismo, diversas transformaciones en el comercio, el arte, la cultura y la política se sucedieron en la ciudad natal de Nicolás Maquiavelo, a un ritmo inédito hasta entonces. Y Florencia se convirtió así en la cuna más sofisticada y preciada de este renacer del hombre y la sociedad.

Dicho esplendor en lo económico fue acompañado de un auge similar en el campo de las artes y las ciencias. No cabe duda de que en la ciudad toscana se concentró un inigualable grupo de artistas, filósofos y científicos que propiciaron la revitalización estética y cultural, elevando el pensamiento y las diversas disciplinas artísticas a un nuevo firmamento desde el que resplandecen sin perder intensidad. Conforman esta numerosa y, en muchos aspectos, insuperable selección florentina de «hombres del Renacimiento» nombres como Brunelleschi, Piero della Francesca, Donatello, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Botticelli, Rafael y así un largo etcétera. Pico della Mirándola, por su parte, fundó una academia en Florencia para revivir el pensamiento de Platón y, como había hecho un milenio antes san Agustín, acercarlo también a la doctrina cristiana. Al mismo tiempo, el humanismo, la corriente filosófica fundada por Petrarca algunas décadas atrás, colocaba al ser humano en el centro del universo y en el principio de todo pensamiento, al tiempo que sus seguidores popularizaban el lema *Virtù vince Fortuna* («La virtud vence a la Fortuna»).

La influencia de Florencia en el mundo del Renacimiento fue tan notable que hasta el continente recién descubierto por navíos españoles acabaría recibiendo el nombre de uno de sus ciudadanos más inquietos, Américo Vespucio, quien, como el historiador Guicciardini, fue un buen amigo del secretario Maquiavelo.

En lo que respecta a la política, la Florencia republicana se organizaba como un pequeño Estado cuyo territorio no llegaba a abarcar toda la región de la Toscana actual (Siena era entonces una república independiente). Las instituciones florentinas eran de tipo democrático y estaban basadas en un Gran Consejo (de unos mil miembros con derecho a voto) que proclamaba por elección popular a los cargos de la *Signoria* (el gobierno ejecutivo propiamente dicho). De este último, que estaba encabezado por el confaloniero o *gonfaloniero*, dependían las diversas cancillerías o secretarías que, como nuestros ministerios actuales, se dividían por áreas jurisdiccionales.

Los Médicis



Retrato del príncipe y poeta Lorenzo de Médici, llamado «el Magnifico», realizado por el pintor Girolamo Macchietti.

La mejor forma de imaginarnos a la familia Médici es pensar en una gran dinastía plebeya. En los Rothschild, por ejemplo. Son estas estirpes de banqueros ambiciosos las que han conseguido perpetuarse en el poder, generación tras generación, gracias a un inmenso capital financiero. Todas ellas son conocidas, además, por su altruismo y mecenazgo del arte y la cultura. Indudablemente, los Médicis de Florencia fueron pioneros en estos dos aspectos, como también lo fueron en utilizar el crédito y las deudas para doblegar voluntades y conseguir objetivos políticos que fueron mucho más allá de los intereses económicos de su banca.

De origen humilde (en un primer momento fueron comerciantes de lana), la familia Médici metida a banquera se convirtió rápidamente en una de las más ricas e influyentes de toda Europa. Entre sus miembros encontramos hasta cuatro papas, al menos una docena de cardenales, multitud de señores de Florencia, una reina de Francia (Catalina, azote de los hugonotes) y consortes de las más altas casas de la nobleza, incluida la realeza inglesa.

De hecho, los Médicis dominaron hegemónicamente Florencia durante trescientos años, solo interrumpidos por dos períodos republicanos, el primero de los cuales permitió a Maquiavelo acceder a la secretaría por la que es recordado.

Por influencia de estos banqueros, el gobierno de Florencia se convirtió en un principado de hecho, una monarquía absolutista, aunque manteniendo la apariencia republicana. Fue precisamente esta familia la que corrompió con violencia las instituciones políticas de su ciudad al mismo tiempo que la dotaron de las obras de arte

más exquisitas de su tiempo, un legado del que todavía hoy podemos disfrutar, por ejemplo, en la Galería de los Uffizi.

El primero en dedicarse al negocio de la banca internacional fue Juan, quien en 1397 fundó el banco mediceo que sus hijos habrían de transformar en uno de los más importantes del Renacimiento. Sin embargo, este negocio siempre les planteó a los Médicis un difícil dilema moral. Fervientes católicos como eran, la Iglesia consideró durante algo más de mil años que prestar dinero con usura —es decir, cobrando intereses— era un pecado mortal.

Dicha situación pecaminosa motivó que los Médicis, por encima de las demás cosas, sean recordados, junto a la Iglesia católica, como los grandes mecenas del Renacimiento. De hecho, la progresiva secularización del arte renacentista es en gran medida fruto de esta nueva hornada de patronos de artistas, humanistas y científicos. En el fondo, el propósito de estos nuevos y ricos mecenas era principalmente apaciguar sus malas conciencias promocionando la cultura y, también, «compran» la salvación eterna que habían puesto en venta unos papas tan ambiciosos como necesitados de capital para mantener su tren de vida y sus costosas aventuras militares. No en vano, los libros de contabilidad medíceos llevaban el muy significativo encabezado de «En nombre de Dios y de los beneficios». Y, de hecho, los Médicis se imaginaban a sí mismos como los Reyes Magos, en su doble condición de ricos y piadosos, aunque en lugar de mirra o incienso, pagaron con su oro conventos enteros para la Iglesia.

En 1414, los Médicis consiguieron convertirse en los banqueros papales, lo que supuso el impulso definitivo a su poder. Pocos años después, Cosme «el Viejo», hijo de Juan, ya encabezaba la lista de los hombres más ricos de Europa. Y como suele ser común en sociedades muy desiguales, la riqueza de Cosme también le sirvió para convertir, más pronto que tarde, el gobierno de Florencia en su propio negocio. ¿Cómo lo hizo? Manipulando el sistema de nombramiento de los candidatos al principal órgano de gobierno de la ciudad, la *Signoria*; candidatos que después eran refrendados por votación del Gran Consejo como un mero trámite.

El mismo año en que nació Maquiavelo, heredó el poder Lorenzo,

nieto de Cosme, quien dio origen a la verdadera Edad de Oro del Renacimiento en Florencia. Fue el más importante de todos los príncipes medíceos, algo que le valió el sobrenombre de «el Magnífico». Aunque, en honor a la verdad, fue mucho más magnífico con Dios —y la cultura— que con los beneficios de sus libros contables. Porque durante su principado, la importancia del banco Médici decayó notablemente. Como su abuelo, Lorenzo continuó la labor de modificar las instituciones de gobierno de la ciudad, en este caso creando un nuevo Consejo de los Setenta cuyo fin no era otro que limitar los poderes de la *Signoria*.

Sin embargo, el principal objetivo del Magnífico fue promover el desarrollo de las artes y revivir el pasado clásico. Por ello, es recordado con todo merecimiento como un mecenas manirroto y un poeta de dotes notables. Hasta las relaciones diplomáticas, las cultivó a través de los artistas y el prestigio que estos le proporcionaron.

Y entre sus mayores logros, además de mantener un delicado equilibrio con el resto de los principados italianos —un verdadero encaje de bolillos diplomático—, hay que anotar el descubrimiento de un joven Michelangelo Buonarroti (Miguel Ángel, en castellano) a quien le encargó trabajos a la temprana edad de quince años. Este artista inolvidable mantuvo, como Maquiavelo, una relación de amor-odio con esta familia de ricos banqueros.

De los hijos de Lorenzo, hay que mencionar especialmente a dos: Pedro y Juan. El primero heredó el poder a la muerte de su padre pero no supo mantenerlo más allá de unos pocos años. Fue la suya una desastrosa política exterior, especialmente frente a la primera invasión francesa de Italia, lo que llevó a que la familia Médici fuera expulsada de Florencia y no pudiera regresar hasta dos décadas después. Por su parte, Juan, quien se convertiría más adelante en León X, el primer papa Médici, es importante en esta historia por dos motivos: primero, por haber decretado una amnistía al poco de ser nombrado, y segundo, por haber convencido a su antecesor, el beligerante Julio II, de que pactara con España la restitución de los Médicis una vez las tropas de Fernando el Católico tomaron Florencia para la Liga Santa.

Los primeros años de Maquiavelo

Nicolás de Bernardo de Maquiavelo nació el 3 de mayo de 1469. Era la época del Magnífico, con lo que su infancia y juventud coincidieron con el máximo esplendor de su estimada ciudad. No tuvo la misma suerte su familia, otrora acaudalada y entonces en horas bajas, situación que le llevó a escribir, mucho tiempo después, que «nací pobre y aprendí antes a sufrir que a gozar»[7].

Su padre, de nombre Bernardo, íntimamente relacionado con los círculos del humanismo florentino, fue un modesto jurista con un profundo interés por los pensadores clásicos. A pesar de deber dinero a las arcas públicas, no escatimó recursos en ofrecer al joven Nicolás una de las mejores formaciones humanísticas del momento. Como muestra, Bernardo Maquiavelo trabajó incansablemente para un impresor, creando un índice toponímico por el que recibió a cambio un ejemplar sin encuadernar de la *Historia de Roma* de Tito Livio, la magna obra que marcará profundamente al pequeño Nicolás: «Tito Livio *nostro*», lo llamará familiarmente. Los primeros años y la adolescencia de nuestro protagonista estuvieron dedicados a la observación y el estudio.

Nicolás fue el tercero de cuatro hermanos, así como el primer hijo varón del matrimonio. En aquella época, el domicilio familiar estaba situado en el centro de Florencia, en una zona muy próxima al Ponte Vecchio.

Florencia, a pesar de ser una ciudad relativamente pequeña, era escenario de constantes luchas entre las diversas facciones en que se dividía su población: güelfos y gibelinos, *Neri* y *Bianchi*, banqueros y comerciantes, clases altas (*ottimati*) y populares, estetas y devotos. En un contexto tan convulso, la corrupción, las intrigas y las confabulaciones estaban al orden del día. Uno de estos episodios de la truculenta historia de las facciones florentinas, del que Maquiavelo extrajo una de sus primeras enseñanzas en materia política, es la conspiración de los Pazzi. Fueron estos unos sucesos terribles, que el futuro secretario recogerá en varias de sus obras y que despertarán en él una

permanente desconfianza en todo tipo de conjuras, desconfianza del todo justificada, como veremos más adelante.



Boceto de Leornardo da Vinci sobre el ahorcamiento de Bernardo Bandini Baroncelli, uno de los asesinos de Giuliano de Médici. Este cura, que participó en la conspiración de los Pazzi de 1478, fue ejecutado en la horca un año después del magnicidio.

Corría el año 1478. En aquel momento, el gobierno de Florencia estaba en manos de Lorenzo de Médici, magnífico príncipe pero pésimo banquero. Al descuidar Lorenzo sus negocios en favor del arte, la inexorable competencia en la banca se habría de reforzar hasta tal punto que los Pazzi se convirtieron en banqueros y validos del Papa. Y, como ocurre con puntual regularidad, los Pazzi planearon hacerse también con el gobierno de Florencia, aprovechando el apoyo de Su Santidad. La forma escogida para dar el golpe de Estado es una muestra de la brutalidad del período y no desentonaría en una hipotética cuarta parte de *El padrino*.

El complot de los Pazzi pretendía asesinar a Lorenzo de Médici y a su hermano Giuliano en la catedral de Santa María del Fiore durante la misa de Semana Santa. El magnicidio debía producirse exactamente a la señal convenida. Coordinadamente, en el momento en que el párroco procedió a elevar la hostia durante la consagración, varios de los hombres de los Pazzi, incluido un cura, sacaron sus dagas y empezaron a acuchillar a los Médicis. La crueldad de los atacantes fue tal, que uno de ellos se asestó una cuchillada… ¡en su propia pierna!

El revuelo consiguiente precedió al estupor general. Pronto se comprobó que el peor parado había sido el hermano del Magnífico, Giuliano, apuñalado diecinueve veces hasta la muerte. En cambio, Lorenzo consiguió escapar con heridas de menor consideración gracias, sobre todo, a la ayuda que le prestó un amigo poeta, diestro con la espada además de con la pluma.

A la misma hora que esto ocurría en la iglesia, el arzobispo de Pisa, conchabado con los Pazzi, intentaba hacerse con el poder del Palazzo Vecchio, sede de la *Signoria*. Pero el levantamiento fracasó y los conspiradores fueron ejecutados. El mismo arzobispo terminó colgado de una de las ventanas del palacio, ataviado con su hábito religioso, mientras que el anciano Francisco de Pazzi fue arrojado por otra ventana igualmente atado a una soga. El resto de los conspiradores fueron linchados, arrastrados y mutilados por una muchedumbre enfurecida que protagonizó una violenta reacción en masa a favor de los Médicis.

Como resultado, Lorenzo de Médici continuó en el poder y su reacción fue endurecer sus políticas. Solo la terrible purga de los Pazzi costó casi un centenar de vidas.

Aunque Maquiavelo era todavía un niño cuando sucedieron estos acontecimientos, vivía demasiado cerca como para no haber visto los cuerpos colgados y desmembrados que aparecieron por toda la ciudad. Y, claro, no es difícil imaginar la impresión que tal espectáculo debió de causar a los ojos de un niño de poco más de siete años. Mucho tiempo después, Maquiavelo, no sin cierto pesimismo, escribiría que los hombres preferimos la venganza y la seguridad frente a la libertad.

Además de la desconfianza en las conspiraciones, otras dos lecciones derivadas de este episodio son fundamentales en el pensamiento maquiaveliano. En primer lugar, este agudo florentino nos incita a ignorar lo que no queremos hacerles a los otros cristianos porque no nos gustaría que nos lo hicieran a nosotros, y de preferencia concentrarnos en lo que nuestros contrincantes sí están dispuestos a hacernos. Y dado que, en su opinión, todo es una cuestión de tiempo y oportunidad, nos impele a adelantarnos y hacérselo nosotros antes (actuar según el refrán «quien golpea primero, golpea dos veces»). En palabras de Maquiavelo: «Los príncipes indecisos, para evitar los peligros presentes, toman las más de las veces la opción neutral, y las más de las veces se van a pique» (cap. XXI).

La segunda advertencia que Maquiavelo nos hace, a partir de lo ocurrido con los Pazzi, es que, puestos a actuar cruelmente, lo mejor es hacerlo con

determinación: tanta, que no haya motivos para temer la venganza del ofendido. Porque quien ofende tímidamente, puede tener por seguro que será atacado en revancha. En cambio, quien inflige una injuria grave y definitiva, como es eliminar físicamente a toda la facción que había conspirado contra los Médicis, ese no debe preocuparse por represalias futuras.

El acceso a la carrera diplomática

En 1492 murió Lorenzo de Médicis, y esto hizo que la partida de ajedrez italiana tomara un nuevo giro. Ludovico «el Moro», a la sazón gobernante depuesto de Milán, invitó a las tropas francesas para que atacaran a sus enemigos y siguieran camino para así reclamar el reino de Nápoles. Se ponía así fin al pacto de no agresión fraguado desde Florencia.

Pedro de Lorenzo, el hijo que sucedió al Magnífico, se tuvo que conformar con pasar a la historia como «el Infortunado». Pues, apenas dos años después de heredar el bastón de mando de su ilustre padre, un nuevo actor extranjero intervenía en los asuntos internos de Florencia: el rey Carlos VIII de Francia. Ante la determinación de este último de atravesar la península Itálica de norte a sur, el Médici se mostró dubitativo e indeciso —uno de los peores vicios del gobernante, en opinión de Maquiavelo—, y retrasó todo lo que pudo la decisión de tomar partido. Cuando finalmente se vio obligado a pactar con los franceses el paso de sus tropas, tuvo que aceptar unas condiciones muy desfavorables para su gobierno. Entre sus claudicaciones se incluía nada menos que la ciudad de Pisa, con lo que su inacción puso en jaque el comercio marítimo de la ciudad (habrá de pasar más de una década hasta que Florencia recupere esta conexión tan vital).

En opinión de nuestro decidido protagonista, no hacer nada, mostrarse pasivo, es también hacer algo: normalmente, darle ventaja a tu enemigo. Porque «jamás se debe dejar que prosiga un conflicto para eludir una guerra, puesto que no se la elude, sino que se la difiere en perjuicio propio» (cap. III). Para Maquiavelo, no es aconsejable mantenerse neutral e intentar ganar tiempo a toda costa, sino que la política es un arte de acción y determinación.

La reacción de los ciudadanos de Florencia contra Pedro de Lorenzo por la pésima negociación con los franceses no se hizo esperar. Los Médicis fueron obligados a exiliarse y, con ello, se puso fin a los primeros sesenta años de dominio ininterrumpido sobre la política florentina. A este respecto, Maquiavelo

insiste en su obra que el príncipe que quiera mantenerse en el poder debe evitar con todo su empeño despertar el odio de sus ciudadanos. En caso contrario, su principado será destruido sin remedio, como le ocurrió a esta familia, noble y tranquera, obligada a huir.

Carlos VIII infligió una derrota vergonzosa a Florencia en su camino hacia Nápoles y lo hizo únicamente con la amenaza de sus armas. A raíz de la dolorosa constatación de la debilidad de su patria, corroborada en el contacto posterior con varias cortes europeas, en Maquiavelo nace un convencimiento patriótico que lo acompañará toda su vida: solo una Italia unida será respetada por las grandes potencias internacionales. La exhortación de las páginas finales de *El príncipe* es justamente esta: le pide a otro príncipe Médici, al hijo del Infortunado, que encabece un ejército que congregue los principados italianos bajo una misma corona, como habían hecho los Reyes Católicos en España.

A raíz de esta revuelta popular en contra de los Médicis arranca el primer interludio republicano. Se restablece el poder del Gran Consejo, la institución más plural y democrática, y se escogen nuevos responsables del gobierno de la ciudad. Se produce entonces una de esas reacciones que se imaginan mejor pensando en un péndulo. En este caso, el instigador del giro ideológico fue el carismático Girolamo Savonarola, un dominico de tan estricta moral y apocalípticos ideales que se propuso acabar con los anteriores excesos mundanos de los príncipes banqueros. Después de que Florencia pasara por uno de los momentos de mayor esplendor artístico y cultural con el Magnífico, Savonarola se convirtió en un vehemente paladín de la austeridad y en exaltado profeta del cristianismo fundamentalista. Destacó por su capacidad de arengar a las masas con encendidos sermones del más fanático fervor religioso. Dichos mensajes de condena y perdición corrieron como la pólvora, no solo entre sus fieles (los *piagnoni*, o «lloricas»), sino entre el resto de los ciudadanos florentinos. Sus soflamas dieron alas a las pasiones más retrógradas, cuyo punto álgido fue la hoguera de las vanidades que el prior dominico prendió simbólicamente.

Sin embargo, el radicalismo de Savonarola le condujo a enfrentarse al Papa, a quien criticaba abiertamente por licencioso y apegado al lujo. Esta situación llevó a que el religioso florentino fuera excomulgado, primero, y se le prohibiera predicar, después. El conflicto con el sumo pontífice se agravó hasta tal punto

que el fraile perdió el favor de la ciudad y terminó sus días devorado silenciosamente por el mismo fuego aniquilador que consumiera todos aquellos objetos que él había tachado de impíos, unos pocos meses antes, entre los que lamentablemente se encontraban muchos incunables, instrumentos musicales y obras de arte de inmenso valor. Y aquella hoguera fatal ardió en el mismo lugar que la anterior, la de la quema de las artes, y en la misma plaza de la *Signoria* donde algunos años antes habían colgado al obispo y al anciano Pazzi.

Maquiavelo se referirá a Savonarola en *El príncipe* como un «profeta desarmado» en un pasaje en el que, asimismo, nos hace notar que solo han tenido éxito aquellos que predicaron, además de con la palabra, con las armas, es decir, aquellos que, llegado el caso, obligaron por la fuerza a creer en su doctrina. Esta es una lección fundamental que se repite en todo el pensamiento posterior del secretario: la importancia de las armas para el poder. Maquiavelo llega incluso a considerar la ciencia militar, el arte de la guerra, como una parte medular de la política. De hecho, en la concepción maquiaveliana, la guerra es una parte esencial de la política. Así, entonces como ahora, un Estado que quiera conservar su autonomía necesita medios suficientes para defenderse y atacar.

No sabemos si Maquiavelo llegó a la siguiente conclusión pensando en el dominico y sus otrora devotos fieles, pero es altamente probable que así fuera. Porque nuestro secretario asegura que la naturaleza humana es mutable, motivo por el cual es más sencillo persuadir a los súbditos que mantenerlos persuadidos. Unido con lo anterior, (como tuvo ocasión de comprobar en vida) sostiene que los hombres son ingratos, por lo que, en su opinión, estarán a tu lado siempre que seas el más poderoso y puedas vincularlos a tu partido mediante favores. Pero el apoyo político es, para el diplomático florentino, siempre interesado y condicional, con lo que se comprenderá fácilmente que los mismos hombres no tengan demasiados reparos en traicionar a un príncipe en cuanto puedan conseguir más beneficios de otro más poderoso que él. Y no se detiene ahí en su análisis de la naturaleza humana, sino que nos advierte que nuestros semejantes traicionan antes a quien aman que a quien temen, una idea que, de ser cierta, es tan desconsoladora como desgarradora —al igual que tantas otras de Maquiavelo —, una idea que parece sugerir una nueva interpretación del antiguo refrán «quien bien te quiere, te hará llorar».

Con la caída de este primer régimen popular de inspiración savonaroliana en 1498, se remodela de nuevo y en profundidad el gobierno florentino. La consiguiente depuración de los partidarios del dominico en los puestos de responsabilidad supuso la gran oportunidad para nuestro protagonista, que se había mostrado abiertamente contrario al monje derrocado. Y una de las plazas que quedaron vacantes fue la de secretario (máximo responsable) de la Segunda Cancillería, cuya jurisdicción era la administración de los propios territorios florentinos bajo la dirección de la Primera Cancillería. No deja de asombrar que el nombre de Maquiavelo empezara a sonar para ocupar tan elevada posición, sobre todo porque era prácticamente un desconocido, su familia no era aristocrática y apenas acababa de cumplir veintinueve años. Pero, contra todo pronóstico, Maquiavelo consigue finalmente dicha plaza, sin duda con la ayuda del primer secretario de Florencia, Virgilio Adriani, quien había sido su profesor en la universidad.

Cuando en 1502 se decidió convertir en vitalicio el cargo de *confaloniero* —a imitación del *dux veneciano* (dogo)—, la persona escogida fue Piero Soderini, quien a su vez hizo a Nicolás su más estrecho colaborador. Es este político florentino quien le sirve a Maquiavelo de ejemplo viviente de buena persona pero mal gobernante, una condición que le lleva a plantearse dos cuestiones centrales en su obra: en primer lugar, cómo es posible que se dé dicha contradicción y, en segundo lugar, qué es preferible en términos del bien común para el Estado: que el gobernante entre en el reino de los cielos o que la ciudad terrenal viva con el máximo esplendor, orden y bienestar para sus ciudadanos.

Desde los cargos que ocupa en la Cancillería y en el Consejo de los Diez, siendo además la mano derecha del confaloniero, nuestro hombre va a recibir una serie de encargos diplomáticos que lo llevarán frente a los monarcas más sobresalientes del escalafón local e internacional del momento. A continuación, repasaremos las tres misiones de mayor envergadura que le fueron encomendadas. Las hemos agrupado según los tres focos de tensión para el gobierno republicano de Florencia que fueron, respectivamente, Francia, Italia y Alemania.

De todas estas embajadas, el despierto secretario extrajo aprendizajes que alimentarán su texto más celebrado, *El príncipe*. Los más relevantes y reiterados

son los siguientes: la importancia de las armas propias para defender el Estado (como tendrá ocasión de comprobar en las derrotas para recuperar Pisa o frente a las cortes francesa y alemana); la trascendencia de las características personales del príncipe para el mantenimiento del Estado (definidas en parte por contraste con Soderini pero, sobre todo, por emulación de César Borgia, como vamos a comprobar); la crítica de toda política indecisa e incapaz de arrojo (como fue la florentina durante mucho tiempo); y, finalmente, la exhortación ya mencionada a unificar Italia para recuperar los gloriosos tiempos pasados.

La tecnocracia renacentista

En la Florencia del Renacimiento se esperaba que los aspirantes a los cargos de alto funcionario fueran técnicos competentes en las «disciplinas humanas», concretamente, en latín, retórica, historia antigua y filosofía moral. Precisamente, Maquiavelo había despuntado entre todos los jóvenes de su generación por su exquisita formación humanista.

Pocas semanas después de su primer nombramiento, también fue escogido secretario de otro órgano importante, los Diez de la Guerra y la Libertad, el comité responsable de las relaciones diplomáticas y los asuntos militares de Florencia. Nicolás Maquiavelo, sin haber cumplido los treinta años, se convertía así en el ministro de Asuntos Exteriores y Defensa de una Florencia codiciada por potencias extranjeras y en pugna con el resto de estados italianos.

Que el joven Maquiavelo accediera al gobierno florentino demuestra la estrecha relación que en la ciudad renacentista se daba entre formación humanística y política, un poco al modo de los tecnócratas actuales que han ocupado presidencias y ministerios a raíz de la crisis económica de 2008. La notable y nada despreciable diferencia entre ambos tipos de tecnocracia reside en que entonces las disciplinas más valoradas para la vida pública eran las Humanidades —un concepto, dicho sea de paso, creado en el Renacimiento— y no la economía o la administración, como ocurre en la actualidad. De ahí que el título de este capítulo sea «El diplomático tecnócrata», porque también, como indica el diccionario, el tecnócrata es quien «aplica medidas eficaces que persiguen el bienestar social al margen de consideraciones ideológicas», una cuestión que viene como anillo al dedo tanto al propio Maquiavelo como a la teoría que desarrolló sobre el gobierno efectivo, y que abordaremos en el próximo capítulo.

Misión I: Francia

Aunque previamente se le habían hecho encargos menores, en 1500 Maquiavelo inicia su recorrido en la más alta diplomacia cuando parte hacia la corte del impenetrable Luis XII, el sobrino y sucesor de Carlos VIII. En esta, la primera de las cuatro visitas diplomáticas que realizará en Francia, su objetivo era convencer al monarca absolutista francés de que apoyara militarmente a Florencia y mantuviera la palabra dada por su predecesor de colaboración en la reconquista de Pisa. Pero el secretario bisoño y patriótico pronto se dará cuenta de que hay que tener poderío militar para hacer respetar los acuerdos, pues la palabra sola no vale. Y, para su disgusto, se percata de que los franceses no toman en serio a Florencia justamente por carecer de este poderío; una lección similar a la que extrajo de la caída de Savonarola, el profeta indefenso.

Para Maquiavelo, la única forma de hacerse respetar en la negociación política entre naciones es tener los suficientes soldados y armas que respalden tu postura (aunque solo sea de una forma implícita). Comprueba, entonces, que es el ejército, la capacidad de defensa y ataque, la base misma del Estado. No en vano, los soberanos extranjeros solo valoran a los principados que están bien armados o a los que tienen muchos recursos para poner encima de la mesa. Y, aunque las alianzas con otros estados son fundamentales para las relaciones internacionales, estas se compran sobre todo con dinero. Nicolás toma entonces conciencia de que, si hace falta para los propios intereses, no hay ninguna contradicción en halagar e incluso aliarse con un antiguo enemigo, con un traidor o, en este caso, con un invasor, si este continúa siendo más poderoso que uno mismo.

Además, nuestro florentino tiene ocasión de constatar que a diferentes tipos de organización política le corresponden diversos tipos de poder; la naciente monarquía francesa le parece un potente Estado nacional (un solo rey absolutista con un ejército propio), mientras que su amada Florencia, una ciudad-estado republicana, es débil y vulnerable por su tamaño y por depender de fuerzas mercenarias para defenderse, el ejército más habitual en el Renacimiento.

Durante este primer encargo, nuestro joven protagonista observa en primera persona cómo son —y cómo se negocian— los intereses entre estados. Reflejo de ello es el capítulo III de *El príncipe* en el que repasa hasta cinco errores cometidos por el rey francés en su campaña italiana, de los que concluye que existe «una regla general que nunca, o raramente, falla: quien es causa de que otro se vuelva poderoso, se hunde» (cap. III). O dicho de otro modo (en plata): aumentar el poder de tus enemigos equivale a cavar tu propia tumba.

Como ocurrirá repetidas veces durante su carrera como diplomático, también en esta primera misión Maquiavelo se desespera por la indecisión de su propio gobierno. En realidad, la política de la república florentina se caracterizó por *temporeggiare*, es decir, dilatar en el tiempo las decisiones para esperar unas circunstancias más favorables, en la esperanza de que la situación se resuelva por sí sola y de forma propicia. Pero Maquiavelo discrepa de que esta sea la mejor alternativa. Como ya tuvo ocasión de apreciar en el caso de la expulsión de los Médicis, no se gana tiempo permaneciendo inactivo ni manteniéndose neutral. Dejar que sea la suerte la que solucione los problemas de tu Estado es, en su opinión, una estrategia destinada al fracaso. Es más, resulta una muestra de debilidad y cobardía. Por contra, el intrépido secretario nos recomienda anticiparnos a las circunstancias (golpear primero): hay que adaptarse a la coyuntura y ser flexibles con los tiempos cambiantes, procurando en todo momento que los acontecimientos no acaben por arrollarnos.

En la alta política hay que tomar decisiones rápidas y, una vez tomadas, hay que ser firme en su aplicación. Maquiavelo parece susurrarnos al oído: si eres una persona indecisa o te da miedo equivocarte, simplemente dedícate a otra cosa: ten por seguro que tus contrincantes son hombres de acción que van a obligarte a reaccionar a sus movimientos. De hecho, la neutralidad es una ilusión. Incluso cuando te mantienes inmóvil para evitar adoptar una posición frente a dos bandos en conflicto, estás en realidad decantándote por la peor de las posibles alternativas: el vencedor no te va a apoyar, y el vencido te lo recriminará y te guardará rencor.

Además, en un alarde de pensamiento pragmático, Maquiavelo nos advierte que, como las consecuencias de la indecisión demuestran, es peor mantenerse parado que equivocarse. En su opinión, la necedad de las dilaciones es atribuible

a la negligencia del príncipe porque lo que la necesidad requiere es una acción decidida y rápida, tanto en la guerra como en la política. La audacia y la determinación son dos de las principales «virtudes» del príncipe maquiaveliano. Por ejemplo, Lorenzo de Médici, «el Magnífico», se presentó en la corte del rey de Nápoles para negociar personalmente la paz cuando su situación era poco menos que desesperada. Ante aquel infortunio, supo afrontar la adversidad con determinación y capear el temporal «virtuosamente».

Pues bien, a pesar de su animadversión a perder el tiempo, Maquiavelo se las tuvo que ingeniar para pasar un semestre entero dando largas al rey de Francia y conversando con sus privados a la espera de alguna decisión desde Florencia. Poco a poco, el hastío se fue instalando en el ánimo de ambas partes. El propio secretario nos relata una discusión con el cardenal de Ruán, Georges d'Amboise, quien le espetó que los italianos no sabían hacer la guerra. La punzante respuesta de Maquiavelo fue que, en cambio, los franceses no entendían de política porque estaban permitiendo que la Iglesia aumentara su poder en la región de la Romaña (hasta entonces pequeños principados controlados por el monarca galo), dejando que pasaran a manos del nuevo hombre fuerte de Roma, quien no tardaría en convertirse en el mayor dolor de cabeza de todos los príncipes italianos.

Finalmente, llegó la orden de regresar a Florencia, algo que Nicolás recibió con la amarga sensación de haber perdido una oportunidad de acelerar la reconquista de Pisa. En cambio, sus superiores estaban satisfechos por el trabajo llevado a cabo por el joven diplomático y se vanagloriaban de haber aplazado el tener que tomar partido ante el nuevo escenario que se estaba configurando en Italia tras los primeros movimientos de los ejércitos papales al mando del mencionado nuevo hombre fuerte: César Borgia.

En lo privado, a su regreso de Francia, Maquiavelo se casó en 1501 con la paciente Marietta Corsini, con quien tuvo hasta seis hijos, de los que solo le sobrevivieron cinco. Y aunque no fue un matrimonio por amor (como era costumbre en la época) ni Maquiavelo un marido fiel, la relación entre ambos fue cordial y rodeada del suficiente cariño y respeto conyugal.

César Borgia



Retrato de un gentilhombre (tradicionalmente considerado César Borgia), atribuido al pintor cremonés Altobello Melone (ca. 1513). El puño de seda y el tumultuoso fondo se han interpretado como símbolos de la personalidad de este extravagante hijo del papa Alejandro VI.

Aunque el hecho de que un papa tenga descendencia nos pueda parecer sorprendente, no se trata de una excepción. Si bien es cierto que no ha sido muy habitual, determinados papas han procreado, tanto por haber sido sexualmente activos antes de ser nombrados sacerdotes como por haber continuado siéndolo después de ocupar el trono de san Pedro[8].

El papa Alejandro VI (nacido Rodrigo Borgia o Roderic de Borja) tuvo a sus tres hijos legítimamente reconocidos cuando aún vestía el púrpura cardenalicio. De entre ellos, el más conocido fue César Borgia. Sin embargo, los líos de faldas de este papa no se detuvieron ahí y siguió manteniendo relaciones carnales una vez fue escogido en el cónclave. Por esta razón, se le atribuyen, como mínimo, otra media docena de hijos naturales. El voto de castidad, cabe anotar, se había establecido en el Concilio de Letrán, tres siglos antes de los excesos de este pontífice intrigante y donjuán.

De origen valenciano, los Borgia (originalmente, Borja) fueron una auténtica familia de armas tomar. El papá, además de papa (sin tilde), era mujeriego y manipulador: compró los votos que lo nombraron pontífice y vendió a discreción bulas para su enriquecimiento personal; la hermana, Lucrecia Borgia, fue una renombrada cortesana cuyos envenenamientos han alcanzado tintes de leyenda; y el propio César Borgia, sin ser el primogénito de la familia, se convirtió en el heredero cuando su hermano mayor, Juan, apareció oportunamente asesinado en la orilla del Tíber.

El historiador Guicciardini, amigo de Maquiavelo, inmortalizó un rumor que circulaba en la Roma de los Borgia según el cual «el hijo no decía nunca lo que hacía y el padre nunca hacía lo que decía». El propio secretario también se hizo eco de esta falta de palabra del Papa: «Alejandro VI jamás hizo nada, ni pensó jamás en nada, que no fuese engañar a los hombres, y siempre encontró pretexto para poder hacerlo. Y nunca hubo hombre alguno más rotundo en el dar garantías, ni que con mayores juramentos afirmase algo y lo cumpliese menos; sin embargo, sus engaños le salieron siempre a la medida de sus deseos» (cap. XVIII).

César Borgia nació en 1475 y era, por tanto, seis años menor que Maquiavelo. Emprendió la carrera dentro de la Iglesia, como era práctica habitual para el segundo varón de las familias de cierto abolengo. Siendo su padre el sumo pontífice, el César sacerdote fue ordenado en los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica a edades verdaderamente tempranas: obispo de Pamplona a los diecisiete, arzobispo de Valencia a los veinte años y a los veintitrés ya era cardenal.

Cuando murió su hermano Juan, César Borgia se convirtió en la primera persona de la historia en abandonar la dignidad de cardenal. Y lo hizo para ponerse al mando de los ejércitos papales, puesto por el que sentía una especial atracción y que había ocupado precisamente su difunto hermano. También colgó el hábito para poder contraer matrimonio con una noble de alta cuna y conseguir así un principado para los Borgia, su mayor obsesión.

En 1498, el mismo año de la ejecución de Savonarola, César Borgia fue nombrado duque de Valentinois por Luis XII de Francia, quien le otorgó este ducado en reconocimiento por la anulación de su primer matrimonio que le concedió el papa Alejandro VI, para que así pudiera desposar a la viuda de Carlos VIII y mantener la región de Bretaña en la Corona francesa. Por este motivo, César Borgia también es conocido popularmente como «el Valentino» o «*duca* Valentino». Fue uno de los más decididos hombres de acción del Renacimiento, como demostraría con creces en las numerosas campañas que puso en marcha con el respaldo de su padre y sus

soldados, como vamos a comprobar a continuación. «O César o nada» era su temida divisa, todo menos conciliadora.

Pelirrojo, alto, bien parecido, seguro de sí mismo y enérgico, el Valentino produjo en Maquiavelo una impresión no exenta de fascinación. No en vano lo describe en sus primeros informes como «espléndido y magnífico, y de tanto ánimo con las armas que toda empresa le parece cosa de nada». Y añade: «[…] no descansa jamás», y por si esto no fuera suficiente, «una inaudita y perpetua fortuna le hacen victorioso y formidable».

Audaz como pocos, César Borgia se convertirá en el modelo de príncipe de éxito sobre el que Maquiavelo posa su mirada y a quien describe a partir de un penetrante análisis. Un modelo que no solo le va a servir al secretario-filósofo para reflexionar sobre las características personales más importantes para encabezar con solvencia un principado nuevo (determinación, audacia, implacabilidad), sino también sobre los cambios repentinos de fortuna Cuando el hado estuvo de su parte, César Borgia llegó a representar la mayor amenaza de las primeras décadas del *Cinquecento*. Algunos, entre los que se incluye el propio Maquiavelo, vieron en él la figura destinada a reunificar Italia. Pero pronto, casi de la misma forma efervescente en que había emergido, la diosa Fortuna hizo que este príncipe magnífico y formidable se desvaneciera.

Maquiavelo tuvo entonces la ocasión de presenciar cómo su admirado príncipe se convertía en un simple fugitivo, cuando César Borgia se vio obligado a buscar refugio en Navarra. Nombrado entonces capitán general de los ejércitos de este reino, halló la muerte camino del campo de batalla en una emboscada que le tendieron en las afueras de la villa de Viana. Pero su mala ventura no habría de acabar aquí. Enterrado en primera instancia dentro de la iglesia de Santa María de esta localidad, un desalmado obispo mandó que sus restos fueran trasladados a un sepulcro bajo la calle mayor para que así hombres y bestias los pisotearan.

Misión II: Italia



Caracterización del encuentro de César Borgia y Nicolás Maquiavelo en la madrugada del 1 de enero de 1503 en Senigallia. El secretario florentino quedó asombrado por la frialdad del duque Valentino.

La misión en Italia de Maquiavelo estuvo compuesta por una gran cantidad de encargos diplomáticos, la redacción de innumerables informes y una abundante correspondencia con otros altos funcionarios de los principados vecinos. No obstante, hay dos personajes que fueron fundamentales en esta labor de Maquiavelo por preservar el régimen republicano de su estimada Florencia: César Borgia y Julio II. Ambos fueron líderes políticos con inusitado arrojo, lo que los convirtió, a ojos de Maquiavelo, en referentes de los que extrajo importantes apuntes para su teoría del príncipe eficaz.

Primeramente, el joven César Borgia irrumpe como un nuevo e inesperado contrincante de la misma partida que estaban disputando españoles y franceses. Con el respaldo total de la Iglesia romana (para algo su padre era el Papa), se dio en cuerpo y alma a la tarea de conquistar militarmente un principado para sí mismo.

Con asombrosa celeridad, César Borgia se hizo con los territorios de la Romaña y, poco tiempo después, se aproximó peligrosamente a Florencia. Entonces exigió mantener conversaciones con el gobierno florentino para obligar a esta república a aliarse a su causa.

Con posterioridad, será el papa Julio II quien tome las riendas de la historia italiana, al resultar tan aguerrido como maquiavélico en sus cambiantes alianzas. Este nuevo papa provocará la alteración en los equilibrios de poder continentales, lo que representará un verdadero quebradero de cabeza para todos los pequeños estados italianos, incluida Florencia.

En ambos casos, ante César Borgia y ante Julio II, se requieren una vez más los servicios del dispuesto Maquiavelo, quien ya se había granjeado la fama entre sus superiores como un eficiente embajador y un atinado analista.

El primer personaje con quien tiene que lidiar Nicolás es el imprevisible César Borgia, convertido en una temida fuerza ascendente. La razón era sencilla: puesto que el también llamado *duca* Valentino no podía heredar el Estado de su padre, el Papa, se entregó en cuerpo y alma a conquistar un nuevo principado para sí mismo en la muy fragmentada Italia renacentista. Rápidos y fulminantes éxitos militares al mando de los ejércitos papales corroboraban una ambición desmedida que parecía no conocer límites.

Cuando César Borgia consiguió que su padre le nombrara duque de la Romaña después de haber conquistado varios pequeños señoríos de esa región, sus ejércitos se encontraban a las puertas de los dominios florentinos. En ese momento se enviaron dos delegaciones diplomáticas de Maquiavelo frente al *duca* Valentino.

La principal preocupación de la *Signoria* era, como en el caso francés, ganar tiempo y no comprometerse. En cambio, el Valentino pretendía que Florencia se

uniera a su bando y lo hiciera cuanto antes. «O César o nada» eran las opciones que ofreció, como siempre, el joven Borgia a sus adversarios. Con motivo de la primera de las legaciones, que apenas duró cinco días, el secretario insistió en una de las conclusiones que ya había puesto negro sobre blanco en Francia: «Las amistades entre los señores se mantienen con las armas, y solo ellas las quieren hacer respetar». La segunda de las embajadas fue la que más se prolongó (entre octubre de 1502 y enero del siguiente año) y se convirtió en una de las etapas más formativas de la carrera diplomática de nuestro secretario. En estos pocos meses, Maquiavelo fue un testigo privilegiado del proceder cruel y despiadado del hijo más poderoso de la Iglesia católica. Comprobó, con una mezcla de asombro y estupefacción, que César Borgia era un príncipe amoral prácticamente imparable. Su forma de actuar le convenció, para siempre, de que si se tiene un objetivo elevado hay que poner toda la carne en el asador y no tener reparos en utilizar cuantos medios hayan disponibles para obtener el fin buscado. Hacerlo, aunque no convirtió al *duca* en invencible, sí le dio mucha ventaja frente a contrincantes más dubitativos que él.

El hijo del papa Alejandro VI se erige así en el gran arquetipo a imitar según la teoría principesca de Maquiavelo: vital, ambicioso, audaz y vigoroso, tenía muy clara su meta —hacerse con un Estado propio— y estaba plenamente determinado. Nada parecía poder detenerlo en su empeño y tenía todo lo que hay que tener. Nuestro analista florentino se dio cuenta de las habilidades excepcionales del Borgia para el caudillaje, su gran valor y resolución, su flexibilidad y liderazgo. Y todas estas cuestiones las englobó en su concepto de *virtù* que abordaremos en el próximo capítulo.

Asimismo, Maquiavelo presenció dos escenas junto al Valentino que serán definitivas para que tomara dicha determinación filosófico-normativa de erigirlo como modelo. Detengámonos en ellas brevemente.

Durante los meses que duró la segunda delegación. Maquiavelo comprobó, atónito, la astucia y ferocidad de César Borgia. En primer lugar, el Valentino tomó represalias contra el odiado Ramiro de Lorca, quien había sido su gobernador en la Romaña. Este último se había limitado a cumplir, no sin un cierto ensañamiento adicional, las despiadadas órdenes de su superior. Pero, a la mañana siguiente de Navidad, lo hizo llevar «a la plaza partido en dos, con un

trozo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. Espectáculo tan feroz provocó en aquellos pueblos satisfacción y estupor a un tiempo» (cap. VII).

Muchos corolarios son los que Maquiavelo fue capaz de inferir de la aterradora visión del mercenario demediado. Se dio cuenta de que es preciso para el gobernante disponer de alguien que haga el trabajo sucio, reservándose para sí el que pueda proporcionarle gloria.

Cuando el *duca* ordenó que mutilaran a su subordinado y lo exhibieran decapitado en la plaza de Cesena, César Borgia, además de alentar el regocijo de los ciudadanos en contra de su opresor, consiguió otro importante resultado: se hizo temible y respetado a sus ojos. Porque, como recomienda nuestro secretario, es preferible ser temido que amado, si no consigues ser las dos cosas a un tiempo. Volveremos más adelante sobre este último punto.

En aquella ocasión, Maquiavelo comprobó, boquiabierto, que no se debe tener reparo en ser cruel cuando las circunstancias lo exijan. Eso sí, puestos a actuar de esta manera despiadada, la recomendación maquiaveliana es hacerlo rápidamente, de forma decidida, concentrando al máximo este tipo de brutalidad para que dichas acciones ejemplarizantes se instalen en la conciencia colectiva. No conviene, por lo tanto, dilatarlas innecesariamente ni instaurar un régimen de terror.

Maquiavelo concluye así que la crueldad, en determinadas circunstancias, puede ser buena tanto para el Estado como para los ciudadanos. «A César Borgia se lo tenía por cruel; empero, esa su crueldad había reordenado la Romaña, unido y devuelto la paz y la lealtad» (cap. XVII). En resumidas cuentas, aconseja al soberano ser cuidadoso en el ejercicio del poder para mantener el temor hacia su figura, pero al mismo tiempo evitar a toda costa hacerse odioso a los ojos de sus súbditos.

A los pocos días de este primer sobresalto, César Borgia volvió a dejar patidifuso a nuestro protagonista. Haciendo ostentación de una sagacidad encomiable, el Valentino se adelantó en el día de Año Nuevo de 1503 a una Fortuna que estaba a punto de girarle la espalda. A sabiendas de que sus propios lugartenientes, comandantes mercenarios, habían urdido un complot para

asesinarlo, César Borgia los citó a todos en Senigallia y, en un alarde de sangrienta anticipación, los mandó degollar en la misma mesa. Más tarde, esa misma noche, «[Borgia] me llamó a eso de las dos de la noche y con la mejor cara del mundo se alegró conmigo por lo sucedido [el fatal escarmiento a sus lugartenientes], diciendo que me había hablado de ello el día anterior, pero sin haber puesto todo de manifiesto, como así era. Añadió después palabras sabias y afectuosísimas hacia vuestra ciudad [Florencia], aduciendo todas las razones que le hacen desear vuestra amistad, cuando por vuestra parte no quede: de forma que quedé admirado»[9].

El Valentino le demostró fehacientemente a nuestro delegado florentino que la maldad, la crueldad y la perfidia forman parte fundamental de la política (al menos en aquellos convulsos años del Renacimiento) y que no aceptar esta conclusión es algo tan irreal como las utopías que los teóricos políticos seguían construyendo llevados por juicios morales e ideales varios.

Por lo tanto, la recomendación general que Maquiavelo le hace al príncipe aprendiz es tener mucho cuidado con las alianzas (que se traicionan con tanta frecuencia), estar siempre prevenido, no fiar o delegar las cosas importantes y, llegado el momento, no cejar en el empeño hasta eliminar por completo al enemigo.

En resumen, Maquiavelo convirtió a César Borgia, este monstruo audaz y gallardo, en el modelo de acción política decida y eficaz que estaba buscando y que no había encontrado en Piero Soderini, su jefe y máximo dirigente de la indecisa república de Florencia.

Además, el *duca* Valentino terminó de convencer a Maquiavelo de una idea que ya rondaba su cabeza desde hacía muchos meses. Este último, al verse traicionado y desarmado por sus propios *condottieri*, los comandantes mercenarios que había degollado en Senigallia, dejó de usar intermediarios para pasar a dirigir personalmente sus tropas, algo poco común en la época. Y no solo encabezó su propio ejército, sino que el Valentino puso en marcha un proceso de reclutamiento masivo entre los mismos habitantes de la región de la Romaña. Maquiavelo, maravillado por esta nueva fuerza militar civil, se volcará en promover la creación de una con características similares en su Florencia natal,

convenciendo primero a Soderini y después a los ciudadanos. Esta fuerza armada florentina, sin otros intereses que los de la propia ciudad, acabará siendo aprobada y a nuestro multifacético secretario se le encarga su organización y liderazgo. Y, para orgullo de nuestro estratega florentino, su milicia será decisiva en la tan ansiada reconquista de Pisa en 1509.

Pero la misma diosa que hace girar la rueda, a la que César Borgia había burlado con maestría en tantas ocasiones, le tenía reservado un imprevisible revés a este príncipe maquiavélico. Unos terribles ataques febriles —algunos historiadores hablan de malaria, otros de un posible envenenamiento— acabaron con la vida de su padre Alejandro VI y estuvieron a punto de hacer lo mismo con el *duca*. Muerto Rodrigo Borgia, y tras un brevísimo pontificado de Pío III, se volvió a reunir el cónclave para elegir al Papa en un momento de máxima tensión entre España y Francia, enfrentadas como estaban por el control del reino de Nápoles.

Maquiavelo fue entonces enviado a Roma para informar sobre dicho proceso de sucesión papal y, en consecuencia, tuvo la oportunidad de presenciar personalmente la caída en desgracia del que había sido su ídolo principesco. El César Borgia que se encuentra en esta tercera ocasión en Roma es muy diferente del duque decidido que fue capaz de dar esos imponentes golpes de timón en Cesena y, sobre todo, en Senigallia. Agotado físicamente y postrado por la enfermedad, el Valentino estaba perdiendo uno a uno los dominios conquistados que caían frente al avance veneciano y el regreso de los señores a los que se los había arrebatado. Entonces, el que fuera su modelo de príncipe «virtuoso» comete su único error garrafal al apoyar a un antiguo enemigo de su padre. Con los votos de sus cardenales afines, la mayoría de ellos españoles, el Valentino apoya a Giuliano Della Rovere, que es nombrado en el cónclave más corto de la historia como nuevo obispo de Roma bajo el nombre de Julio II.

Maquiavelo es testigo de esta equivocación y, frío y ecuánime, juzgará con rotundidad la actuación en falso del Borgia. Considera que en aquella ocasión no había estado a la altura de las circunstancias. ¿Y cuál había sido el fallo de César Borgia, según Maquiavelo? Pensar que la palabra de Julio II, quien le había prometido fidelidad a cambio del apoyo en el cónclave, iba a tener más peso que la suya propia. No se puede ser al mismo tiempo hipócrita y confiado, y mucho

menos entre los hombres involucrados en la política de Estado, cuyas ambiciones son tan excesivas como inconfesables. Maestro de la hipocresía y el disimulo, Borgia sucumbió ante un contrincante que le aplicó su misma medicina. Como sostiene Miguel Ángel Granada, el Valentino cometió «el mismo error que apenas un año antes habían cometido con él sus propios lugartenientes. A partir de este momento el juicio negativo de Maquiavelo se hace explícito, entre la ironía, el sarcasmo y un cierto poso de melancolía»[10].

De forma similar, Nicolás se da cuenta de que un gran hombre no olvida nunca una ofensa, aunque sea el mismísimo vicario de Cristo. El recién ordenado Papa no fue en esto una excepción, pues guardaba un enconado rencor contra los Borgia por el destierro al que le había mandado el padre del Valentino. De esta manera, Julio II, una vez fue nombrado sumo pontífice, se vengó de César Borgia, traicionó su promesa y ordenó que fuera encarcelado. A juicio de Maquiavelo, el Papa había sido más astuto que el hijo de su antecesor.

La derrota de su hasta entonces modélico príncipe llevará a nuestro secretario a recomendar que se cumplan las promesas solo cuando ello suponga un beneficio para el Estado propio. Al gobernante, por tanto, le es lícito incumplir su palabra, de forma consciente, si con ello alcanza sus objetivos. Maquiavelo lo ilustra con el siguiente ejemplo: «Un príncipe de nuestros días, al que no es bueno nombrar, jamás predica otra cosa sino paz y lealtad, siendo total enemigo tanto de la una como de la otra; y si hubiese observado una o la otra, lo habrían privado más de una vez de la reputación o del Estado» (cap. XVIII). Dicho príncipe, al que hoy en día ya no hay ningún problema en nombrar, no era otro que Femando el Católico.

¿Cómo fue posible el hundimiento de su idolatrado César Borgia? Esta reflexión lleva a Maquiavelo a matizar su convencimiento de que solo con las características personales del buen príncipe se puede tener éxito. Frente al mencionado concepto de *virtù*, nuestro teórico del poder contrapone entonces la cambiante Fortuna, esa fuerza que tanto te puede favorecer o —como en el caso del Valentino— llevarte de cabeza hacia un estrepitoso fracaso. Desaconsejará, de igual forma, confiar exclusivamente en la *virtù*, encomendarse en exceso a la buena suerte. Considera que es una estrategia equivocada porque si algo se

puede tener por seguro, en opinión de Maquiavelo, es que la Fortuna va a cambiar de signo en algún momento de nuestras vidas.

La segunda figura con la que tratará directamente en esta misión diplomática por Italia es el papa Julio II, justamente el enemigo de César Borgia que lo derrotó mediante la traición relatada. Maquiavelo se maravilla de la temeridad de este nuevo pontífice maquiavélico. De estos encargos frente a la corte papal, extrapola que todos los grandes hombres son grandes afortunados. Si la buena fortuna está de tu lado, incluso formas de proceder que podrían ser consideradas temerarias llegan a alcanzar el éxito.

De nuevo, esta es una exhortación maquiaveliana a la acción. Hay que ser atrevido y regirse según el refrán «quien no se arriesga, no gana». Ambos consejos se asemejan en gran medida a las enseñanzas maquiavelianas.

De todas formas, Maquiavelo matiza su descripción al asegurar que Julio II tentó a la suerte y se aprovechó de una extraordinaria buena racha, pero que, de haber vivido más años, se habría enfrentado con toda seguridad a los golpes bajos de la diosa Fortuna. Entonces su excesiva temeridad se habría vuelto en su contra.





El papa Julio II (a la izquierda, pintado por Rafael) traicionó a César Borgia (derecha) después de conseguir mediante engaños el apoyo de este último para ser elegido sumo pontífice.

Da Vinci y Maquiavelo



Autorretrato de Leonardo da Vinci. El más conocido hombre renacentista trabajó para la familia Sforza de Milán, antes de prestar sus servicios a César Borgia.

Durante la segunda legación ante César Borgia, Maquiavelo tuvo ocasión de compartir tiempo y conversaciones con el gran Leonardo da Vinci, en aquella época ingeniero militar a sueldo del Valentino. De aquel encuentro, además de una bonita amistad, nació un plan algo alocado para recuperar la salida al mar de Florencia sin necesidad de vencer a los ejércitos de Pisa.

La idea que Da Vinci y Maquiavelo tramaron fue nada menos que desviar el curso del río Amo mediante la excavación de canales. De esta forma, no solo recuperarían para los comerciantes florentinos la navegación fluvial hasta el mar, sino que dejarían sin agua a sus enemigos pisanos.

Aunque pueda parecemos increíble, Maquiavelo consiguió convencer a la *Signoria* de tan magna obra, pero finalmente se le encargó la dirección de las obras a un ingeniero diferente a Leonardo. Tal vez la causa fuera esta decisión o tal vez fuera la terrible tormenta que rompió los primeros diques excavados, provocando un gran número de trabajadores muertos, pero lo cierto es que finalmente se hubo de abandonar el proyecto por su dificultad y su coste desorbitado.

Misión III: Alemania

Maximiliano I de Habsburgo (o dinastía de los Austrias, como se los conoce en España) era la cabeza del Sacro Imperio Romano. Hacia 1507, en Florencia se temía que este emperador tuviera interés en participar en la intrincada contienda que se estaba llevando a cabo en los campos de batalla italianos. La principal preocupación florentina era que los principados alemanes apoyaran al bando contrario a los franceses, lo que sin duda volvería a poner a la pequeña ciudad-estado en otro serio compromiso. Por este motivo, la *Signoria* volvió a pedirle a Maquiavelo, especializado ya en solucionar problemas de alta diplomacia, que hiciera el equipaje y se desplazase a la corte imperial para evaluar este riesgo en ciernes.

Al secretario florentino, el emperador alemán, abuelo paterno de Carlos I de España y V de Alemania, le pareció débil e ineficaz. Débil por no contar con un ejército propio y por depender del apoyo de terceros para movilizar a sus tropas, concretamente de la aprobación de la Dieta (*Reichstag*), una asamblea de príncipes laicos y eclesiásticos. E ineficaz, y hasta inepto, por ser incapaz de tomar decisión alguna por sí mismo. El florentino pronto se dio cuenta de que la voluntad del emperador era volátil y cambiaba fácilmente de opinión. Su carácter dócil le llevaba a desdecirse ante la más mínima crítica o muestra de oposición. Además, era una persona muy reservada, con lo que Maximiliano tampoco se dejaba asesorar por sus consejeros.

Esta incompetencia del príncipe emperador hacía más probable la parálisis que ninguna acción relámpago por parte del Sacro Imperio. Y así se lo comunicó Maquiavelo a sus superiores en el gobierno de Florencia. Terminó así su misión con el convencimiento de que la probabilidad de un inminente ataque alemán en Italia era cuando menos baja. Y en esto, como en muchas otras predicciones, no se equivocó.

De nuevo, la capacidad de Maquiavelo para exprimir al máximo cada una de sus experiencias públicas hizo que los seis meses pasados en el Tirol junto al

inestable Maximiliano no fueran una pérdida de tiempo. Antes bien, este tiempo le sirvió a nuestro secretario para darse cuenta de que es muy importante que el príncipe sepa rodearse de los mejores consejeros, y aunque debe escuchar sus recomendaciones, le desaconseja parecer demasiado influenciable. También recomienda que, una vez este príncipe tome una decisión, no se cambie continuamente de impresión, de lo contrario se corre el riesgo de que al soberano mudable y voluble se le tenga en poca estima.

Por último, la organización política imperial le pareció a nuestro analista un ejemplo de división, desencuentro y desequilibrio, sobre todo cuando la comparaba con sus recuerdos de Francia, un Estado nacional fuerte y cohesionado alrededor de la figura única del monarca absolutista.

Game Over. Fortuna caprichosa

Con Julio II, el papado se consolidó aún más como el verdadero centro estratégico de la geopolítica renacentista. La intensa actividad diplomática y las continuas campañas militares le valieron el sobrenombre de «el Papa Guerrero». Temerario y maquinador como era, Julio II apoyó en primer lugar a Francia para atacar a Venecia, pero no tardó demasiado en cambiar de idea y enfrentarse a los galos. Por este preciso motivo, Maquiavelo se vería otra vez obligado a regresar a Francia en labor diplomática hasta en dos ocasiones, en 1510 y 1511, con el fin de convencer a Luis XII de que no rompiera con el belicoso pontífice y mantuviera una política de no agresión con los estados de la Iglesia.

A pesar de los esfuerzos florentinos por aplazar el conflicto latente, el Papa conformó una poderosa Liga Santa junto a varios estados italianos (entre los que no se encontraba Florencia), España, Inglaterra, Alemania y Suiza para expulsar, al grito de «¡Fuera los bárbaros!», a los franceses de Italia. Al promover esta alianza y reclamar el apoyo español, el Papa cambiaría completamente la faz de Italia.

La guerra estaba servida, como había anticipado Maquiavelo. Los rápidos avances de la coalición internacional ponían en muy serios aprietos a Florencia, tradicional aliada de los monarcas franceses. En 1512, cuando la ciudad natal de Maquiavelo fue sitiada, el confaloniero Soderini se vio obligado a partir hacia el exilio. Entonces, la milicia popular se mostró ineficaz frente a las bien equipadas tropas españolas. Finalmente, Florencia cayó y, con ella, la suerte de nuestro protagonista.

A grandes rasgos, fueron los florines de los primeros Médicis —con los que fueron corrompiendo las instituciones populares de la república— los que los elevaron en primer término al poder. Su ineptitud y falta de visión posteriores los llevaron a ser expulsados de Florencia por los franceses (y la oposición popular, a la que no supieron apaciguar). Y ahora serán también las armas extranjeras (en este caso, las españolas) las que en 1512 los devuelvan al poder. De esta forma,

los Médicis son restituidos al frente del gobierno y una de las primeras medidas que toman es desmontar el anterior régimen republicano, destituyendo a sus más altos funcionarios.

En el plazo de pocas semanas, a Maquiavelo, importante secretario y estrecho colaborador de Soderini, se le imponen duras represalias: destitución fulminante de todos sus cargos, exilio de un año de la ciudad de Florencia y el pago de una desorbitada fianza de mil florines.

Pero «la larga e incesante malignidad de la Fortuna» no iba a acabar ahí en su ensañamiento con nuestro Nicolás. Pocos meses después, en febrero de 1513, se le acusa falsamente de haber participado en la conjura antimedicea de Pietro Paolo Boscoli. Lamentablemente, el nombre del secretario aparece en una lista que habían elaborado los conspiradores, mas tan solo se trataba de una enumeración de las personas que aquellos estimaban que podían unirse a su levantamiento, una vez consiguieran hacerse con el poder. Maquiavelo es entonces apresado y torturado en busca de una confesión que nunca se produjo.

Entonces, haciendo bueno el refrán de «una de cal y otra de arena», la diosa Fortuna le habría de dar un ligero respiro a Nicolás. Cuando el recién destituido secretario llevaba casi un mes entre rejas, fallece el batallador Julio II, al que le sucede Juan de Médici, hijo de Lorenzo el Magnífico y primer florentino en ser nombrado Papa. Adopta el nombre de León X. y para celebrar su nombramiento decreta la amnistía general en una Florencia convertida en protectorado papal.

Por la gracia de esta decisión de León X, Maquiavelo es puesto en libertad. En esta ocasión, el secretario desocupado y empobrecido se retira al Albergaccio, la granja familiar en Sant’Andrea en Percussina, a tan solo once kilómetros de la ciudad, donde se ve obligado a llevar una vida rústica y dedicada al campo, algo especialmente chocante para alguien que había disfrutado de los refinados placeres de las cortes más lujosas de su época.

Es asimismo muy probable que nuestro depuesto secretario sufriera algún tipo de trauma producido por la dura experiencia de su paso por la cárcel. Patriota florentino y fiel servidor republicano, es lógico que ya no confiara ni en el amor ni en la bondad de los hombres. ¿De qué le había servido ser benevolente y leal, si finalmente no había hallado recompensa alguna? ¿Acaso a

los poderosos les importa lo más mínimo si uno es un ciudadano bueno o malo? ¿Por qué habría de hacer el bien, sabiendo que muchos de nuestros semejantes no se van a comportar de la misma manera? ¿No está este tipo de comportamiento, moral, piadoso y cristiano, irremediablemente condenado al fracaso? Todas estas preguntas parecen haberle rondado incansablemente por la cabeza en aquellos primeros meses de retiro forzoso. No en vano, a este período en el que sus misiones diplomáticas habían llegado a un ingrato e inesperado *Game Over* lo bautizó magistralmente Maquiavelo con la célebre expresión «*post res perditas*», es decir, «después de la ruina».

Sin embargo, la inagotable personalidad de nuestro protagonista no era muy dada a regocijarse en lamentaciones. Al contrario, muy pronto se le ocurre la idea de plasmar en papel cuanto sabía de política, y resumir así su dilatada experiencia como secretario y su vasta erudición como historiador clásico. Todo ello con el fin de recuperar el favor en el nuevo régimen político. Así, sin mayor dilación, se pone manos a la obra y emprende la redacción de *El príncipe*, tarea que le habría de ocupar desde julio hasta diciembre de 1513. La obra, como era costumbre en la época, la dedicará a las únicas personas que podían devolverle su antiguo esplendor en la función pública: los Médicis.

El secretario Maquiavelo se había caracterizado por la calidad de su prosa en los largos e interesantes informes que envió con puntual regularidad al frente de la Segunda Cancillería y el Consejo de los Diez. De igual forma, siempre mantuvo una fecunda relación epistolar con varios de sus amigos íntimos. Ahora toda esta experiencia en la confección de textos, unido a su sólida formación en retórica clásica, le servirán en esta segunda parte de su vida, la que dedicará por completo a la filosofía política, la historia y las letras hasta el día de su muerte.

El fin de Maquiavelo



Tumba de Nicolás Maquiavelo en la basílica de la Santa Croce de Florencia.

Si nos atenemos a los hechos, Nicolás Maquiavelo no puede ser considerado una persona con demasiada suerte. Bien es cierto que accedió a la Cancillería siendo todavía muy joven y tuvo ocasión de conocer a lo más florido de la política continental como diplomático, pero la caída del régimen de Soderini le sobrevino apenas peinándose las primeras canas. La Fortuna le embistió con aquel inesperado cambio de régimen, seguido del involuntario traspié que lo llevó directo a la cárcel, le hizo probar el doloroso trago de la tortura y lo empobreció de forma notable, hasta convertirlo en un simple granjero. Estas nuevas y rústicas circunstancias lo apartaron de su verdadera vocación y lo relegaron a ser «historiador, cómico y trágico», como él mismo se describiera en una carta.

Sin embargo, gracias a su tesón, insistencia e implacabilidad, consiguió que algunos príncipes medíceos fueran recuperando paulatinamente la confianza en él. En especial, el papa Clemente VII (hijo natural de Giuliano de Médici, el asesinado en la conjura de los Pazzi) le encargó, a partir de 1520, tareas cada vez más importantes que le devolvieron el orgullo perdido (no así el importante cargo en la Cancillería). Pero al poco de haberse granjeado el favor de estos nuevos patronos, ocurrió otro de esos desafortunados contratiempos. Los Médicis, de nuevo y contra todo pronóstico, volvieron a ser derrocados en Florencia. Y, para desgracia y desespero de nuestro protagonista, la nueva república que los sustituyó estuvo controlada por políticos de la facción savonaroliana. Entonces, Maquiavelo fue nuevamente repudiado por ser considerado colaborador de los banqueros depuestos, con lo que regresó, como en el juego del

parchís, a la casilla inicial por segunda vez. Esta nueva adversidad, a diferencia de la anterior, le sobrevino a un Maquiavelo ya cansado, cercano a cumplir los sesenta años y con muchas menos fuerzas para adaptarse a este nuevo e imprevisto cambio.

El verdadero fin de nuestro protagonista, como el lector habrá podido adivinar, no fue otro que su muerte. A las pocas semanas de esta nueva caída de los Médicis, Maquiavelo contrajo una enfermedad que lo postró en la cama y de la que ya no se recuperaría. Cuentan que en una de sus últimas mañanas, el mordaz exsecretario relató un sueño con el que había disfrutado mucho la noche anterior. Al parecer, entre neblinas vislumbró dos colas de personas que estaban pacientemente aguardando. Cuando, curioso, se acercó a la primera hilera, comprobó que se trataba de un grupo de harapientos beatos que esperaban retraídamente y en silencio su entrada en el Reino de los Cielos. Cuando, a continuación, hizo lo propio con la segunda fila, se deleitó al comprobar que aquellas personas, de porte noble y elegante, debatían vivamente sobre el Estado y la política, mientras esperaban que las puertas del Infierno se abrieran a sus pies. Al despertar, con el mismo sentido del humor que nunca lo abandonara, explicó a sus parientes que estaba feliz por saber que en el Infierno se iba a encontrar con sus queridísimos Tácito y Plutarco, con quienes esperaba poder continuar los muchos debates que durante años había entablado con ellos. Después de todo, parece que no andaban tan desencaminados aquellos que se empeñaron en demonizar al «*viejo Nick*». ¿Ironías del destino?

Más allá de divertidas y sorprendentes anécdotas, Maquiavelo fue una persona notabilísima. Sirvió con la misma lealtad y brillantez a la república florentina como a la república de las letras. En vida soportó la tortura sin queja y murió pobre sin reproche. Subió a lo más alto, cayó desde las alturas, pero se volvió a levantar para producir una obra de alcance universal. Solo su legado como teórico del poder lo eleva al Olimpo de los pensadores intemporales. Tanto es así, que el epitafio de su tumba nos recuerda que ningún elogio hará justicia a tan gran hombre («*Tanto nomini nullum par elogium*»).

El manual del «buen» príncipe

> Sé que todo el mundo reconocerá que sería cosa harto laudable que un príncipe reuniese de entre las cualidades citadas las que son tenidas por buenas; pero, puesto que no se pueden tener ni observar enteramente, dado que las condiciones humanas lo impiden, necesita aquel ser tan prudente como para evitar incurrir en los vicios que lo privarían del Estado, y preservarse de los que no se lo quiten mientras ello sea posible; mas cuando no lo sea, cabe actuar con menor comedimiento.
>
> *El príncipe*, capítulo XV

El retorno de los Médicis al poder trastocó profundamente las estructuras políticas florentinas. Este nuevo relevo en el gobierno no solo acabó con Maquiavelo en la calle, sino que el que fuera uno de los más reconocidos funcionarios del régimen republicano también tuvo que exiliarse de su amada ciudad. Con este movimiento de piezas, Florencia perdía un estadista de méritos contrastados; la ciencia política, en cambio, ganaba un teórico inmenso.

Retirado desde ese momento en una pequeña granja de su propiedad en Sant'Andrea in Percussina, rodeado de viñedos, el otrora alto diplomático se ve obligado a vivir en «una casa pobre con menguado patrimonio». Por vez primera en quince años, su papel en la vida pública deja de ser el de participante directo; ahora nuestro hombre deberá conformarse con ser su analista en la distancia.

Caído en desgracia, Maquiavelo se entrega a la actividad frenética de plasmar en una obra todos los conocimientos adquiridos de la vasta experiencia que atesoró en sus días al servicio de Florencia. Meticulosamente, llega a una serie de conclusiones que, a su vez, refuerza con ejemplos de los héroes clásicos y de la historia, en especial del Antiguo Testamento, Grecia y Roma.

Desde su nueva condición apartada, la primera obra que concibió fue *El príncipe*, un librito de apenas un centenar de páginas que, a pesar de su corta

extensión, contiene un vasto carácter revolucionario para la ciencia política, aspecto del que el propio Maquiavelo era muy consciente. Como sostiene Leo Strauss, «*El príncipe* combina una superficie tradicional con un centro revolucionario»[11]. Pues, como género literario, esta obra se enmarca en los llamados *espejos de príncipes*, es decir, en los manuales didácticos para monarcas que les enseñan a administrar los territorios bajo su mando, que se venían escribiendo desde la Antigüedad con un período de gran fecundidad en la Edad Media y, sobre todo, en el Renacimiento. De entre estos últimos, destacan *El cortesano* de Castiglione y *La educación del príncipe cristiano* de Erasmo de Rotterdam, cuyo destinatario sería el futuro emperador Carlos V.

A pesar de mantener este aspecto formal, Maquiavelo se sabía sumamente innovador por haber descubierto un punto de vista que todavía no había explotado ninguno de los pensadores que le precedieron en la recolección de consejos para príncipes. Su original perspectiva toma en cuenta única y exclusivamente la *verità effettuale*, la realidad efectiva de la acción política; en otras palabras, nuestro secretario-filósofo solo considera los resultados prácticos, en lugar de los resultados esperados o las intenciones que motivaron la acción. Este ligerísimo matiz, que puede parecer poca cosa expuesto así, supuso un verdadero cambio de paradigma que revolucionó la ciencia política.

En efecto, el suyo fue un enfoque tan novedoso que nos ha obligado a entrecomillar el «buen» que califica al príncipe del título de este capítulo. Porque para Maquiavelo, el «buen» príncipe no es lo que todos entendemos por este adjetivo, es decir, no es el que acumula más virtudes entendido en términos clásicos, ni el más bondadoso en términos cristianos, ni siquiera el más liberal y generoso. Antes bien, el príncipe «bueno» es el que posee una mayor *virtù* (un concepto que Maquiavelo redefine, como comprobaremos en breve); esto supone, eventualmente, engañar a los súbditos, emplear medios crueles —criminales incluso— y, llegado el caso, incumplir la mayoría de las promesas dadas. Y en opinión de Nicolás, es precisamente por emplear estos medios que su príncipe tiene mayor éxito, o lo que es lo mismo, es el más eficaz, de entre todos los contrincantes, en alcanzar la meta de mantenerse en el poder (independientemente del hecho de que estas actuaciones son todas ellas pecados mortales). Para la política real no existe más príncipe ideal que el que posee el mando. No en vano, Maquiavelo tuvo ocasión de observar con sus propios ojos

cómo actuaban estos monarcas, malvados pero triunfadores, como fue el primer César Borgia. A nivel teórico, la obra de Maquiavelo arrancó de cuajo los anteriores supuestos básicos que fundaban la teoría política hasta ese momento (coincidencia de ética y política, posibilidad de realización utópica de una sociedad ideal mediante el imperio de la razón, comunidad política por encima de individualidades, etc.) y definió un nuevo campo de estudio, el de la susodicha política real, como un territorio donde las acciones humanas también están a merced de vientos y mareas incontrolables. Desgajó así la ideología de la reflexión teórica sobre la política, en tanto que le merece la misma valoración el príncipe cristiano o infiel siempre que sea capaz de consolidarse en la cima (demócrata o republicano, socialdemócrata o conservador…, sustitúyase por lo que el lector prefiera). En su modelo demostró que es falsa la creencia de que se puede ser en todo un buen cristiano y, al mismo tiempo, tomar siempre las mejores decisiones para el propio Estado. En realidad, Maquiavelo está convencido de que, en determinadas ocasiones, no habrá más alternativa que enfrentarse a la moral convencional para asegurar el bienestar colectivo. Y al sostener este último punto, tumbó asimismo otro de los principios del humanismo clásico, que nos remonta hasta Cicerón, según el cual la honestidad es, en todo momento y circunstancia, la mejor de las políticas. También con la mentira, en opinión del avispado diplomático, se pueden conseguir cosas «buenas», metas loables. En definitiva, sostiene que el mejor gobierno es el que garantiza una seguridad y una libertad mayores, consideración esta que es independiente de si lo hace de una forma cruel, impura o deshonesta. Una vez más, Maquiavelo se nos muestra como un convencido realista que solo se fija en los resultados (bien común, interés general) y deja de lado toda valoración moral de los medios, los propósitos utópicos o los discursos ideológicos.

Sin traducción «virtuosa»

El término «virtù», tal y como lo emplea Maquiavelo, no tiene una traducción fácil en lengua española. Algunos críticos, y no pocos traductores, han empleado el vocablo «virtud» para referirse a él, pero esta decisión adolece de tres males: en primer lugar, el término «virtud» está empapado semánticamente de cristianismo, puesto que remite a una idea de rectitud o perfección de orden

moral; en segundo término, la «virtus» de la Antigüedad era una palabra polisémica (Maquiavelo se refiere en ocasiones a «quella antica virtù») que remitía también a cuestiones de tipo práctico como «eficacia», «perfección» y «madurez», entendida esta última como la fase de desarrollo más acabada; tercero, porque con «virtù» Maquiavelo no se refiere tan solo a una cualidad del príncipe, sino a un cúmulo de ellas, a las «virtudes maquiavélicas» (en este asunto, teoría y saber popular no están tan alejados, lo que nos permite usar este último adjetivo).

Con objeto de tener en cuenta todo lo anterior, es preferible mantenerla en el italiano original, *virtù*. Además, si la tradujéramos por «virtud» a secas, correríamos el innecesario riesgo de reintroducir la ética en una teoría política que pretende mantenerse alejada de ella, muy especialmente de la moral cristiana.

Otra cuestión que merece ser tratada con detenimiento es el destinatario de la obra. Porque *El príncipe* no es un manual de autoayuda, ni un código moral, ni siquiera una guía de crecimiento personal. No lo es, aunque muchos así lo hayan querido leer. De hecho, hay que ser muy cuidadosos al ver en las máximas maquiavelianas unos consejos para el político actual, ya que nuestras democracias han evolucionado mucho desde aquellos principados renacentistas.

También los ejecutivos deben ir con pies de plomo para no tomar al pie de la letra los consejos de Maquiavelo, por mucho que los editores de uno y otro confín se empeñen en convencerlos de que la estrategia del líder empresarial es asimilable a la de los sanguinarios príncipes renacentistas. Napoleón Bonaparte fue muy contundente a este respecto, al tildar de «necios» a quienes creyeron que los consejos de Maquiavelo son para todos los ciudadanos porque estas personas «no saben la enorme diferencia que hay entre el Príncipe y los gobernados».

En resumidas cuentas, *El príncipe* es un manual de instrucciones de uso de la política para aquellos príncipes con ejércitos y ambiciones de conquista, una guía breve con casi treinta capítulos en la que Maquiavelo nos da las claves de cómo ganar el poder y cómo mantenerse en él, en un contexto político tan

convulso como fue la Italia fragmentada del Renacimiento. Es también un tratado de filosofía política y moral, inmerso en la tradición humanista y que conecta a este pensador con autores como Cicerón, Séneca o el mismísimo Tito Livio, al que tanto veneraba. Como sostiene con sólidos argumentos Quentin Skinner, «Maquiavelo es sobre todo un exponente neoclásico del pensamiento político humanista»[12]. Pero, además. *El príncipe* es un texto tan provocador como turbador porque nuestro perfeccionista secretario no escatima en detalles sórdidos con los que busca causar el mayor impacto en el lector al que iba dirigido; en este caso, no un lector genérico, sino una persona muy concreta a quien Maquiavelo dedicó la obra: Lorenzo II de Médici.

Entonces, al terminar la redacción de su espejo de príncipes, nuestro secretario le escribe a Francesco Vettori, amigo y embajador de Florencia en Roma, una de las cartas más reproducidas de la literatura italiana. El destinatario es, además, la conexión más directa que le queda con la familia Médici, con la que espera congraciarse y, a través de ello, volver a desempeñar su antigua ocupación pública. Este es un documento de primerísimo orden por la calidad de su prosa y por contener la primera mención de Nicolás a la obra que lo habría de convertir en eterno filósofo de la política, *El príncipe*, un título que, dicho sea de paso, fue escogido por el editor después de la muerte de Maquiavelo. Nuestro autor lo intituló *Sobre los principados*.

En unos párrafos de gran inspiración, el secretario le describe a su amigo una jornada de duro trabajo en su nueva y forzosa ocupación de granjero en la campiña. Se levanta al alba, supervisa los trabajos en el campo, lee poesía al aire libre, pasa un rato en la taberna, hasta que, prosigue Maquiavelo:

> avanzada la tarde, vuelvo a casa y entro en mi despacho. Y en el umbral me despojo de mis vestidos cotidianos, llenos de fango y lodo, y me visto con ropas nobles y curiales. Entonces, dignamente ataviado, entro en las cortes de los hombres antiguos, donde, amablemente recibido por ellos, me deleito con ese alimento que es solo para mí, y para el que yo nací. Y no me avergüenzo de hablar con ellos, y de preguntarles por las razones de sus acciones. Y ellos, por su humanidad, me responden. Y durante cuatro horas no siento ningún aburrimiento, me olvido de toda ambición, no temo la pobreza, no me da miedo la muerte: me transfiero enteramente donde están

> ellos. Y como Dante dice que no hay saber si no se guarda lo que se ha comprendido, yo he anotado lo que he sacado con su conversación, y he compuesto un opúsculo, *De Principatibus*, en el que profundizo cuanto puedo en las dificultades de esta materia; razonando sobre qué es un principado, de cuántos tipos hay, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden[13].

La repentina muerte de Giuliano de Médici a los treinta y siete años, unida al silencio de Vettori al respecto de *El príncipe* y de su posible intercesión con los Médicis, obligará a Maquiavelo a reescribir la dedicatoria y a dedicar la obra finalmente a Lorenzo II de Médici, nieto del Magnífico. Señor de Florencia y Duque de Urbino. Con toda probabilidad, este sobrino del Papa nunca llegó a leer la obra, a pesar de que en aquella misma época había recibido el encargo de reorganizar la misma milicia florentina que había creado nuestro protagonista (este tema lo trata en profundidad en los caps. XII a XIV de *El príncipe*).

Al respecto del encuentro entre Maquiavelo y Lorenzo II de Médici, circula una anécdota, que algunos consideran apócrifa, según la cual nuestro secretario presentó su obra en persona a Lorenzo II. Al mismo tiempo que esto ocurría, otro súbdito también le ofrecía una pareja de perros de caza, por lo que el Médici, gran aficionado al arte cinegético, se mostró más agradecido con el segundo que con el desesperado Maquiavelo. Por una de esas ironías de la historia, una de las actividades que *El príncipe* recomienda a los soberanos en tiempos de paz es precisamente «participar en continuas cacerías» (cap. XIV).

Maquiavelo inicia esta segunda dedicatoria, que es la única que ha pasado a la historia, ofreciéndole a Lorenzo su posesión más valiosa, «el conocimiento de las acciones de los grandes hombres», en contraposición a otros que agasajan a los príncipes con regalos materiales (¿perros de caza?). A continuación, Maquiavelo lanza un anzuelo muy sabroso para despertar el interés del joven Médici: le propone «aprender en muy breve tiempo cuanto yo, luego de tantos años y penalidades, he llegado a conocer» (dedicatoria). Hoy sabemos que este señuelo resultó inútil para atraer su atención.

En general, la dedicatoria no está exenta de un cierto grado de imploración y súplica: «Y si, desde el ápice de su altura, lanzara alguna vez Vuestra

Magnificencia una mirada hacia parajes tan bajos, sabrá entonces cuán indignamente sufro la larga e incesante malignidad de la fortuna» (*ibíd*.). Indudablemente, la Fortuna es uno de los temas centrales de este opúsculo, como el mismo Maquiavelo lo llama, y la imploración que le hace a Lorenzo II es de carácter práctico, pues está en manos del Médici acabar con su infortunio.

No obstante, nuestro entusiasta secretario pecó de exceso de ingenuidad al pensar que sería posible recuperar con tanta celeridad el favor de los Médicis. Su pasado marcadamente republicano era de sobras conocido. Y, por si fuera poco, había sido uno de los más estrechos colaboradores de Piero Soderini, a quien había ayudado a exiliarse en Roma. Pronto se comprobó que su esperanza era vana y la dedicatoria, como tantas otras solicitudes de trabajo, no obtuvo nunca respuesta.

La obra ni siquiera le produjo réditos editoriales, ya que *El príncipe* no se publicaría hasta 1532, después de la muerte de su autor. Y al no poder regresar a la política, Maquiavelo no tuvo otro remedio que continuar en aquella ocupación, que se imaginaba como transitoria y que lo llevó a convertirse en el filósofo político de fama universal que todos conocemos hoy en día.

El falso *Príncipe*

Maquiavelo era consciente de que su obra despertaría el interés de otros autores menos escrupulosos que él. De hecho, sus temores de ser objeto de plagio no fueron infundados, pues solo se equivocó en quién sería finalmente su falsificador.

Ya desde 1515, *El príncipe* circulaba, en forma de copias manuscritas, entre la élite intelectual renacentista. Esta situación provocó que fuera una de las primeras obras «pirateadas». En 1523, Agostino Nifo, un personaje que del sur de Italia pasó por la Toscana para dar clases en la Universidad de Pisa, la publicó en Nápoles haciéndose pasar por su autor. Este filósofo realizó lo que para algunos es una adaptación de la obra del secretario florentino (exenta de toda crítica a la religión y pasada por el tamiz aristotélico), mientras que para la gran mayoría de los estudiosos de Maquiavelo es una copia en toda regla.

Nifo tituló «su» obra como *De regnandi peritia (El arte de reinar)*, en realidad, un falso *El príncipe*. Una de las pocas precauciones que tomó este ladrón de ideas fue la de traducir la obra desde el italiano original al latín, la lengua culta en el Renacimiento. Por lo demás, copió al pie de la letra capítulos enteros (sin citarlos, por supuesto), aunque se entretuvo en modificar los primeros párrafos. De forma significativa transformó la figura de César Borgia pasando de ser el modelo a imitar a ser el ejemplo de lo que no se debe hacer. Y la desfachatez de Nifo le llevó incluso a dedicar la copia al mismísimo emperador Carlos.

Es innegable que Maquiavelo conoció el hurto intelectual del que había sido víctima puesto que Nifo era un filósofo en nómina de León X, el primer Papa Médici. No obstante, no deja de llamar la atención que nuestro hombre no acusara públicamente al plagiador, ni siquiera que contestara la obra de Nifo. Tampoco queda claro por qué simplemente no adelantó la publicación de *El príncipe*, algo que no ocurrió hasta 1532, cinco años después de su fallecimiento.

Tipos de regímenes

La realidad que analizó Maquiavelo fue la Italia renacentista, ese mosaico de pequeños estados que España y Francia se disputaban como peones de ajedrez. En la teoría que nuestro secretario elaboró a partir de ella, todos los cuerpos políticos solo pueden ser de dos tipos: o bien son principados, algo que hoy asociaríamos con un régimen de monarquía absolutista, o bien son repúblicas, un tipo de gobierno de base mucho más democrática. El primer capítulo de *El príncipe* es claro al respecto:

> Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando el linaje de su señor haya sido por largo tiempo dominante, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán para Francesco Sforza, o son como miembros añadidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles para el rey de España. Y los dominios así adquiridos, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe, o habituados a ser libres; y se adquieren o con las armas de otro o con las propias, por medio de la fortuna o de la virtud (cap. I).

En esta obra, Maquiavelo omitió las repúblicas —el título original así lo autoriza—, de las que, en lo personal, era mucho más partidario y sobre las que se ocupará ampliamente en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, como tendremos ocasión de ver en el apartado final, «El otro Maquiavelo». Por esta preferencia republicana de su autor, *El príncipe* también puede ser interpretado como un ejercicio de pragmatismo a ultranza: firme defensor y leal servidor del régimen de Soderini, el ex secretario Maquiavelo no tiene demasiados reparos en escribir, a los pocos meses de ser derrocado el gobierno para el que trabajaba, un manual de ayuda sobre los principados, justamente el sistema político que se opone a la república.

Hecha esta acotación, son varios los capítulos que Maquiavelo dedica a presentar los cuatro tipos de principado que reconoce en su clasificación: los

principados hereditarios, los eclesiásticos, los mixtos y, finalmente, los principados nuevos. De los primeros, Maquiavelo apenas desvela que son más fáciles de mantener porque sus súbditos están acostumbrados a la dinastía de los monarcas que los rigen, de tal forma que la sucesión de sus soberanos no supone una crisis de relevancia. Los príncipes eclesiásticos, por su lado, son los únicos que «tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan» (cap. XI), porque se asientan sobre instituciones religiosas de gran poder y prestigio. Son, por tanto, todavía más fáciles de mantener que los primeros. Los principados mixtos, por su parte, son aquellos que se conquistan, pero que se acaban anexionando a un Estado mayor y preexistente.

Realmente, el verdadero objeto de investigación de *El príncipe* son los principados completamente nuevos, es decir, aquellos que no se heredan, sino que se toman por las armas. Maquiavelo se centra, pues, en un tema que le apasiona y que, además, es de máxima utilidad para el primer príncipe en potencia a quien iba a dedicar el trabajo: Giuliano de Médici. De hecho, en aquellos años corrió un rumor, tanto por Roma como Florencia, de que el papa León X se estaba planteando constituir un principado *ex novo* (completamente nuevo) agrupando diversos señoríos de la Romaña para poner en su trono a Giuliano de Médici, su hermano. El nombre que se barajaba como gobernador del nuevo Estado era Paolo Vettori, hermano de Francesco, el buen amigo de Maquiavelo. La similitud con César Borgia y Ramiro de Lorca (*véase* pág. 49) salta a la vista y, a buen seguro, el conocimiento de las hazañas de estos últimos le hubiera sido de gran utilidad a Giuliano, de haber vivido para leer *El príncipe*.

> Afirmo, por tanto, que en los principados por completo nuevos, siendo nuevo también el príncipe, las dificultades para conservarlos dependen de que sea más o menos virtuoso aquel que los adquiere (cap. VI).

Si el principado se obtiene mediante la *virtù* (concepto central de la teoría maquiaveliana, que trataremos a continuación) y los ejércitos propios, será relativamente sencillo asentar un régimen estable, pero si los principados se adquieren por medio de la suerte y las armas ajenas, Maquiavelo advierte que conseguirlo será mucho más difícil. Estos últimos estados son como las plantas que brotan con mucho vigor, pero que carecen de raíces profundas que los asienten con firmeza en el terreno. Así, ante la primera adversidad, estas

recientes organizaciones políticas sucumben. Pero no está todo perdido: «Quien no eche los cimientos antes los podrá echar después si grande es su virtud, pese a entrañar molestias para el arquitecto y peligro para el edificio» (cap. VII). Por lo tanto, el gobernante que haya conseguido su reino gracias a la Fortuna, lo primero que tiene que hacer, en opinión de nuestro consejero político, es aprender a temer a la diosa y, a continuación, imitar a otros príncipes que, antes que él, fueron prudentes y «virtuosos». Porque los soberanos que confíen demasiado en su suerte corren el riesgo de que esta última cambie y los destrone de forma inesperada.

Virtù y Fortuna

Virtù y Fortuna son dos elementos centrales en la teoría maquiaveliana pero que en este caso no se autoexcluyen, aunque pudiera parecer lo contrario por el estilo dilemático de nuestro secretario. Una de las preguntas más notables que Maquiavelo trata de responder en *El príncipe* es cómo ser a un tiempo «virtuoso» y afortunado.

Antes de abordar esta cuestión, definamos estos conceptos. Someramente, la *virtù* es un conjunto de cualidades personales, tanto innatas como cultivables, que el príncipe tiene para hacer frente a los vaivenes de la Fortuna, así como para atraer el favor de esta última. La Fortuna, en cambio, es la suerte (buena y mala) que rige las vidas de cada uno de nosotros, y explica aproximadamente el 50 % de nuestro destino. Como se puede apreciar, la primera es una característica interior de cada príncipe, mientras que la segunda responde a las circunstancias externas a la que este debe adaptarse. Como lo expresaría mucho tiempo después José Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mi circunstancia».

Maquiavelo, que repite hasta sesenta ocasiones el término «virtù» en *El príncipe*, no da en ningún lugar una definición sustantiva del mismo. Y no lo hace porque el secretario humanista tenía en mente el mismo concepto de *virtus* que, por ejemplo, Tucídides, Tito Livio o Cicerón, sobre el que no creía necesario abundar en su definición. Además, el despierto Maquiavelo se guarda mucho de fijar unos principios muy rígidos en su concepción de la *virtù* porque ello iría en contra de la premisa mayor de su teoría: la Fortuna cambia, debes ser flexible. Si lo hubiera hecho, es decir, si hubiera fijado unos consejos infalibles para alcanzar el «virtuosismo», no cabe duda de que el constante devenir del signo de los tiempos hubiera convertido su recomendación, tarde o temprano, en obsoleta. Y, probablemente, ya nadie seguiría sus enseñanzas. En cambio, como ya apuntamos, Maquiavelo mantiene los pies de su teoría lo más cercanos a la tierra (y de la Fortuna), algo que sin duda ha contribuido a la intemporalidad de sus recomendaciones.

Incuestionablemente, la moral cristiana padece de la rigidez que el secretario rechaza. Sus mandamientos exigen que nos comportemos de la misma forma recta y estricta en todo momento y lugar. Por este motivo, no es en nada adaptable. En cambio, Maquiavelo demuestra que algunas virtudes cristianas, como la clemencia, pueden ser buenas y malas para alcanzar el fin último —mantener el poder— dependiendo de cada situación concreta en la que se halle el príncipe. Si César Borgia hubiera sido clemente con sus lugartenientes, habría hallado la muerte mucho antes. Por lo tanto, la *virtù* de Maquiavelo se enfrenta a la moral cristiana hasta subvertirla. El florentino nos demuestra la existencia de «algo que parecerá virtud, pero que [el príncipe] al seguirlo provocará su ruina, y algo que parecerá vicio, pero que al seguirlo le procura seguridad y bienestar» (cap. XV).

Pensemos ahora en las funciones que tiene el comportamiento «virtuoso» para Maquiavelo. La *virtù* es un principio que sirve, ante todo, para domesticar a la Fortuna; en otras palabras, nos ayuda a enfrentarnos a nuestro hado y a tomar las riendas de nuestro destino. Los líderes que Maquiavelo admira siempre se han aprovechado de las ocasiones que se les han ido presentando. Pero esta voracidad no solo es una cuestión de azar, sino que estos «virtuosos» tienen una predisposición tal que les permite labrarse su propia suerte. En Maquiavelo, la *virtù* es todo aquello que permite al gran hombre alcanzar cada día su meta máxima de *mantenere lo stato*, es decir, conservar el poder y el estatus. Secundariamente, la *virtù*, también sirve para obtener fama y gloria, que son objetivos loables, aunque secundarios, y que deben ser perseguidos siempre que sea posible, como veremos a continuación.

La *virtù* es, por tanto, más una disposición de ánimo, una actitud ante la vida, que un rasgo intelectual como pueda ser la inteligencia. Se trata básicamente del talante del que busca un objetivo por encima de todas las cosas. Es por este motivo que tiene mucho que ver con el ímpetu y la vitalidad, el valor y la fortaleza del líder, energías todas ellas que le ayudan a sobreponerse a cuantos obstáculos bloquean su camino, incluidas consideraciones morales o religiosas. Implica, entre otros aspectos, cierta implacabilidad, vigor, osadía, coraje, orgullo, audacia y dureza. Es «virtuoso» quien está plenamente determinado a asegurar el bienestar de su Estado de la forma que sea, empleando a sabiendas el engaño, la hipocresía, la astucia y la doblez en aras de ese fin postrero. «Por ello

[el príncipe] necesita tener un ánimo dispuesto a girar a tenor del viento y de las mutaciones de la fortuna, y, como dije antes, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal, de necesitarlo» (cap. XVIII). Esta (elástica) disposición de ánimo es la *virtù*.

El principio enfrentado a la *virtù* es la Fortuna, la diosa que rige nuestras vidas y de la que nunca nos podemos librar. Tan pronto nos regala momentos plácidos como nos sorprende con sus peligrosas embestidas. Y, al igual que la suerte, puede sernos adversa, pero también procurarnos alegría y abundancia, si aprendemos a hacerle frente guarnecidos precisamente de suficiente *virtù*.

Para Maquiavelo, como para los humanistas clásicos, la Fortuna no es una fuerza azarosa y sin piedad, como se esfuerza en dibujárnosla el cristianismo, alentando la pasividad y la aceptación del destino dado. Si así fuera, no cabría «virtuosismo» alguno frente a semejante fuerza, tan irracional como incontrolable. En cambio, la Fortuna es una diosa con forma de mujer que acarrea una fuente rebosante de riquezas. Y como a la mujer, es decir, como a la idea esencialista y llena de tópicos que de la mujer se tenía en aquel entonces, es posible llegar a dominarla, aunque no sea esta una tarea sencilla.

Esta imagen de la Fortuna se repite en los historiadores y moralistas romanos que Maquiavelo tanto admiraba y que le sirvieron de marco teórico. Tito Livio ya nos advertía de que no debemos confiar en la diosa para que nos ensalce, pues de lo contrario estaremos completamente expuestos a que nos derroque cuando se vuelva en nuestra contra. No obstante, este mismo historiador insistía en que «la Fortuna favorece a los audaces».

Y como mujer, la Fortuna se siente atraída por el hombre, el macho de gran hombría, arrojo y valor. Debe ser conquistada por medio de la *virtù*, una cualidad eminentemente masculina, como atestigua la raíz compartida con el término «viril» (en latín, «hombre» es *viris*). Se establece así un auténtico juego de seducción del hombre, que busca dominar su suerte, a la diosa, la Fortuna, que es caprichosa e imprevisible. Se da así un enfrentamiento erótico en el que hay que anticiparse a la Fortuna y controlar sus movimientos. Maquiavelo aconseja al príncipe que sea impetuoso para poseerla y obligarla a obedecer sus órdenes. Se trata de una incesante lucha entre lo masculino y lo femenino, una metáfora que

Maquiavelo emplea con gran pericia (y echando mano de algunos lugares comunes de la manida guerra de sexos) para ilustrar su pensamiento.

El hombre, como no podría ser de otra manera en el humanismo, siempre dispone de un grado de libre albedrío frente a los designios de la Fortuna. En este sentido, cultivar la prudencia y ejercitar la *virtù*, si bien no garantizan el éxito, sí que previenen de fracasos estrepitosos. Por este motivo, en tiempos de paz conviene entrenarse para la guerra, de la misma manera que hay que prepararse para los infortunios cuando aún gocemos del favor de la diosa.

Al respecto de la relación entre ambos principios, Maquiavelo emplea una analogía fluvial que es muy probable que ideara rememorando el desventurado proyecto que había puesto en marcha de la mano de Leonardo da Vinci y que nunca llegó a materializarse, el desvío del río Amo (*véase* el recuadro «Da Vinci y Maquiavelo», cap. 2). «[La fortuna] se me asemeja a uno de esos ríos torrenciales que, al enfurecerse, inundan los llanos, asuelan árboles y edificios, arrancan tierra de esta parte y se la llevan a aquella» y, continúa, «ello no obsta para que, en los momentos de calma, los hombres no puedan precaverse mediante malecones y diques de forma que en próximas crecidas, las aguas discurrirían por un canal o su ímpetu no sería ni tan desenfrenado ni tan perjudicial» (cap. XXV). Lo mismo que con la inundación que provoca el río desbordado, ocurre con la impetuosa Fortuna. Si no encuentra a su paso suficiente *virtù* que, como una presa o una esclusa, la contenga y haga volver a su cauce, la fuerza incontrolada de esta diosa provocará terribles desastres.

Repasando la historia y su propia experiencia diplomática, Maquiavelo se da cuenta de que todos los grandes hombres y los príncipes más gloriosos han sido siempre grandes afortunados. Los hay porque disfrutaron de un inusitado y prolongado favor de la diosa, como le ocurrió a Julio II, el Papa Guerrero. Le llama la atención este personaje porque siempre se comportó de forma temeraria, algo que no es una *virtù* sostenible a largo plazo. «Examinad la primera expedición que llevó a cabo contra Bolonia, en vida aún de micer Giovanni Bentivoglio; los venecianos la desaprobaban; el rey de España, también; con Francia estaba en tratos sobre la misma; empero, con la ferocidad e ímpetu habituales, lanzó personalmente dicha expedición» (cap. XXV). Y aquella osadía

del pontífice obligó al rey de Francia a apoyarlo, algo que seguramente no habría conseguido de haber empleado las vías diplomáticas habituales.

Otros líderes, en cambio, son afortunados porque han conseguido domesticar la Fortuna mediante el empleo de la *virtù*. Tal fue el caso de César Borgia, un modelo de mucha *virtù* y poca Fortuna, puesto que solo cometió un error —apoyar la elección del mencionado Papa— que supuso su único y fatal tropiezo.

Formas de acceder al poder

Una vez definidos los tipos de regímenes en los que se puede organizar un Estado así como los dos conceptos centrales en la teoría maquiaveliana, estamos en disposición de dar un paso más en la teoría del poder que formulara nuestro secretario hace cinco centurias: cómo hacerse con el poder. En primer lugar, hay que subrayar una de las tesis que más influencia ha tenido, y que es también central en *El príncipe*: aquella que sostiene que en política internacional solo se tiene en cuenta al que posee armas o recursos, preferiblemente las dos cosas al mismo tiempo. El talante político del ser humano se comprende mejor con un arma en la mano, parece advertirnos Maquiavelo.

Los estados se definen así por su poderío económico y autonomía militar, motivo por el cual Maquiavelo fue un decidido partidario de los ejércitos nacionales, en contra de la opinión general de la época y haciendo gala de una elogiable visión. Lo afirma de forma repetida y contundente. «Tan solo son buenas, tan solo seguras y tan solo duraderas las formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu virtud» (cap. XXIV).

«Y de los fundamentos de todos los Estados, tanto nuevos como antiguos o mixtos, los principales son las buenas leyes y las buenas armas», asegura, y a renglón seguido reconoce que las armas son necesarias para tener buenas leyes «y donde hay buenas armas, las leyes son por cierto buenas» (cap. XII). De todo ello, se desprende que solo puede haber buenas leyes, efectivas y respetadas, poseyendo buenas armas que obliguen a su cumplimiento.

Las armas, además de dar peso a las embajadas diplomáticas y reforzar el cumplimiento de las normas, tienen otra función primordial en la política mundial. Sirven para conquistar y anexionar territorios (los principados mixtos, en terminología de Maquiavelo), como fue el caso de la ocupación de Polonia que dio lugar a la Segunda Guerra Mundial. De forma similar, también sirven para producir nuevos principados, como fue la intención de César Borgia en la Romaña.

Centrándose en los segundos, Maquiavelo introduce una nueva división de los tipos de conquista posibles: la que se produce por ejercicio de la *virtù* (la conquista «virtuosa», podríamos bautizarlo) y la que se produce por intercesión de la Fortuna (de forma similar, la conquista afortunada). Y, de nuevo, Maquiavelo centra toda su atención en las conquistas afortunadas. Un motivo para definir su unidad de análisis como los principados nuevos de conquista afortunada es que, indudablemente, se trata del tema de mayor utilidad para el príncipe nuevo, que es a quien dirige en último término su manual. Y la advertencia a Lorenzo II de Médici es clara: resulta mucho más difícil mantenerse en el poder que acceder a él, y más aún si se ha llegado a la cumbre por un golpe de suerte.

Un tipo y otro de conquistas, además, dependen en gran medida de si las armas empleadas son propias o ajenas, es decir, si los soldados que invaden los territorios están conformados en milicias nacionales, o bien son tropas extranjeras o mercenarias.

Y el que fuera el más firme impulsor de la milicia florentina muestra en este punto más interés por el segundo de los casos, las conquistas con armas ajenas, pero para desaconsejarlas. Así, recuerda que emplear la fuerza de otros para la importante tarea militar —recordémoslo, parte sustancial de la política interna— es confiar en la diosa voluble; lo que le lleva a enunciar una regla general: «Aquel que menos se haya apoyado en la fortuna se ha mantenido más» (cap. VI). Continúa su advertencia, en la misma línea, que «un príncipe prudente, por tanto, siempre ha rehuido tales armas, prefiriendo las propias; ha preferido mejor perder con las suyas a ganar con las de otro, considerando falsa la victoria obtenida mediante armas ajenas» (cap. XIII).

«Nunca me cansaré en traer a colación a César Borgia y sus acciones» (cap. VII). Porque, de entre todos los ejemplos posibles, es otra vez el *duca* Valentino el más paradigmático. Comenzó sus andanzas al frente de ejércitos auxiliares y mercenarios y estuvo a punto de ser traicionado por estos. Sin embargo, el «virtuosismo» del Borgia le permitió dar la vuelta a aquella comprometida debilidad mediante dos medidas drásticas: la matanza de Senigallia y la creación de la milicia de la Romaña. Ambas acciones despertaron la admiración del secretario Maquiavelo y convirtieron al Valentino en su

verdadero modelo de príncipe excepcional, al que recomienda sin reservas imitar.

Es este tipo de conquista afortunada la misma que conllevó el regreso de los Médicis a Florencia. Si recuperaron su anterior dominio fue mediante las armas españolas y un increíble golpe de buena fortuna, aunque esta cuestión es omitida oportunamente en *El príncipe*. Es de suponer que nuestro audaz secretario confiara en la perspicacia de Lorenzo II de Médicis —el segundo y definitivo destinatario de la obra— para que se diera cuenta de dicha similitud.

En opinión de Maquiavelo, para que una acción arriesgada —como es emprender una acción militar de gran envergadura— llegue a buen puerto deben confluir tres elementos: la *virtù* y la Fortuna (de las que ya nos hemos ocupado), y la ocasión como fuerza mediadora entre ambas. La conquista de nuevos principados es un buen ejemplo para comprobar cómo esta última articula las dos primeras fuerzas. Pongamos por caso que la diosa Fortuna nos es propicia agraciándonos con unas circunstancias muy favorables para la batalla, como es la debilidad de nuestro adversario por un fallo en su aprovisionamiento de víveres. En tal caso, el líder debe ser sagaz para reconocer la oportunidad (*l'occasione*) y aprovecharla al vuelo lanzando con arrojo un ataque inmediato de todos sus efectivos. En tal caso, el príncipe afortunado habrá tenido la suficiente astucia para percatarse de la situación ventajosa. Pero si la falta de provisiones de su contrincante la ha generado el mismo príncipe, entonces habrá sido mucho más «virtuoso», puesto que habrá encauzado los acontecimientos hacia la derrota de su adversario. Habrá empleado todos los medios a su alcance para labrarse la ocasión y obtener su victorioso fin. La Fortuna, en justa lógica, lo favorecerá en mayor medida que al príncipe pasivo, aquel que solo espera que la ocasión se presente por sí misma.

En la misma línea, hay quien ha observado que los caciques, esos animales políticos superdotados en virtudes maquiavélicas, suelen aprovechar las situaciones de desorden e inseguridad para establecer sus regímenes y derrocar a sus antecesores. Ante unas circunstancias así, el aspirante a cacique se erige como el nuevo hombre fuerte, al presentarse como el único capaz de superar el caos en que vive inmerso el pueblo o la región que ambiciona dominar. Lo que suele ocurrir, las más de las veces, es que la causa de ese desorden e

inestabilidad iniciales es el propio cacique. De esta forma, el cacique en ciernes crea las mismas circunstancias que necesita para su consolidación, algo que se ha dado en llamar, acertadamente, el fraude de la protección, por cuanto el cacique ofrece a sus subordinados la solución frente a una incesante inseguridad que él mismo origina.

Otro elemento que Maquiavelo advierte al aprendiz de príncipe es que cuando se invade un territorio, al igual que cuando se usurpa el poder, se perjudican irremediablemente personas, derechos e intereses. Sin lesionarlos (¡oh, sorpresa!) no se pueden conquistar nuevas cotas de poder. Y si algún líder político de éxito trata de convencernos de lo contrario, simplemente intenta engañarnos con astucia. En consecuencia, si somos príncipes de nuevo cuño, debemos tener muy claro a quiénes agraviamos con nuestro ascenso. En este punto, como en tantos otros, Maquiavelo plantea una alternativa binaria: a los hombres, o se les acaricia, agasajándolos, o se les destruye, totalmente. Para acceder al poder hay, cómo no, dos estrategias alternativas: o bien te ganas el apoyo de los que vas desplazando mediante prebendas y favores que los inclinen de tu bando, o bien los destruyes completamente, a todos ellos, hasta el punto de «extinguir la estirpe del antiguo príncipe» (cap. III).

Dos máximas maquiavelianas, ya apuntadas, modulan cómo debe ser esta destrucción de los oponentes: colosal y fulminante. Colosal porque las ofensas han de ser lo más grandes posible para no temer su venganza; y fulminante porque los conflictos solo se pueden postergar en perjuicio propio, pero la guerra siempre acaba siendo inevitable. Ambas son verdades como puños, a las que el nuevo príncipe no puede girarles la espalda por mucho que le repugnen moralmente. Si lo hace, ya sea por remilgo o por repulsión, su destino es que deje de ser el príncipe nuevo y pase al siguiente lugar en la lista, el de cabeza de la dinastía derrocada.

Un último apunte sobre cómo acceder al poder. A diferencia de las monarquías hereditarias, los dominios que se conquistan plantean mayores desafíos a los soberanos, ya que necesitan de la buena voluntad de los súbditos para ser gobernados. Maquiavelo lo afirma de forma manifiesta: «Por fuerte que sea uno al frente de su ejército, siempre requiere del apoyo de los naturales del lugar para introducirse en él» (cap. III). Lo anterior es especialmente cierto, si

además los habitantes del nuevo Estado están acostumbrados a vivir en libertad y bajo el imperio de unas leyes propias. Es por este motivo que, en opinión de Maquiavelo, las ex repúblicas son especialmente difíciles de controlar Para conseguirlo, se pueden hacer tres cosas: barrerlas de la faz de la Tierra, establecer una colonia o residir en ellas para dominarlas. De entre estas, el secretario se inclina radicalmente por la primera, ya que «no hay modo seguro de poseerlas aparte de su destrucción. Quien se convierta en señor de una ciudad habituada a vivir libre y no la aniquile, que espere ser aniquilado por ella» (cap. V). ¿Y por qué se siente tan pesimista Maquiavelo? Porque ni la libertad ni las antiguas instituciones (republicanas) se olvidan. Y, asimismo, no hay nada más incontrolable, más peligroso y de más dudoso éxito que introducir cambios en lo que hoy llamamos la Constitución de un país. Las innovaciones políticas, para el secretario florentino, son tan inciertas como imprevisibles son sus resultados.

Palabra de Francisco I

Un ejemplo muy notable del uso del engaño en la política Internacional fue el incumplimiento, punto por punto, del Tratado de Madrid por parte del rey de Francia, Francisco I.

En la constante disputa por la hegemonía en la península Itálica, las tropas germano-españolas consiguieron la decisiva victoria sobre las francesas en la batalla de Pavía de 1525. Tras la misma, el rey Francisco I de Francia fue hecho prisionero por el emperador Carlos V y conducido a la capital española, en tan deshonrosa situación para un monarca soberano. Obligado a firmar el Tratado de Madrid para recuperar su libertad, el rey francés aseguró que renunciaría a sus pretensiones sobre el Milanesado, Flandes, Artois y Borgoña. Sin embargo, la palabra dada por Francisco solo valió el tiempo que tardó en cruzar los Pirineos.

Este ejemplo no está recogido en *El príncipe* porque es posterior a su redacción, pero Maquiavelo se refirió a él en una de sus cartas: «De manera que yo me atengo a esta opinión: o que el Rey no será liberado, o que, si es liberado, observará lo pactado» (carta de Maquiavelo de marzo de 1526). Sin embargo, el florentino se equivocaba esta vez, pues, a las pocas semanas de ser liberado, Francisco I se unió a la Liga de Cognac, impulsada por el Papa, para enfrentarse a los ejércitos españoles.

Cabe suponer que Maquiavelo, al comprobar que finalmente el rey galo recuperó su libertad mediante el engaño, hubiera aprobado semejante ardid para ilustrar sus tesis contenidas en *El príncipe* sobre las únicas circunstancias en las que los monarcas deben mantener su palabra.

Cómo seguir siendo el rey

Una vez conseguida la vara de mando, el objetivo principal de todo monarca, príncipe o cacique es, como reza el corrido mexicano, seguir siendo el rey. Esta es la meta fundamental de todo dirigente en todo momento, y no es superfluo volver a insistir sobre ello. Cuando un gobierno alude a la razón de Estado o cuando la oposición le acusa de tener intereses partidistas, casi siempre lo que subrepticiamente se debate es el intento constante y habitual de los políticos por perpetuarse en el poder. Una suerte de instinto de supervivencia del «cuerpo» social, de creer —como Herbert Spencer y, en parte, también Maquiavelo— que la sociedad es asimilable a un organismo vivo.

Por otro lado, se ha convertido ya en un cliché afirmar que lo fácil es llegar a la cima, pero lo que de verdad resulta complicado es mantenerse en ella. Esta máxima se aplica indistintamente al político que al actor, al deportista o al cantante de moda. Implícito en dicho tópico está la idea de que la competencia es mayor y más despiadada cuanto más arriba nos encontramos en cualquier jerarquía humana. De todo ello se desprende que, una vez hayamos conseguido crear nuestro propio reino, o le hayamos arrebatado la corona a otro más desgraciado que nosotros, hay que conservarlo a toda costa. En este punto, Maquiavelo simplemente constata una obviedad, pero si lo hace no es por simpleza, sino porque nunca han faltado gobernantes que lo han olvidado.

Seguir con el cetro real es la única vara de medir de las acciones en política, es aquel fin que justifica todos los medios, la norma práctica que nos sirve para discernir nuestras acciones entre buenas (si son efectivas para permanecer en el poder) y malas (si no sirven en este sentido o incluso si consiguen el efecto contrario al deseado). Maquiavelo expresa este criterio fundamental, en italiano, como *mantenere lo stato*, un juego de palabras que tanto significa mantener el Estado (los territorios conquistados y la organización política de la sociedad) como conservar el estatus social (las posesiones y privilegios).

Preservar el poder, en opinión del alto secretario, es la meta diaria del político y el único escalón de tan inestable podio. Por este motivo, recomienda al aprendiz de príncipe que sea muy flexible, porque obtendrá mejores resultados si se adapta a los designios de esta diosa caprichosa, la Fortuna, que si procura cambiar el insondable signo de los tiempos, algo que dudosamente conseguirá. Por estos mismos motivos, conviene dejar de lado todos los principios excesivamente firmes y tener la suficiente cintura para amoldarse a los cambios que se presenten. Al mismo tiempo, mediante la *virtù* pueden preverse los futuros contratiempos y prevenirse contra ellos, dos rasgos que, a su juicio, distinguen a los mejores y más eficaces gobernantes.

De las ideas contenidas en *El príncipe* se infiere que al número uno de la cadena de mando se puede llegar por un golpe de suerte, pero que no es posible mantenerse allí solo por la intercesión de la Fortuna. Mantener la supremacía en la más peligrosa de las competiciones humanas, la alta política, es un ejercicio extenuante para el que hay que estar entrenado, constantemente motivado y en plenas facultades. Y para vencer en esta, nada mejor que una buena dosis de *virtù*, como nos receta Maquiavelo. Con ella, el príncipe podrá prevenir los futuros y más que probables cambios de fortuna. También la misma medicina le ayudará a poner en marcha el mejor de los gobiernos posibles que, en términos maquiavelianos, es aquel capaz de proporcionarle honor y gloria, mediante políticas que todos aprobaríamos como éticas, benéficas y loables. Porque, para Maquiavelo, aquellos dos fines mundanos (en oposición a las glorias celestiales) son los más altos a los que puede aspirar el monarca. Hasta aquí todos estaríamos de acuerdo, incluidos Tito Livio y el mismo Cicerón.

Sin embargo, la mayoría de las veces estos objetivos (ser honrado y glorioso) se convierten en una quimera, sobre todo para los príncipes nuevos que, sin raíces, viven expuestos a los vendavales de la diosa Fortuna. Por ello, Maquiavelo insiste en el carácter secundario y condicional del honor y la gloria. Secundarios porque si el príncipe descuida el objetivo primero y esencial (seguir con la corona en la cabeza), acabará engordando la larga lista de los soberanos destronados.

Aun a riesgo de parecer obtusos y cansinos, insistiremos, como Maquiavelo, en otra obviedad: solo se puede aspirar al honor y a la gloria si se es monarca.

Esta es la condición *sine qua non*. El príncipe aprendiz no puede descuidar ni un solo minuto su preciada posesión. Y solo en el caso de que se tenga asegurado con firmeza el Estado, entonces podrán planearse otras cuestiones no esenciales. Pues, como decimos, no han faltado líderes (por ejemplo, el propio Soderini) que confundieron cuál era el fin principal de su mandato y antepusieron sus principios morales a la verdadera *virtù*. A fin de cuentas, no hay una gran diferencia entre el elenco de los soberanos derrocados, todos ellos famosos, reputados y muy honorables (o no). Simplemente, no supieron estar a la altura de las circunstancias y sucumbieron al no precaverse «virtuosamente». El aforismo maquiaveliano lo resalta así: «El príncipe que todo lo basa en la fortuna se hunde con el mutar de la misma» (cap. XXIV).

Detengámonos por un momento con objeto de repasar y volver a ordenar lo visto hasta este punto. El objetivo principal de todo monarca siempre es el mismo, seguir siendo el rey. En política, el sentido de todo lo demás se desvanece, si nos despojan de la dignidad real. Este es el único Norte del príncipe: *mantenere lo stato*. Para alcanzarlo, día a día, Maquiavelo recomienda utilizar aquellos métodos más efectivos que se encuentren a nuestro alcance. De la lista de estos últimos, sin embargo, es preferible empezar por los que, adicionalmente, nos reporten honor y gloria. Así, en algunos casos raros será posible tomar decisiones que nos permitan alcanzar ambos objetivos simultáneamente: el principal y el secundario, la permanencia real y la fama entre los súbditos. Pero lo más habitual es que, por desgracia, uno y otro no sean posibles al mismo tiempo. Entonces nos enfrentaremos ante la disyuntiva, ante el terrible dilema moral —que no es tal para Maquiavelo— de tener que escoger entre hacer el bien o servir «bien» a nuestros intereses como estadista. Así, Maquiavelo vuelve a ser claro en este punto. No hay espacio para la duda. No cabe confundir ni un ápice los términos. Hacerlo traerá irreparablemente la ruina. Lo único que cuenta es alzarse con la victoria. El afán constante del príncipe debe ser anticiparse «virtuosamente» a la Fortuna y derrotar a los adversarios. Y por si a alguien le quedaba alguna duda: en el juego de tronos no hay premio de consolación.

Continuemos. Si lo que está en juego es tu real cabeza, ¿no están justificados la crueldad, el engaño y la violencia? Si sabes con certeza absoluta que estos medios serán empleados en tu contra, ¿no es preferible adelantarse y emplearlos

tú antes de que lo hagan tus enemigos? Con una pizca de sagacidad (y otra de lectura interesada), las máximas de Maquiavelo también se pueden entender como la justificación de una preventiva y legítima defensa. En este preciso sentido, nuestro protagonista ha servido no solo de guía para tiranos y estadistas, sino también de consuelo y tranquilizante para apaciguar las conciencias de muchos de los que se vieron —y se siguen viendo— impelidos a obrar con maldad para obtener sus objetivos. Pues «con frecuencia se requiere, para mantener el Estado, obrar contra la lealtad, contra la compasión, contra la humanidad, contra la religión» (cap. XVIII).

La clave del gobierno exitoso está en reconocer convenientemente las circunstancias, aceptar la necesidad que impone la Fortuna y adaptar el propio comportamiento a los tiempos (y no a la inversa). Como si de la supervivencia de las especies se tratara, la dinastía triunfadora será aquella que mejor adapte su modo de proceder a la naturaleza política que marquen los tiempos. Esta es la *Realpolitik* de Maquiavelo, la política entendida como el arte de lo posible. Un ejemplo de su pragmatismo (exento por completo de ideología) es su exhortación al nuevo príncipe de apoyar el bando de los menos poderosos, la facción desfavorecida por el anterior monarca, pero sin dejar que esta acreciente su poder efectivo. Tal ha sido el proceder de príncipes ilustres y «virtuosos».

Y ¿cómo podemos garantizar que nuestra testa seguirá luciendo la corona? Aceptando, en primer lugar, que no siempre se puede actuar bien (sin comillas). El monarca, por tanto, debe ser alguien capaz de recurrir a métodos extremos cuando las circunstancias lo exijan, por ejemplo, para restaurar el orden y la seguridad de su país. Alguien que sea capaz de luchar como hombre (por medio de la ley) y como bestia (mediante la fuerza bruta). En este punto, Maquiavelo emplea una de sus más penetrantes metáforas: el soberano debe ser zorro y león al mismo tiempo, es decir, hábil, taimado y astuto como el rapaz, y dominante, audaz y despiadado como el rey de la selva. Esto supone un nuevo ataque al humanismo de Cicerón, al aceptar que el político no siempre es humano (moral y racional), sino que a veces tiene que comportarse de forma animal (instintiva e irreflexiva).

Por lo tanto, Maquiavelo constata que todo monarca que quiera mantenerse en su condición deberá actuar de manera perversa: que en algún momento de su

reinado agraviará, herirá, causará daños, empleará la violencia, impondrá castigos injustos y se mostrará vengativo, entre otros comportamientos censurables para el ciudadano de a pie. Y, para desgracia del político que tenga un gran sentido moral, no siempre podrá justificar su actuación por una agresión previa. Muchas veces hay que actuar de forma preventiva, antes de que la amenaza se convierta en una realidad. El que olvida que sus adversarios son despiadados, acaba mordiendo el polvo.

Sin embargo, nuestro secretario recomienda guardar las formas. En este sentido, desaconseja parecer manifiestamente vil cuando haya que actuar de forma tal. Emerge de nuevo la imagen del monstruo gallardo y sonriente que maquina y perpetra sus planes desalmados. Es más, como aprendimos durante la misión italiana, es preferible disponer de alguien que haga el trabajo sucio porque, llegado el caso, se podrá actuar como César Borgia contra Ramiro de Lorca, ejecutando al ejecutor y ganándose el favor de los súbditos oprimidos. «De aquí puede deducirse otra máxima importante: que los príncipes deben hacer ejecutar a otros las medidas de castigo y retener para sí mismos las de gracia» (cap. XIX).

Otras cualidades que nos ayudarán a mantener el poder son la prudencia y la prevención. En primer lugar, Maquiavelo impela al soberano a «prestar atención no solo a los desórdenes presentes, sino también a los futuros, recurriendo a toda su habilidad para evitarlos. Y es que, cuando se los prevé a tiempo, el remedio es fácil, pero si se espera a que se te echen encima, la medicina no servirá, porque el mal se habrá vuelto incurable» (cap. III). Asimismo, nos recuerda que la ocupación de príncipe es de jornada completa, en tanto que «se ve que cuando los príncipes han dedicado más atención a la holganza que a las armas, han perdido su poder» (cap. XIV). Su recomendación a este respecto es clara: el príncipe debe ejercitarse en tiempos de paz, es entonces cuando debe prepararse para la guerra. Salvando las distancias con el Renacimiento, la formación militar de los herederos de coronas como la española o la británica es un acontecimiento que todavía hoy se puede seguir a todo color en *¡Hola! y Hello!*, respectivamente.

En conclusión, la Fortuna favorece a los valientes, a los «virtuosos»; a los *echaos p'alante*, como diría un castizo. De igual forma que hay que ser osado

para abrir las puertas del Palacio Real, hay que ser atrevido y tener empuje para residir en él muchos años. En cambio, lo peor que puede ser el príncipe, en opinión de Maquiavelo, es poco resuelto, indeciso, pasivo, prudente (en el mal sentido de la palabra). Y puesto que no se pueden evitar los peligros, hay que hacerles frente (coger el toro por los cuernos) y tener iniciativa suficiente para tomar decisiones que, por duras e inmorales que sean, nos eviten males mayores. La inacción (el *temporeggiare* florentino que tanto desquició al secretario en sus años de diplomático,) es la principal causa de pérdida de poder real.

Moralidad y gobierno

En este apartado vamos a abordar uno de los núcleos centrales del pensamiento de Maquiavelo: la moral y la acción de gobierno. Esta misma discusión la retomaremos en el capítulo siguiente, donde explicaremos las diversas conclusiones que otros pensadores han extraído de las tesis maquiavelianas y tomaremos una posición en dicho debate. Así pues, sirvan los párrafos siguientes para presentar las ideas contenidas en *El príncipe* sobre los valores éticos y su influencia en la política.

En primer término, Maquiavelo demuestra que existen virtudes que solo lo parecen, mientras que hay supuestos vicios que son realmente virtudes. ¿Cómo es esto posible?, se cuestiona. A lo que responde diciendo que lo que es bueno para la vida del ciudadano puede ser fatal para la del gobernante y su Estado. Pensemos, sin ir más lejos, en la otra mejilla que debería haber puesto Lorenzo de Médici, «el Magnífico», cuando fue atacado por las dagas de los Pazzi en aquella funesta misa de Semana Santa de 1478.

No todos los hombres son buenos. El príncipe que se obstine en actuar de forma ética «acabará hundiéndose entre tantos que no lo son», de ahí que «un príncipe que se quiera mantener necesite aprender a ser no bueno, y a hacer uso de ello o no, dependiendo de la necesidad» (cap. XV). En contra de Cicerón, Maquiavelo nos enseña que no siempre lo más racional es comportarse con arreglo a las normas morales. Sin embargo la contraria, la maldad por la maldad, tampoco es un comportamiento «virtuoso», porque ser malvados sin límites y, por ejemplo, emplear una crueldad despiadada, sin un fin que la justifique, es una estrategia equivocada, en tanto que puede proporcionar poder pero no gloria, y lo que es más peligroso, puede hacernos odioso a los ojos del pueblo. Por todo ello, «no cabe llamar virtud, empero, a dar muerte a sus ciudadanos, traicionar a los aliados, faltar a la palabra, a la clemencia, a la religión; procedimientos así permiten adquirir poder, mas no gloria» (cap. VIII).

De este modo, el secretario descubre una grieta entre ética (cristiana) y política (renacentista) que se dedica a ensanchar a martillazos y sin el menor atisbo de misericordia. Según Maquiavelo, en aquella época se vivía en una sociedad corrupta donde los ricos habían doblegado mediante favores el interés general y habían recortado la libertad de los ciudadanos. Todo ello había conducido a una profunda crisis de valores que, a su vez, había comportado que se valoraran cuestiones muy alejadas de la verdadera *virtù*, como eran, por ejemplo, la sumisión, el despilfarro y la extravagancia. Y precisamente el cristianismo había tenido mucho que ver en esta confusión del bien y el mal, idea sobre la que volverá Nietzsche de forma insistente y no menos demoledora. En resumidas cuentas, es la *virtù* el concepto a partir del cual Maquiavelo procede a redefinir desde su misma raíz ciertos valores falsos, fijados con anterioridad tanto por el humanismo clásico como por la religión católica. Veamos cuáles fueron.

En el capítulo XVI de *El príncipe*, Maquiavelo demuestra que la pretendida virtud de liberalidad (la generosidad excesiva del monarca) es realmente un pesado vicio que se transforma en extravagancia. El verdadero comportamiento «virtuoso», por contra, es la parsimonia (la moderación en los gastos) que demuestra aquel gobernante comedido que administra con mesura las arcas públicas, con lo que evita la rapacidad de las riquezas de los ciudadanos a través de excesivos impuestos.

En el capítulo XVII, Maquiavelo realiza una operación de inversión en términos similares. Desaconseja la clemencia cuando en realidad se trata de un exceso de indulgencia; no caben remilgos ni remordimientos entre príncipes ambiciosos; más que conocer a tu enemigo, lo más apropiado es destruirlo sin compasión.

Y, ¿cómo puede emplearse mal una virtud? De hecho, si es posible una situación semejante, la conclusión que sigue demuestra que no es tal virtud. Por ejemplo, César Borgia se podría haber equivocado siendo clemente, pero prefirió ser «virtuosamente» cruel. Por lo tanto, la clemencia puede ser perjudicial, mientras que su opuesto puede ser «bueno», es decir, puede convertirse en un medio que contribuya instrumentalmente a nuestro objetivo primordial. Maquiavelo reconoce que existe tanto un «buen uso de las crueldades como uno

malo», y, continúa, «cabe hablar de buen uso (si del mal es lícito decir bien) cuando se ejecutan todas de golpe, en aras de la seguridad propia, sin que se recurra más a ellas, y redunden en la mayor utilidad posible para los súbditos» (cap. VIII).

Otro de estos puntos discordantes en los que Maquiavelo hurga (aunque, como en el caso anterior, no es él quien inflige la herida) es en la cuestión de la honestidad. ¿Hasta qué punto es aconsejable mantener la palabra, siendo príncipe? Aquí de nuevo hace gala del mismo pragmatismo y empirismo que tanto lo caracterizan. Subraya el hecho siguiente: no se recuerda cuando los príncipes más ilustres (entre ellos, Fernando el Católico o los papas Alejandro VI y Julio II) cumplieron alguna de sus promesas. Por lo tanto, el consejo maquiaveliano es que solo se respeten los acuerdos si, y solo si, se consigue un beneficio al hacerlo. En caso contrario, estamos autorizados a traicionarlos en aras de mantener el Estado. El engaño, a juicio del solvente diplomático, forma parte del arsenal retórico del político común.

Otra cuestión fundamental es que el príncipe sea un buen actor: «un gran simulador y disimulador», en palabras de Maquiavelo. Pues, si bien no tiene por qué tener todas las cualidades consideradas comúnmente como buenas, «sí es del todo necesario que parezca poseerlas. Más aún, hasta me atrevo a decir que, si las tuviera y observara siempre, le serán perjudiciales, mientras que si aparenta tenerlas, le son útiles» (cap. XVIII). Por lo tanto, el disimulo y la hipocresía son dos de las virtudes maquiavélicas que con mayor frecuencia debe ejercitar el príncipe. En dicho caso, lo más importante es que se mantenga hasta el último minuto la apariencia de ser una persona de fiar y se minimice así el número de personas que conozcan sus verdaderas intenciones. «Todos ven lo que pareces, pocos tocan lo que eres» (*ibíd*.). Esta es la astucia con la que actúa el fabuloso zorro, una de las dos bestias a las que nuestro florentino intemporal aconseja imitar.

En definitiva, según Maquiavelo, no hay que temer la crítica por tener esos supuestos vicios sin los cuales no se puede seguir siendo el rey. En realidad, no son vicios si sirven para el fin principal de *mantenere lo stato*. Son virtudes disfrazadas de falsos vicios, ya que en realidad son beneficiosas, «buenas» (o lo que es lo mismo, útiles) para mantener el poder. Entre ellas sobresalen las

siguientes: ser tenido por avaro, por mezquino o por cruel; aplicar castigos públicos y desmesuradamente ejemplares; ser hipócrita, engañar, incumplir los compromisos. Por contra, existen falsas virtudes que en realidad son vicios perjudiciales, «malos» (o lo que es lo mismo, disfuncionales) para el fin principal del príncipe. Entre estas últimas figuran: ser tenido por pródigo y manirroto; gastar lo propio con excesiva generosidad (lo que te obliga a ser fiscalmente rapaz), o también, ser demasiado blando y no castigar a los que alteran el orden público y lesionan a los ciudadanos. Por cuestiones como la excesiva liberalidad o la excesiva clemencia pueden llegar a odiarte, verdadera antesala del fin. ¿Cómo pueden ser virtudes, estas últimas, si poseerlas en exceso causarán tu soberana ruina?

Finalmente, Maquiavelo dedica una extensa reflexión a dilucidar qué es preferible para el monarca, ¿ser amado o ser temido? Aunque la situación ideal es ser las dos cosas al mismo tiempo, nuestro despierto secretario reconoce que es muy complicado que los súbditos reúnan ambas emociones en un mismo príncipe. Dado el caso, y planteada de nuevo la alternativa, él se decanta por la segunda opción; es mucho más seguro ser temido que querido: «Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos; y que mientras los tratas bien son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije, más siempre y cuando no los necesites» (cap. XVII). Además, la naturaleza del ser humano es tal que traiciona con mayor facilidad a quien ama que a quien teme. Esta es otra verdad que resulta duro escuchar, pero lamentablemente se repite con demasiada frecuencia como para que el soberano le haga oídos sordos.

En resumidas cuentas, para mantener el Estado es «bueno» atemorizar a los súbditos, aunque no es conveniente pasarse de la raya. Esta última la traza el hipotético punto en el que se empieza a ser odiado por ello. En palabras del secretario: «Concluyo que, puesto que los hombres aman por voluntad propia, y temen por voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe fundarse en lo que es suyo, y no en lo que es de otros. Debe únicamente ingeniárselas, según se ha dicho, para evitar el odio» (*ibíd.*). En el modelo realista que delinea Maquiavelo, el líder odiado acaba siempre, tarde o temprano, siendo depuesto por el pueblo.

Ilustres maquiavélicos

Lo primero que cabe mencionar, a colación de los innumerables admiradores que ha tenido *El príncipe*, es que esta obra ejerce sobre los lectores la misma fascinación que suscitan las cosas prohibidas o los secretos inconfesables. La primera vez que se leen los cortos pero intensos capítulos que componen el texto, se tiene la estimulante sensación de que Nicolás nos susurra algo que nuestros mayores —incluidos otros filósofos y teóricos de la política— nunca nos habían confesado antes. Inquietud y expectación se entremezclan antes de conocerlo, un cierto asombro deslumbrante en el momento en que nuestro secretario nos expone sus heterodoxas ideas, y, finalmente, una cierta decepción amarga al conocer la cruda y nada mágica realidad.

Los lectores de renombre que se han hecho eco de esta obra son muchos y están en su mayoría bien documentados; más, incluso, que otras obras filosóficas famosas. En opinión del efervescente Mussolini, por ejemplo, *El príncipe* es un vademécum para estadistas. Contrasta con ella la apreciación que el jocoso Bertrand Russell tiene del mismo texto; para él es más parecido a un manual para gángsteres[14].

Asimismo, no han faltado lectores maquiavélicos de la obra maquiaveliana. Algunos presidentes de Estados Unidos, como John Adams o, más recientemente, Bill Clinton, han sido declarados admiradores de la grácil pluma del florentino. Otros, como Henry Kissinger, no asumen esta influencia tan abiertamente, tal vez en un alarde de hipocresía cuasi principesca. La reina Cristina de Suecia, ya en el siglo XVII, fue la primera monarca en anotar su ejemplar de *El príncipe*, mientras que, décadas después, Federico II de Prusia escribió y publicó en 1740 su *Antimaquiavelo, ensayo crítico sobre El príncipe* con un prefacio de nada menos que Voltaire.

Sin duda, el discípulo más aventajado que tuvo Maquiavelo fue Napoleón Bonaparte, quien, llevado por un impulso ligeramente extremista, acusó en repetidas ocasiones a su maestro florentino de

ser un moralista. Napoleón, como antes la susodicha reina Cristina, realizó un gran número de apuntes personales en sus varias copias del libro. Es sabido que el emperador francés no viajaba sin su biblioteca de campaña, una discreta colección de mil volúmenes que le acompañaban allí donde iba. Los comentarios de Bonaparte son un material suculento. Por ejemplo, allí donde Maquiavelo recomienda que el príncipe debe estar dispuesto a obrar de forma malvada, Napoleón asiente y se hace eco del objetivo principal de la política: «Dígase lo que se quiera, lo esencial para el príncipe, en un Estado, es conservarlo y mantener en él el orden». Sobre la utilidad y la efectividad como fundamentos de la *virtù* maquiaveliana, el engreído emperador, que se consideraba un ejemplo más fresco, perfecto y sublime que el propio *duca* Valentino, sentencia: «Triunfad siempre, no importa cómo; y tendréis razón siempre».

La devoción del gran estratega corso no se limitó a la obra más popular del florentino, sino que leyó, analizó y garabateó sus notas en los márgenes del resto de los tratados políticos de nuestro protagonista[15]. Para terminar, veamos una de las observaciones más amargas que Napoleón realizó a la obra *Vida de Castruccio Castracani*. A propósito de una ejecución que mandó este Castracani, Maquiavelo discurre sobre los viejos amigos que se convierten en enemigos nuevos. A pie de página, Bonaparte corrobora esta cuestión al preguntarse retóricamente: «¿Son otra cosa los más de los que sirvieron para mi elevación? Un príncipe no debe conocer más que al amigo del momento, al que puede serle útil en el instante adecuado y olvidar todo sentimentalismo ante el peligro presente y futuro».

El otro Maquiavelo

La inmensa mayoría de los lectores de Maquiavelo únicamente conocen su obra más difundida, que no es otra que *El príncipe*. Sin embargo, solo se puede tener una visión completa del pensamiento del florentino si prestamos atención, como mínimo, a otra de sus obras fundamentales sobre teoría política: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

En muchos aspectos, estas son dos obras contrapuestas. La primera versa sobre los principados y la segunda sobre las repúblicas. La primera tiene como tema central el mantenimiento del poder absoluto y la segunda, la libertad. La primera confía plenamente en el brazo armado del Estado, la segunda pone más énfasis en el imperio de la ley. La primera se escribió sin interrupción en unos pocos meses, mientras que la redacción de la segunda se prolongó durante varios años. La primera se escribió frenéticamente con un fin práctico; la segunda, en cambio, la firmó reposadamente un autor que ya se había hecho a la idea de que su retiro de la vida pública sería mucho más prolongado de lo que hubiera deseado.

La dedicatoria de la segunda obra contiene una poco velada referencia al Maquiavelo de la primera, algo que supone una saludable muestra de que el fino humor del florentino no lo respetaba ni a sí mismo. Al dedicar la obra a unos buenos amigos de los Orti Oricellai, los jardines donde se reunían los más destacados humanistas republicanos, asegura que lo hace por apartarse «de la costumbre en los escritores de dedicar sus obras a príncipes, cegándoles la ambición o la avaricia hasta el punto de elogiar en ellos todo género de virtudes, en vez de censurarles todos los vicios» y, a renglón seguido, culmina diciendo que ha elegido «no a los que son príncipes, sino a quienes por sus infinitas buenas cualidades merecen serlo», no a los que podrían conseguirle «empleos, honores y riquezas, sino a los que quisieran hacerlo si pudiesen» (*Discursos*, dedicatoria). Interesante parodia *selfie*.

Al mismo tiempo, El *príncipe* y los *Discursos* son dos obras en muchos puntos complementarias. Para empezar, la segunda es un comentario muy libre a los primeros diez años relatados por Tito Livio en *Historia de Roma*, aquella magna obra que su padre consiguiera a cambio de trabajar en un índice de lugares. Su análisis y los ejemplos que aduce vienen a sumarse al amplio conjunto que ya había empleado con anterioridad en la primera obra. En segundo término, en los *Discursos* Maquiavelo se ocupa de las repúblicas, el régimen que descartó tratar ya en el primer capítulo de *El príncipe*. Aquí se muestra partidario de los gobiernos republicanos, por considerarlos más apropiados para las sociedades más ricas e igualitarias. No obstante, también se dio cuenta de que los principados, esas monarquías absolutas con gobiernos más autoritarios y personalistas, son preferibles para manejar situaciones de gran desigualdad y para superar momentos de especial corrupción. En resumidas cuentas. Maquiavelo no se opondría a una suerte de dictadura transitoria que sea capaz de regenerar lo que hoy llamaríamos la vida democrática.

La redacción de ambas obras la llevó a cabo en paralelo durante el año 1513, aunque los *Discursos* acabarán tomándole varios años más. Hay quien afirma que dicho proceso de escritura fue secuencial, es decir, que Maquiavelo dejó de redactar los *Discursos* —para iniciar *El príncipe*— al llegar justamente al capítulo XVIII del Libro I, titulado «De qué modo puede mantenerse en un pueblo corrompido un gobierno libre si existía antes, y si no, establecerlo». En ese momento, siguiendo con la anterior hipótesis, Maquiavelo constata que en situaciones excepcionales, con ciudadanos totalmente corruptos, los mecanismos del régimen republicano son demasiado débiles para extirpar a los miembros que recortan la libertad, por lo que es preciso para el gobernante convertir su régimen en un principado. Porque Maquiavelo es un republicano sin ser un extremista; es más realista que republicano y, como tal, prefiere un principado bien gobernado que una república corrupta y decadente.

En *El príncipe*, Maquiavelo se refiere indirectamente a la misma situación y se muestra así de rotundo: «Es menester señalar aquí que el odio se conquista tanto mediante las buenas obras como con las malas; por ello, como dije antes, un príncipe que quiera mantener el Estado se ve con frecuencia forzado a no ser bueno, pues cuando una de tales partes —el pueblo, los soldados o los notables —, que tú consideras necesaria para mantenerte, está corrompida, te ves

obligado a actuar a su aire para satisfacerla, y entonces las buenas obras te son enemigas» (cap. XIX). Si la sociedad está corrompida, hacer el bien traerá tu ruina como gobernante. En ese caso, Maquiavelo se muestra partidario de la tiranía —la dictadura o la monarquía absoluta— de un príncipe «virtuoso» que restablezca las buenas costumbres y una escala de valores que no falsifique la verdadera *virtù*.

Como sostiene Bertrand Russell en su más que recomendable *Historia de la filosofía occidental*, el tono de los *Discursos* es muy diferente al de *El príncipe*, ya que hay grandes pasajes que «parecen escritos por Montesquieu» en cuanto a que Maquiavelo aboga por una división de poderes[16]. La teoría política de los contrapoderes, en este caso, no se da entre los tres poderes habituales (ejecutivo, legislativo y judicial), sino entre tres segmentos de la sociedad que pueden ser equiparados a soberanos, nobles y pueblo llano. En la misma línea, defiende que la mejor constitución es aquella que combina los tres tipos de gobierno que ya apuntara Aristóteles: monarquía, aristocracia y democracia. Además, la *virtù* en los *Discursos* deja de ser un conjunto de cualidades del soberano para pasar a serlas también de los ciudadanos, unas disposiciones de ánimo cívico que el buen gobierno republicano obliga a cultivar al pueblo. A grandes rasgos, esta es la república ideal —y algo utópica— de Maquiavelo, régimen del que se siente un fervoroso defensor. Aunque, como constata Skinner, «Maquiavelo nunca fue un partidario tan vehemente de la libertad republicana como para sentirse inclinado a asociarse con alguna de las conspiraciones antimediceas»[17].

Mediante esta vigilancia de unos y otros, los pocos y los muchos, se procura evitar que la sociedad se corrompa a través de la formación de partidos que lesionen el interés de la mayoría. Estas facciones antirrepublicanas se crean por medio del patronazgo de los ricos y los poderosos, que consiguen el apoyo de los ciudadanos (como habían hecho los Médicis, aunque Maquiavelo no lo denuncia tampoco aquí) con el que se apropian indebidamente y a título personal de los bienes comunes. Es este tipo clientelismo oligárquico el que somete con favores y prebendas las instituciones democráticas, fomenta la inversión de los valores morales y tiene como terrible resultado final el recorte de la libertad. La principal preocupación del Maquiavelo de los *Discursos* es combatir la corrupción que termina siempre por ser sinónimo de opresión y tiranía.

Por último, y a título casi anecdótico, en *El príncipe* sostiene una tesis que en los *Discursos* termina por negar. Este cambio de opinión, nuevamente, da muestra del pragmatismo con que se redactó la primera obra y la finalidad práctica perseguida por su autor. Se trata de la afirmación, algo controvertida (y algo enrevesada en su argumentación, que no reproduciremos aquí), de que es posible y hasta aconsejable confiar en los colaboradores del anterior régimen. En otras palabras, Maquiavelo aconseja contar —o volver a contratar, según sea el caso— con los funcionarios que sirvieron al principado o a la república que como príncipes hemos venido a suceder. Como salta a la vista, aquella era justamente la posición en que se encontraba en 1513 el propio Nicolás frente a los Médicis, posición que buscaba cambiar con la entrega de su primera obra política que habría de convertirlo en un pensador universal. Los *Discursos*, en cambio, son una obra más pausada y madura, finalizada en un momento en que el antiguo secretario ya había digerido el desengaño y aceptado su nueva condición.

Una filosofía del poder plenamente real (y actual)

> Muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente, y donde está tan lejos el cómo se vive del cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace en aras de lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su conservación.
>
> *El príncipe*, capítulo XV

Con cierta y puntual regularidad, los comentaristas resaltan la actualidad del pensamiento maquiaveliano. No vamos a ser en esto una excepción porque, además de ser completamente cierto, no ha habido un mejor momento que el presente. «El que estudia las cosas de ahora y las antiguas conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos han existido y existen los mismos deseos y las mismas pasiones; de suerte que, examinando con atención los sucesos de la Antigüedad, cualquier gobierno republicano prevé lo que ha de ocurrir, puede aplicar los mismos remedios que usaron los antiguos, y, de no estar en uso, imaginarlos nuevos, por la semejanza de los acontecimientos» (*Discursos*, libro I, cap. XXXIX).



El «Fin» soñado por Maquíavelo no se convierte en realidad hasta 1871, cuando finalmente Italia se unifica en el Estado nacional que es hoy en dia. Los impulsores de este *Risorgimento* fueron Giuseppe Mazzini (izquierda) y Giuseppe Garibaldi (derecha).

La circularidad de los fenómenos históricos (políticos y sociales) se explica, en Maquiavelo, por el hecho de que su filosofía de la historia está íntimamente relacionada con su antropología filosófica, o, dicho con menos tecnicismos, la historia da vueltas como un reloj debido a la inmutabilidad de nuestra naturaleza. Es la forma de ser de los hombres la que hace que la historia se obstine en repetirse invariablemente. Para lo bueno y para lo malo. Para lo malo, porque los sistemas políticos parecen estar sujetos a un ciclo de vida en el que el egoísmo y la corrupción terminan provocando un recorte de las libertades (cuando se olvida la historia). Y para lo bueno, porque, según Maquiavelo, lo que se hizo una vez, se puede volver a hacer. En este punto de la filosofía maquiaveliana, por lo demás inclinada al pesimismo, se vislumbra un cierto aliento optimista

(conviene no olvidar la historia, como, por ejemplo, la de la Roma republicana, para repetirla). El patriótico secretario sostiene que la historia es un ciclo interminable de generación y corrupción condenado a repetirse, un hecho que, por otra parte, encaja a la perfección con su método de reflexión y análisis.

Asimismo, el tiempo que le fue dado a vivir a Maquiavelo conecta poderosamente con el actual, pues ambos han sido marcados a fuego por una profunda crisis de valores que ha llevado a la Europa del presente, como antaño a la Florencia renacentista, a una situación de corrupción generalizada, de acentuado desequilibrio social y de honda desigualdad económica. Una Europa *post res perditas* en la que las ideas del secretario vuelven a relucir como faros que nos guían en la oscuridad; unas tesis cuya originalidad y cruda franqueza las mantienen resplandecientes cinco siglos después de que fueran enunciadas. Baste mencionar el hecho de que el secretario florentino fue capaz de anticipar muchos aspectos de la política, del Estado y de los ejércitos que hoy en día damos por supuestos.

En cierta medida. Maquiavelo supone un paso hacia la madurez intelectual de la humanidad, un dejar atrás ciertas ilusiones infantiles (adolescentes, incluso) para sentar cabeza, a nivel político, sobre una serie de preceptos más descarnados pero asimismo más realistas. Su pensamiento constituye el fin de la ingenuidad que se manifiesta, sobre todo, en la forma en que concebimos la naturaleza política del ser humano, como súbdito y monarca, y, por añadidura, como ciudadano y gobernante. Al exponer de forma tan cruda las miserias de las prácticas de gobierno (mecanismos de dominación, violencia estructural, egoísmo, patronazgo, corrupción, etc.), Maquiavelo nos está hablando del poder para, en el fondo, obligarnos a reflexionar sobre la libertad y las debilidades humanas.

Si tuviéramos que resumir aquí cuáles han sido las ideas más fecundas de todo el repertorio maquiaveliano, habría que enumerar la siguiente lista: la autonomía de la técnica de gobernar respecto de la religión, el distanciamiento entre la moral individual cristiana y la política pública secular, la confrontación de un realismo a ultranza frente a la ideología y los ideales utópicos, la independencia de los medios en la consideración moral del resultado, y una reducción de dicha consideración a una valoración simple y sensata de su

eficacia o utilidad. La política, después de Nicolás Maquiavelo, ha quedado fijada para siempre como el arte de lo posible. Todas estas tesis de Maquiavelo, elaboradas desde su experiencia en el gobierno de la Florencia renacentista, han servido en último término para dar un baño de realismo a la teoría y a la praxis política universal. Este baño también ha servido para poner al descubierto ciertos aspectos de la naturaleza política del hombre. Sin embargo, conviene que maticemos las máximas maquiavelianas, tan propensas a citarse como verdades, ya que nuestras democracias actuales tienen en realidad poco que ver con los estados italianos del siglo XV y nuestros políticos, afortunadamente, se parecen poco al sanguinario César Borgia.

En este sentido, pocas obras han escandalizado a la humanidad más que *El príncipe*. Lo hizo cuando se dio a conocer en grupos reducidos de lectores; lo siguió haciendo cuando circulaba clandestinamente después de su prohibición, y lo sigue haciendo ahora igual que cinco siglos atrás. No obstante, como hemos tenido ocasión de abordar en el capítulo anterior, muchas de las observaciones de Maquiavelo constatan unos hechos que los gobernantes venían repitiendo desde que el hombre es hombre y, como animal social, manda y es mandado por sus semejantes. Pero conviene que volvamos a ser cautos, puesto que la obra del florentino no está dirigida al hombre de a pie. Por contra, sus lectores más cualificados son los soberanos, estadistas y gobernantes que se ven en la tesitura de regir un Estado, además, en entornos de mucha agitación y constantes enfrentamientos bélicos. En realidad, El *príncipe* fue compuesto y pensado para que lo leyera exclusivamente un príncipe Médici de la Italia renacentista, aunque su consideración de la Fortuna y la redefinición de la moral, que opera a través de su nueva *virtù* principesca, han terminado por convertir la obra en un monumento imperecedero.

En definitiva, *El príncipe* es un libro eminentemente práctico que versa sobre la política como un juego en el que el engaño juega un papel fundamental. Desde este punto de vista, Maquiavelo nos muestra las muchas trampas con las que los tiranos, los caciques y los políticos sin escrúpulos intentan dominarnos a cualquier precio. Reflejados como especie en este luminoso y nada distorsionador espejo, podemos hacer dos cosas: aprender a ser malvados, hipócritas y falsos, o tomar precauciones contra los que emplean estos métodos inmorales para oprimirnos. Cabe, por tanto, leer también *El príncipe* como un

medio ambivalente que puede emplearse para fines muy distintos. ¿Será eso lo que lo hace tan escandaloso?

Maquiavelo se impone metodológicamente mostrarnos la realidad (eso sí, la del Renacimiento italiano) tal cual es, y a partir de ella recomienda un camino para que los príncipes de sociedades en crisis puedan emprender la tan necesaria regeneración. Si complementamos su primera obra con las ideas de los *Discursos*, podemos exponer en pocas palabras el programa de Maquiavelo (aunque él nunca lo enunciara exactamente en estos términos): en una sociedad como la Italia desunida, el primer paso sería sustituir temporalmente las instituciones republicanas corrompidas y establecer un principado (algo similar habían hecho los romanos, cuando se enfrentaron a grandes desafíos), es decir, el tipo de dictadura transitoria con el que cerrábamos el capítulo anterior, cuyo fin sería regenerar la escala de valores (restablecer la verdadera *virtù*) para dejar paso de nuevo a una república renovada. En este afán regenerador —no así en el programa—, estas obras seminales del análisis político conservan su vigencia.

Hemos llegado al final del recorrido. En este último capítulo vamos a apuntar las principales conclusiones que se pueden extraer de la filosofía del poder de Maquiavelo. Lo primero que vamos a desgranar es la que sin duda es la cita más repetida de Maquiavelo, «el fin justifica los medios», por cuanto es víctima de dos graves problemas: por un lado, se emplea sin el debido contexto y un mínimo de explicación (como exigíamos en la introducción del presente libro), y por otro, no se corresponde con el sentido preciso de las ideas contenidas en las obras del secretario-filósofo. A continuación, responderemos por extenso a la pregunta que planteamos en la introducción y que dejamos sin resolver en la sección sobre moralidad y gobierno: la que cuestiona si Maquiavelo es un pensador inmoral o amoral. Finalmente, plantearemos algunos nuevos interrogantes con el fin de fomentar una reflexión pausada.

¿Qué opinan los filósofos?

La lista de filósofos que han comentado la obra de Maquiavelo es enorme: desde James Harrington (teórico político inglés, convencido republicano y seguidor del florentino) hasta Antonio Gramsci (destacado comunista italiano, para quien el pensamiento del secretario fue central al suyo propio)[18], pasando por Johann Gottfried von Herder (uno de los padres —involuntario— del nacionalismo, quien rechazaba los consejos prácticos de Maquiavelo pero admiraba la fidelidad del análisis practicado por este).

Por su lado, Francis Bacon, el precursor del método inductivo en la investigación científica, fue un gran defensor del florentino en una Inglaterra isabelina francamente hostil. Escribió que «estamos en gran deuda con Maquiavelo y otros porque escriben sobre lo que el hombre hace, no sobre lo que debería hacer. No es posible unir la sabiduría viperina con la inocencia de la paloma, a menos que los hombres conozcan exactamente todas las características de la serpiente […], es decir, la naturaleza y todas las formas del mal. Sin este conocimiento, la virtud se halla expuesta y desguarnecida. No, un hombre honesto no puede hacer ningún bien a los perversos, mientras les reclame sin la ayuda de este conocimiento del mal»[19].

Baruch Spinoza, quien, como Bacon, vio en Maquiavelo a un realista que rechazaba el pensamiento utópico, describió al florentino como un tenaz defensor del Estado de Derecho. Jean-Jacques Rousseau, en *El contrato social*, definió *El príncipe* como «un libro republicano», y estimó, no sin una cierta osadía, que lo que en realidad buscó su autor fue impartir grandes lecciones a los ciudadanos mientras aparentaba hacerlo a los reyes.

Los idealistas alemanes del siglo XVIII revivieron en gran medida el interés por el secretario florentino. Cabe destacar además de al ya mencionado Herder, a Fichte, quien aseguraba que el opúsculo se basaba en «la vida real como imagen de la historia», y en especial a Hegel, quien fijará definitivamente esta nueva perspectiva histórica en la interpretación del pensamiento maquiaveliano.

Friedrich Nietzsche, por su parte, aseguró que el maquiavelismo puro, sin mezcla y en toda su potencia, es divino y trascendental, tan sobrehumano que el hombre solo podrá aproximarse, pero nunca alcanzarlo en su plenitud. Louis Althusser, desde el marxismo, le dedicó varios de sus trabajos, de los que destacan dos obras en las que recurre al secretario florentino para componer sendos títulos de gran vistosidad: *La soledad de Maquiavelo* y *Maquiavelo y nosotros*.

Solo el Fin justifica los medios

Es infalible. Cuando el nombre de Maquiavelo aparece en una conversación informal, no pasen más de dos minutos antes de que alguien nos recuerde el manido adagio de «el fin justifica los medios». Ante tal situación, desde aquí sugerimos hacerle notar a esa persona (con los modales más apropiados, eso sí) que tal afirmación no es más que una tremenda simpleza que no hace ningún favor a la teoría política del florentino, ni dice mucho del que la repite machaconamente (este último comentario es opcional).

En primer lugar, no cabe duda de que sintetizar todo el pensamiento maquiaveliano en una única fórmula de cinco palabras es, lógicamente, reduccionista. Si bien es cierto que el florentino practicó un estilo directo, basado en gran medida en el aforismo (esas frases cortas, estupendas para ser citadas, a veces un poco enigmáticas, y que parecen exponer un pensamiento de forma completa), al mismo tiempo Maquiavelo procuró en todo momento corroborar cada uno de los principios que iba enunciando con multitud de ejemplos que extrajo de su paso por la vida pública y de la lectura de los libros de historia. La elección y la descripción de los mismos es una parte fundamental de su análisis y de su teoría del poder, así como una muestra de la vasta erudición de su pluma. Al separar los unos de los otros, es decir, al dejar huérfanas a las ideas de su contexto, corremos el riesgo de atribuir al autor la maldad de unos comportamientos que él tan solo describió. Puede que Maquiavelo fuera un ferviente admirador de César Borgia, pero el secretario jamás habría mandado decapitar, degollar o desmembrar a sus colaboradores. Se trata, por tanto, de un extraño caso de metamorfosis entre mensaje y mensajero sobre el que debemos mantenernos especialmente alerta, más si cabe en el caso de nuestro profesor de príncipes. ¿Diríamos, acaso, que el cartero está enamorado por entregar cartas de amor?

En segundo lugar, si pudiéramos preguntarle directamente a Maquiavelo sobre el contenido de este archiconocido enunciado, lo primero que nos diría es que él nunca habló del fin justificador, sino de la *virtù* y la Fortuna, y de

mantener el poder por encima de todas las cosas. Es probable que no le pareciera mal del todo (aunque tampoco bien del todo) eso de que «el fin justifica los medios», porque no hay duda de que convendría en la idea subyacente: que los príncipes emplean todos los medios a su alcance, incluidos la violencia y la crueldad, para conseguir sus metas. ¿Acaso no vale todo en el amor y en la guerra?

Su experiencia entre papas, reyes y emperadores, muchos de ellos formidables guerreros, le mostró con toda claridad que la bondad de los medios no es un criterio para medir el éxito de sus gobiernos; al menos no lo es en la política y en la vida pública. Además, como ya había constatado empíricamente en sus misiones diplomáticas, las disposiciones morales no suelen ser un obstáculo para la mayoría de estos príncipes cuyas aspiraciones están siempre en expansión. Es el fin, entendido como la victoria en el juego de seguir siendo el rey, lo único que los impulsa, y lo hace, como decimos, sin restricción alguna. Un medio, en opinión del mordaz florentino, no es bueno o malo en sí, sino que lo es en la medida en que sirve para conseguir este preciso fin que se basa en conservar el poder.

En tercer lugar, la de Maquiavelo es una ciencia práctica. Esto obliga a que todas las generalizaciones que se extraigan de ella se hagan con mucho cuidado, siendo fieles al contexto y sin dar por verdades lo que solo son conjeturas. Precisamente, lo que el secretario nos propone es una nueva forma de valorar las acciones en el ámbito concreto de la política. Este criterio se fija exclusivamente en la eficacia de las mismas para mantener el poder. ¿Es útil? ¿Sirve para el fin perseguido? ¿Es, como dirán muchos años después los sociólogos, funcional?, sigue preguntándonos el despierto secretario desde su tumba. En caso afirmativo, el medio es «bueno» (recuperando las comillas del capítulo anterior).

Por lo tanto, no podemos decir que el fin justifique los medios, sino que simplemente algunos medios cumplen su función y otros no, en los términos expuestos. Se pueden matar moscas a cañonazos o empleando un insecticida, pero de ninguna manera te vas a librar de su molesta presencia, pongamos por caso, entregándote al rezo y a la oración. Así, un fin no puede justificar un medio ineficaz. Simple y llanamente. El absurdo salta a la vista, aunque no han faltado

gobernantes que se empeñan una y otra vez en seguir cometiendo este error de administrar la medicina equivocada para la enfermedad que se intenta curar[20].

Si, además, le preguntáramos al *signore* Maquiavelo por los medios por los que él optaría, de estar en situación de elegirlos, su respuesta dejaría boquiabierto a más de uno. Su elección en nada la consideraríamos inmoral, porque de entre todos los medios «buenos» o efectivos, Maquiavelo no se decantaría por los malvados. Al contrario, procuraría en todo que sus súbditos lo amaran. También evitaría, con todo su empeño, que lo odiaran, algo que en realidad no es necesariamente excluyente respecto a lo anterior. Incluso, Maquiavelo aprobaría que un monarca se mostrara piadoso, fiel, humano, recto e hiciera gala de ser buen cristiano, siempre y cuando fuera capaz de ser todo lo contrario cuando la necesidad se lo requiriese. Porque, como el lector ya habrá descubierto, nuestro inteligente florentino es todo menos ingenuo. Y aunque antepone lo bueno a lo malo (como casi todos nosotros), no lo hace de una forma incondicional como lo haría un socrático, un humanista o un cristiano devoto.

Haz el bien, como gobernante, siempre que las circunstancias te lo permitan. Este es un aforismo típicamente maquiaveliano. Pero si estas mismas circunstancias te son adversas, la meta que persigues pasa a un primer plano. Esto es lo único que importa y por lo único que tus súbditos y tus enemigos medirán tus acciones. Además, y este es uno de los más trascendentes e intemporales corolarios de su análisis político, en el fondo no tienes alternativa, si te hallas inmerso en esta competición sin tregua. Porque si tú no lo haces, otro lo hará por ti. Y porque si prefieres mantenerte fiel a tus principios morales y no cometer ninguna injusticia, es seguro que alguno de tus contrincantes no se limitará a unos movimientos tan encorsetados y acabará venciéndote. Y, lo que es peor, como apunta Maquiavelo, por no transgredir tu propia moral individual puede que estés provocando un perjuicio mayor al bien común. En ese caso, nos cuestiona finalmente, ¿qué está por encima, hacer el bien a toda costa, como Soderini, o considerar que algunos males son necesarios para el bienestar de la mayoría, como César Borgia?

En cuarto lugar, solo hay un fin que justifique todos los medios en el pensamiento de Maquiavelo. Analizando con un poco más de profundidad sus tesis, no podemos afirmar que el fin —así en abstracto y sea cual sea este— nos

autoriza a emplear, en general, cualquier medio que consideremos oportuno. En este uso ilimitado y poco escrupuloso de su teoría (el fin como excusa de todo egoísmo) Maquiavelo discreparía sin dudarlo un segundo, y lo haría por varios motivos. Por un lado, si el fin del príncipe bondadoso, al que se entrega en cuerpo y alma, es solamente ganarse la salvación eterna, es innegable que preferirá aquellos métodos que mayor gloria le puedan proporcionar (muchos de ellos equivocados para mantener el poder, como vimos en el capítulo anterior). Pero, en opinión de Maquiavelo, este soberano estará lamentable e inexorablemente condenado al fracaso. En tal caso, tanto el objetivo como el camino escogidos son intrascendentes frente a este último y fatal desenlace.

Por contra, un príncipe malvado y cruel sin cortapisas tampoco podrá justificar por mucho tiempo sus medios perversos, si por culpa del odio que genera en sus súbditos acaba en el mismo mausoleo de los soberanos derrocados que el anterior. Incluso, el príncipe hábil y egoísta (el que sigue al pie de la letra los consejos de nuestro secretario) tampoco le parecería bien a nuestro teórico (especialmente al Maquiavelo de los *Discursos*) porque su propia obra serviría para mantener un régimen corrupto, una tiranía, en la que se lesionan las libertades y los derechos de los ciudadanos.

Es preciso recordar que el gran, el inigualable, el insuperable Fin (una vez más y en mayúsculas) es *mantenere lo stato* y hacerlo, de forma trascendente, para reunificar la Italia corrompida que le tocó vivir a nuestro patriótico secretario, devolviéndole así el esplendor de la Roma republicana de la segunda centuria de nuestra era. En tal caso, y exclusivamente en él, Maquiavelo sonreirá al asentir que ese sí, ese Fin ciertamente sí lo justifica todo.

Finalmente, ¿amoral o inmoral?

Procedamos ahora a valorar si Maquiavelo, además de un filósofo político de gran influencia, fue también un moralista como le acusaba Napoleón, en un alarde de algo que podríamos calificar de esnobismo. ¿Inmoral o amoral?, esta es la gran pregunta que trataremos de responder aquí o, mejor dicho, de abordar apuntando posibles respuestas para que cada cual escoja la que mejor le parezca. Ciertamente, son muchos los que han intentado contestarla antes que nosotros, colocándose a las dos orillas que separan el «Maquiavelo genio del mal» del «Maquiavelo teórico brillante».

Lo primero que conviene hacer es definir con mayor precisión la pregunta o cometeremos el mismo error contra el que pretendimos prevenirnos más arriba: confundir mensaje y mensajero. En el fondo, filosofar se trata de afinar al máximo nuestros interrogantes y de avivar constantemente la llama de la duda.

Dicho esto, replanteemos nuestra consulta: ¿es *El príncipe* una obra amoral o inmoral?

Antes de dar cuenta de esta complicada cuestión, debemos volver a insistir en el realismo del método maquiaveliano porque en gran medida este nos va a dar una buena pista. Efectivamente, a todo aquel que le parezca inmoral el material empírico que Maquiavelo observa en las cortes de los príncipes, es inevitable que igualmente se lo parezca la crónica ajustada de estos mismos sucesos. Pero ello no está motivado por una oscura y perversa intención del secretario destituido, sino por la minuciosidad científica del analista serio y competente. Embellecer estos sucesos o rodearlos de un aura de cristianismo es tarea del historiador a sueldo de los soberanos, una labor que también desempeñó Maquiavelo (aunque esta es harina de otro costal). Hecha esta puntualización sobre el realismo y el empirismo de Maquiavelo, estamos en condición de continuar nuestra reflexión.

Al respecto de la moral, la tesis principal del opúsculo principesco es sencilla. Reza, más o menos, así: lo políticamente deseable no tiene por qué ser compatible con lo convencionalmente aceptado como bueno. De hecho, es habitual que una cosa y otra se contrapongan sin una solución posible que satisfaga ambas exigencias de una vez. Desde esta supuesta moralidad universal, lo políticamente deseable es en ocasiones inmoral, como, de forma parecida, a veces ocurre que el bien (la actuación moral) es políticamente indeseable, en el sentido de ser inútil, inefectivo, o lesionar el interés de la mayoría. Por lo tanto, política y ética se mueven en dimensiones separadas, planos paralelos e inconexos, que se rigen por criterios tan diferentes que lo que una y otra aconsejan no tiene muchas veces nada que ver: «Amo a la patria mía más que a mi alma», le había escrito a Vettori. Y si de la patria de uno se trata, «no cabe detenerse por consideraciones de justicia o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o ignominia» porque «lo indispensable es salvar su existencia y su libertad» (*Discursos*, libro III, cap. XLI). En política, vuelve a insistirnos el viejo secretario, hay que pensar en el bien general y no en la moral individual, en el Estado y no en el patrimonio personal (incluido el espiritual). De hecho, hasta la religión debe ponerse al servicio del gobierno y producir ciudadanos que lo sirvan, no que se opongan a él.

Digamos ahora unas palabras sobre la adecuación de los medios al Fin último y cómo afecta la idea de que sea posible o no una sociedad perfecta. En primer lugar, para que exista un criterio moral en política, un criterio normativo que nos ayude a identificar el mal, es preciso definir un ideal del bien respecto del cual desviarse. Pero, al mismo tiempo, convendremos que en todo el planeta no existe sociedad ni gobierno absolutamente morales, buenos en todos los aspectos, que puedan constituir ese grado máximo de perfección. Incluso los ejemplos más admirados de la historia, como la Atenas de Pericles o la Roma republicana (períodos que Maquiavelo idealizó en gran medida), no funcionaron sin desigualdad, esclavitud y una estratificación social del todo injusta. Tampoco los estados eclesiásticos (en el Renacimiento como en el siglo XXI) son una excepción en términos de intrigas, envidias y corrupción. Entonces, si la Ciudad de Dios es tan irreal que jamás ha sido vista (ni nada que se le parezca), el analista político que practique un realismo sincero, como fue el caso de nuestro filósofo, solo puede describir la sociedad tal cual es: mundana, pecadora y corruptible. Y si asumimos la cruda realidad de que no somos angelitos, es

mucho más honesto recomendar leyes y policía, mano dura ante la corrupción, armas para defenderse de las potencias en expansión, y líderes fuertes y decididos que obliguen a los ciudadanos a cultivar la *virtù*. Lo contrario, es decir, alimentar la mentira de que la sociedad es divina pero actuar de la misma forma terrenal (precisamente el proceder que Maquiavelo tantas veces observó y describió), es una señal inequívoca de la hipocresía a la que los dirigentes tenían acostumbrados a sus súbditos hasta ese momento en que la pluma del secretario la desveló.

La operación intelectual que Maquiavelo lleva a cabo es reducir la ética política (la moral del gobernante, si se prefiere) a una técnica de gobernar, precisamente la de la política más efectiva y funcional. Esta concepción de la acción de gobierno como el arte de lo eficaz fue —y sigue siendo— tremendamente novedosa. No solo se opone al humanismo clásico, sino también a las grandes éticas que la precedieron, ya que tanto Platón como Aristóteles concibieron el Estado como la organización política en cuyo marco debían perfeccionarse moralmente los ciudadanos. También se enfrenta al sistema ético de la religión cristiana, por cuanto no descarta *a priori* ninguna acción por inmoral que el primero las considere.

Estas éticas menos políticas que la de Maquiavelo (entendida la segunda como *Realpolitik*) ponen el acento tanto en el medio como en el fin. En la valoración moral de una acción es tan importante su fin (practicar la caridad, por ejemplo) como la forma en que la llevamos a cabo (buena, si es mediante una colecta en la parroquia, o mala, si para ello nos valemos de asaltar a los nobles que cruzan el bosque de Sherwood). En cambio, Maquiavelo modifica este criterio doble y lo desplaza únicamente a uno de los dos términos. Porque nuestro secretario se fija tan instaurado un principado nuevo y adornado y fortalecido con «buenas leyes, buenas armas, buenos aliados y buenos ejemplos» (cap. XXIV).

Regresemos a la pregunta central de este apartado. Ya hemos visto que el secretario aconseja a todo aquel que quiera ser un príncipe «virtuoso» que aprenda a ser malo, astuto y cruel, medio hombre y medio bestia. Pues bien, ¿es este consejo moral, inmoral o amoral?

Las respuestas que se han dado son múltiples, como no podía ser de otra manera. La de los moralistas clásicos o los teólogos cristianos es clara: este es un consejo inmoral sin ningún tipo de pero, pues se opone a las normas éticas y es por ello perverso. La simple inclusión de *El príncipe* en el *Index librorum prohibitorum (índice de libros prohibidos)* en 1557 no deja lugar a dudas: la Iglesia católica la condenó como una obra inmoral. Y la misma consideración supuso para la doctrina del protestantismo, como apuntamos ya.

El comentarista Juan David Zuloaga, en cambio, considera que, «tal vez, no se pueda hablar de una inmoralidad de la política, sino de una tranquila a-moralidad»[21]. Examinemos con más detenimiento esta suposición. Si tal fuera el caso, la política irrestricta de toda ética y toda norma (lejos de tranquila) sería una actividad peligrosa que se movería entre el vitalismo, la brutalidad y el absurdo. Como apuntamos en la introducción, una persona amoral actúa con independencia de toda consideración del bien y el mal, aunque bien puede mantener una apariencia completamente moral. Es innegable que aquel que se rija fijándose solo en los fines, como parece que nos recomienda Maquiavelo, a veces cumplirá con un determinado precepto moral y a veces lo violentará, algo que será considerado alternativamente bueno y malo, según los estándares compartidos. En dicho caso, la acción individual podrá parecemos irracional y azarosa, más propia de los instintos animales (acción-reacción, estímulo-respuesta, ofensa-venganza), aunque esta solo sería una impresión superficial. En realidad, de ser la obra de Maquiavelo amoral, su método convierte la política igualmente amoral en comprensible y analizable en términos de intencionalidad (acciones que se anticipan a reacciones supuestas) e instrumentalidad (medios eficaces ajustados a un fin). El punto en que parece separarse el pensamiento maquiaveliano es en la recomendación que hace al príncipe de que cultive la prudencia, «[…] pues forma parte del orden de las cosas que siempre que se busque evitar un inconveniente acabe cayéndose en otro; mas la prudencia consiste en saber reconocer la índole de los inconvenientes, y adoptar el menos malo como bueno» (cap. XXI). Adoptar el mal menor como preferible, en el fondo, es también una forma de sanción ética. De hecho, la supuesta amoralidad habría convertido en vano el esfuerzo de desarrollar una nueva categoría de *virtù*, un nuevo criterio que nos distinga el bien del mal, aunque ahora sea solo en términos de eficacia para alcanzar el Fin. No parece que Maquiavelo fuera muy dado a un ejercicio de tal guisa, algo que

le habría hecho perder su preciado tiempo y le habría valido la enemistad de los Médicis, de haber sido descubierto el engaño.

De ahí que tanto la primera opinión como la segunda son las respuestas fáciles a la difícil pregunta que encabeza este apartado. Desde luego, *El príncipe* es inmoral para el cristiano confeso y el humanista clásico; y, desde luego, también es cierto que los gobiernos actúan en ocasiones con una fiereza que podemos tildar de amoral, sobre todo cuando adoptan la forma del león (el zorro, a pesar de ser animal, es un símbolo que se asocia más a la inmoralidad del muy astuto). Pero no podemos cerrar los ojos a una realidad que nos disgusta, como no debemos menospreciar el comportamiento racional de los príncipes. De hacerlo, todo esfuerzo por analizar la política y proponer recomendaciones sería superfluo.

Por otro lado, Leo Strauss se pregunta si Maquiavelo aprobaría el empleo de sus consejos inmorales para un fin que también lo fuera, es decir, no para alcanzar un fin patriótico (el bien común), sino para contentar el egoísmo sin límites del príncipe (tiranía)[22]. Es en este sentido que Strauss somete a juicio moral el Fin de *El príncipe*: ¿ayudar a un dictador a mantenerse en el poder a toda costa es un comportamiento moral? La respuesta salta a la vista: muy ético no parece que sea. Concluye, de esta forma, que el tratado maquiaveliano es inmoral, ya que lo son los medios que recomienda y lo es el Fin cuando asegura en el poder a príncipes, caciques y otros animales políticos que anteponen sus intereses al general.

En esta ocasión estamos ante una respuesta mucho más sofisticada que las dos anteriores, aunque en el fondo no está tan alejada de la que dio la Iglesia frente a Maquiavelo. En primer lugar, Strauss somete a juicio tanto los medios como los fines en su consideración moral, como en el ejemplo anterior sobre la caridad. Es una situación análoga a considerar bueno cualquier arte marcial (el karate, pongamos por caso) si sirve para defendernos, y malo, por contra, por el simple hecho de que se hayan propinado palizas gratuitas e injustificadas. En esta consideración, Strauss no se halla muy alejado de los moralistas clásicos.

Pero, al mismo tiempo, Strauss acusa a Maquiavelo de emplear el Fin patriótico como una excusa para recomendar unos medios inmorales que, en el

fondo, solo sirven al interés personal del príncipe. Esta sí es una cuestión de mucha enjundia, ya que, de ser cierta, toda la obra se entiende mejor como un bálsamo para apaciguar las conciencias de aquellos príncipes que actúan con perversidad en aras de un beneficio propio. Ciertamente, Maquiavelo contrapuso unos medios malvados a un Fin que él nos presentó como «sagrado». Strauss cuestiona la supuesta «sacralidad» de este último, ya que los primeros no pueden ser justificados en términos del bien común. El príncipe maquiaveliano no es un «cirujano de hierro», sino un vulgar tirano.

Por su parte, Isaiah Berlin destaca la tremenda originalidad de Maquiavelo, un pensador inusualmente liberado de la metafísica, la religión y los prejuicios de su época. A partir de esta constatación, el filósofo ruso-británico responde a la pregunta que nos ocupa diciendo que el pensamiento maquiaveliano no es ni inmoral ni amoral, sino que *El príncipe* lo que en verdad produjo fue una (re)fundación de una nueva moral[23]. Esta es la inspirada conclusión a la que llega. La tesis la expone de forma no menos inspirada: «Existen dos mundos, uno el de la ética personal y el otro el de la organización política. Existen dos códigos éticos, ambos completos y definitivos: pero no son dos regiones autónomas, una de la ética y la otra de la política, sino que para él [Maquiavelo] son dos alternativas exhaustivas entre dos sistemas de valores enfrentados.» En consecuencia, hay más de un mundo, más de una escala de valores y más de un fin superior (o director), que no se pueden alcanzar al mismo tiempo porque, mal que nos pese, son excluyentes y funcionan como teoremas de ciencias independientes. O la una o la otra. De nuevo, el dilema. De nuevo, estas disyuntivas tan propias del florentino y frente a las que tanto le gusta ponernos.

Llegados a este punto, solo podemos aceptar la *verità effettuale* («verdad efectiva») y escoger uno de estos mundos alternativos y sus grandes Fines asociados. Una vez optemos por uno de ellos, no debemos dejarnos confundir por los preceptos del mundo y de la moral que descartamos. Berlin se da cuenta de que lo que Maquiavelo pone de manifiesto, de forma implícita pero muy claramente, es la incompatibilidad de dos ideales de vida enfrentados. Esta confusión que interfiere con la acción de gobierno es cumplir con las exigencias de la doctrina revelada y practicar el «virtuosismo» en el arte de gobernar. Porque la moral del buen cristiano aconseja la sumisión terrenal en pro de una salvación futura en la resurrección, lo cual supone, en términos prácticos, la

sumisión y el quietismo político. Por contra, la moral de la *virtù* maquiaveliana, que bebe de las fuentes del paganismo romano, promueve la fuerza, el vigor, la disciplina, la acción e, incluso, un cierto arrojo. Pone todo el énfasis en la vida en este mundo, más que en el más allá.

Entonces, según Maquiavelo, solo mediante la segunda moral, la que se asienta en la *virtù*, será posible regenerar la sociedad corrupta de su tiempo y volver a darle un giro a las manecillas de la historia hasta las cumbres civilizadoras de la Roma clásica. Por este mismo motivo, es imprescindible desechar la educación católica porque no es útil ni funcional para el Estado, al promover unos valores que se contraponen a la *virtù* (un concepto que, como hemos visto, también contempla una dimensión colectiva).

Desde este punto de vista, Maquiavelo no produce un divorcio entre ética y política porque nunca estuvieron desposadas; son, más bien, dos esferas autónomas, incompatibles, inconmensurables. Por consiguiente, lo que hace es confrontar una moral cristiana con otra pagana, aunque sigue manteniendo la actividad política dentro de la esfera ética —como planteaba Aristóteles—, aunque lo hace únicamente dentro de la escala de valores de la segunda. Es la moral maquiaveliana, como la del estagirita o la de Cicerón, una moral de alcance social y no eminentemente individual (como pueda ser la ética protestante, por ejemplo), por cuanto el comportamiento ético también se demuestra en la praxis política.

El objetivo de su crítica no es la teología del catolicismo sino, simplemente, su sistema ético, que de tanto fomentar la contemplación, la pasividad y la aceptación de las penalidades de este valle de lágrimas «parece que ha hecho más débiles a los pueblos y más fáciles de convertirlos en presas de los malvados» (*Discursos*, libro II, cap. II). Se trata, en definitiva, de la contraposición entre una ética, la cristiana, que se organiza en torno a un fin trascendente o escatológico (la salvación en el Reino de los Cielos), frente a una moral de corte más práctico, la de su *virtù*, que antepone a las demás cosas el alcanzar un Fin inmanente, real, algo que solo es posible en la actualidad del mundo presente: mantener el Estado y reunificar Italia.

Maquiavelo demuestra así la hipocresía o la doble moral de los católicos, que dicen una cosa y actúan de otra forma. Pero, como asegura Berlin, también es hipócrita actuar como si se pudieran cumplir ambos fines (el Fin y el fin), ser fiel y justo a las dos morales. Se deduce de ello que Maquiavelo produjo una sincerísima reflexión moral sobre la condición humana y sobre la imposibilidad de que exista una sociedad ideal, organizada en su máxima perfección. La respuesta definitiva, para Berlin, es que Maquiavelo fue moral, profundamente moral. Aunque la suya fuera una moral *sui generis*.

Quizá de forma involuntaria, pero nuestro aventurado secretario también abrió, de par en par, las puertas de la ética al relativismo moral al fundar esta otra moral alternativa. Dicha postura filosófica asegura que no existe un criterio único y exclusivo que sirva para enjuiciar todas las acciones. En pocas palabras, el relativismo niega la existencia de una moral universal fija, y en cambio defiende que los principios que guían nuestro comportamiento varían con el tiempo y la cultura. Esta es una idea que ha disfrutado de gran difusión de la mano del discurso multicultural, tan propio, por otra parte, del posmodernismo de más reciente factura.

Para terminar, plantearemos unas pocas preguntas que añaden nuevas dimensiones a nuestra reflexión y que es muy probable que sirvan, finalmente, para dejarla abierta. ¿Pudo Maquiavelo, conocedor del ambivalente mecenazgo de los Médicis, haber escrito un libro destinado a apaciguar la conciencia de todos los que proceden contra Dios para conseguir mayores beneficios? ¿Pudo nuestro secretario haber sido en realidad un cínico, en el sentido popular del término, y haber traicionado sus principios morales —y políticos— precisamente por su acentuado patriotismo y las ganas de recuperar su antigua posición? ¿Pudo, irónicamente, haber querido regalar los oídos de los Médicis, a quienes tal vez despreciaba, mientras les advertía al mismo tiempo de que la ruina del soberano ocurre cuando se rodea de aduladores? ¿Hasta qué punto puso en práctica Maquiavelo, en su carrera profesional, los mismos consejos que recomendaba a los monarcas absolutistas? Y, por último, ¿es *El príncipe* una obra de arte, una escultura en la roca ética, de la que Maquiavelo cinceló una atractiva oda a la maldad, una suerte de *David* de Miguel Ángel asesino y perverso?

Afortunadamente para la filosofía, los grandes dilemas morales solo pueden serlo en su condición de irresolubles. Y como no podía ser de otra manera, las respuestas a todas estas preguntas quedarán por siempre, como en la canción de Bob Dylan, flotando en el aire.

APÉNDICES

OBRAS PRINCIPALES

Desde joven, Maquiavelo destacó por la calidad de su prosa en los largos e interesantes informes al frente de la Segunda Cancillería y el Consejo de los Diez. Dichos escritos están recogidos en volúmenes como *Obras políticas de Maquiavelo* y *Escritos políticos breves*. De igual forma, siempre mantuvo una fecunda relación epistolar con varios de sus amigos íntimos, fruto de la cual son las obras *Cartas privadas y Epistolario privado*. Para el lector interesado en estos temas, nuestra recomendación es la Antología de J. A. Granada, que reúne los textos más destacados.

Sobre la segunda faceta de Maquiavelo, el hombre de letras, su producción abarca excelentes fábulas, poemas y comedias, además de obras de filosofía política y propiamente históricas. Año tras año, Maquiavelo fue completando una breve pero magnífica lista de obras: en 1513 redactó *El príncipe*, su obra más leída con mucha diferencia: en 1516, terminó los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, cuya redacción interrumpió para dedicarse a la anterior: en 1517, escribió el poema satírico *El asno de oro*; también en 1519, tradujo *Andria* de Terencio y redactó la fábula *Belfegor archidiablo* en contra de las esposas, obra de carácter burlón y misógino; en 1520, escribió una biografía histórica, *La vida de Castruccio Castracani de Luca*, y estrenó su comedia más celebrada, *La mandrágora*, una sátira impenitente sobre las costumbres libertinas de la Florencia de su época —obra en la que algunos críticos han querido ver una demostración de la amoralidad ilimitada del propio autor de *El príncipe*—, en el mismo año de 1520, otro papa Médici, Clemente VII, le pidió que redactara la *Historia de Florencia*, encargo que llenó de orgullo a Maquiavelo; en 1521, vio por fin publicado su tratado de táctica militar *Del arte de la guerra*, con el que Maquiavelo también se ganó elogios; en 1524, intervino en el debate lingüístico de la época, al proponer en su *Diálogo en torno a*

nuestra lengua que el dialecto florentino fuera el modelo de la lengua italiana; y, finalmente, en 1525, estrenó otra comedia, *Clizia*, crítica mordaz de la realidad florentina con una forma clásica.

Las obras de Maquiavelo sobre filosofía política son dos, ambas publicadas póstumamente y prohibidas por la Iglesia: *El Príncipe*, de la que hemos hablado extensamente en este volumen, y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, un estudio de historia y filosofía política mucho más moderado, liberal y republicano.

Finalmente, las dos biografías más destacadas sobre Nicolás Maquiavelo, ambas con traducción al español, son: *Vita di Niccolò Machiavelli* de Pasquale Villari, una obra de referencia por la extensísima documentación histórica que emplea, si bien está escrita con un estilo romántico que puede chocar con los gustos actuales —un estilo, por otra parte, muy propio del siglo XIX en que fue compuesta—; por último, *Il sorriso di Niccolò: Storia de Machiavelli* de Maurizio Viroli, una obra dirigida tanto al gran público como al lector académico, describe al autor de *El príncipe* como un decidido republicano, un fiel devoto con una personalidad nada maquiavélica.

CRONOLOGÍA

Vida y obra de Maquiavelo	Historia, pensamiento y cultura
1469. El 3 de mayo nace en Florencia	**1469**. Lorenzo de Médici «el Magnífico», asume el poder en Florencia. Matrimonio de los Reyes Católicos.
	1478. Conspiración de los Pazzi en Florencia.
	1485. *El nacimiento de Venus* de Botticelli.
	1492. Descubrimiento de América. Muere Lorenzo de Médici, «el Magnífico», señor de Florencia.
	1494. Carlos VIII de Francia entra en Italia para reivindicar el reino de Nápoles. Pisa se libera del dominio florentino. Expulsión de los Médicis. República inspirada en el dominico Savonarola.
1498. Designado secretario de la Segunda Cancillería y de los «Diez de la Guerra».	**1501**. César Borgia es nombrado duque de la Romagna.
1501. Misión I: primera legación di-	**1502**. Misión II: primera y segunda

plomática en Francia (6 meses).	embajadas ante César Borgia (3 meses).
	1502. Piero Soderini es nombrado confaloniero vitalicio de Florencia. Rebelión de los capitanes lugartenientes de César Borgia. 26 de diciembre: Ramiro de Lorca es decapitado en Cesena. 31 de diciembre: Lugartenientes rebeldes exterminados en Senigallia.
1503. Misión II: enviado a Roma para seguir el cónclave, tras la muerte de Pío III.	**1503**. Muere el papa Alejandro VI. Tras un breve pontificado de Pío III, Julio II es elegido sumo pontífice. César Borgia cae en desgracia, es encarcelado y termina por huir de Roma.
1504. Misión I: segunda misión diplomática en Francia.	**1504**. El reino de Nápoles pasa a manos españolas.
1506. Misión II: legación frente a la corte de Julio II.	**1506**. El papa Julio II inicia la guerra contra Bolonia.
1507. Nombrado canciller de los «Nueve oficiales» de la recién creada milicia florentina. Misión III: embajador ante el emperador Maximiliano I (casi 6 meses).	
	1508. El papa Julio II organiza la Liga de Cambrai (España, Francia, Sacro Imperio y varios principados italianos) en contra de Venecia.
	1509. Rendición de Pisa frente a la milicia florentina.

1510. Misión I: tercer viaje diplomático a Francia.	**1510-1512**. Miguel Ángel pinta los frescos de la bóveda de la Capilla Sixtina.
1511. Misión I: cuarto y último encargo diplomático en Francia.	**1511**. El papa Julio II promueve la Liga Santa (Venecia, España, Inglaterra, Suiza, Sacro Imperio Romano y los Estados Pontificios) para expulsar a los franceses de Italia.
1512. 7 de noviembre: Apartado de todos sus cargos. 10 de noviembre: Condenado a un año de exilio de Florencia.	1512. Derrota de Francia ante la Liga Santa. 29 de agosto: Florencia es saqueada por tropas españolas. 16 de septiembre: Los Médicis son restituidos en el poder.
1513. Tras pasar un mes apresado, queda libre pero recluido en su casa. Junio-diciembre: Redacción de *El príncipe*.	**1513**. Muere Julio II. Giovanni de Médici es elegido papa León X.
1513-1516. Redacción de los Discursos sobre la primera década de Tito Eivio.	**1516**. Tomás Moro publica *Utopía*. Muere Fernando «el Católico» y le sucede su nieto Carlos I de España, quien acordará con Francisco I de Francia el reparto de Italia: Nápoles será español y el Milanesado, francés.
1517. Escribe su poema satírico *Asno de oro*.	**1517**. Lutero pone en marcha la Reforma protestante.
1519. Redacción de *Belfegor archidiablo* y traducción de *Andria*.	**1519**. Muere el emperador Maximiliano I y su nieto se convierte en Carlos I de España y V de Alemania.
1519-1520. Redacción de *El arte de la guerra*, el único de sus tratados que publicará en vida (1521).	

1520. Encargo de la redacción de la *Historia de Florencia*.	
	1521. Muere León X. Le sucede el papa Adriano VI. Primera guerra entre Carlos V y Francisco I por el Milanesado.
1523. Aparece el plagio de *El príncipe*, bajo el título de *De regnandi peritia* firmado por Agostino Nifo y con dedicatoria a Carlos V.	**1523**. Muere Adriano VI. Le sucede Giulio de Médici, nombrado papa Clemente VIL
1524. Escribe el Diálogo en torno a nuestra lengua.	**1524**. Francisco I reconquista el Milanesado.
1525. Estreno de Clizia, representada con éxito en Florencia. Termina la redacción de la *Historia de Florencia*.	**1525**. 24 de febrero: Batalla de Pavía, donde los ejércitos franceses son derrotados y Francisco I hecho prisionero.
1526. Éxito sensacional de Za Mandrágora, representada en Venecia. Vuelve a la actividad política, al recibir de los Médicis encargos menores.	**1526**. 18 de marzo: Por el Tratado de Madrid, Francisco I es liberado y cede el Milanesado. 22 de mayo: De regreso a Francia, promueve la Liga de Cognac (Francia, Milán, Estados Pontificios y Florencia) para enfrentarse a los españoles.
1527. 21 de junio: Muere Maquiavelo.	**1527**. 6 de mayo: Saco de Roma por las tropas imperiales de Carlos V, lo que obliga al papa Clemente VII a refugiarse en el Castel de Sant'Angelo. 17 de mayo: Expulsión de los Médicis de Florencia.
1531. Publicación de los *Discursos sobre la primera década de Tito Li-*	

vio.

1532. Publicación de *El príncipe*.

Notas

[1] Las fuentes de las citas de Maquiavelo las incluiremos seguidamente entre paréntesis. Si solo se indica el capítulo, la obra citada es *El príncipe*. <<

[2] García Jurado, R., «Maquiavelo y los Médicis», *Polis*, vol. 9. <<

[3] *Cassirer, E., El Mito del Estado*. <<

[4] Dado que «maquiavélico» tiene una connotación negativa (es sinónimo de «taimado», «astuto» y «mentiroso») y que uno puede ser maquiavélico sin seguir ninguno de los consejos del florentino, es preferible hablar de ideas «maquiavelianas» para referirnos a las del viejo secretario, mientras que reservaremos la expresión «maquiavélicas» para aquellas decisiones, acciones o intenciones de líderes políticos —o de otras personas— que no pueden ser consideradas bondadosas a partir de los valores éticos compartidos. <<

[5] Algo similar ocurrió con la conciencia de nuestra sexualidad, instintos y subconsciente, cuando Sigmund Freud los expuso con una claridad meridiana que lo conecta a Nicolás Maquiavelo. <<

[6] A Fernando de Aragón, rey de España, no lo llegó a conocer en persona, aunque usó su figura como un referente en varios capítulos de *El príncipe*. <<

[7] Carta a Vettori, del 18 de marzo de 1513. <<

[8] Existen casos todavía más extraordinarios de cardenales que han sucedido a sus padres en el sumo pontificado. <<

[9] Carta de Maquiavelo del 1 de enero de 1503. <<

[10] Granada, M. Á., «Maquiavelo y César Borgia», en R. R. Aramayo y J. L. Villacañas (eds.), *La herencia de Maquiavelo*, Madrid. <<

[11] Strauss, L., «Machiavelli's Intention: The Prince», *The American Political Science Review*, vol. 51. <<

[12] Skinner, Q., *Maquiavelo*. <<

[13] Carta a Vettori del 10 de diciembre de 1513. <<

[14] Esta anécdota la recoge Isaiah Berlin en un ensayo sobre Maquiavelo, pero no se encuentra en ninguna de las páginas escritas por el que fuera premio Nobel de Literatura. <<

[15] Para el lector interesado, todas estas anotaciones napoleónicas están recogidas en el siguiente volumen: Maquiavelo, N., y Bonaparte, N., *Maquiavelo comentado por Napoleón I (Bonaparte)*. <<

[16] Russell no fue el primero en darse cuenta de esta similitud, sino que, ya en el siglo XIX, Maurice Joly la puso de manifiesto en su obra *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. <<

[17] Skinner, Q., *Maquiavelo*. <<

[18] Antonio Gramsci dedicó dos cuadernos, los numerados 13 y 18, a sus *Note sul Machiavelli, sulla política e sullo Stato moderno*, en sus *Quaderni del carcere*. <<

[19] Bacon, F., *The advancement of learning*. <<

[20] Fue el genial Groucho Marx quien afirmó: «La política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados». <<

[21] Zuloaga, J. D., *Maquiavelo y la ciencia del poder*, Granada, Universidad de Granada, 2013. <<

[22] Strauss, L., «Machiavelli’s Intention: *The Prince*», *The American Political Science Review*, vol. 51. <<

[23] Curiosamente, Maquiavelo introduce en los *Discursos* una clasificación de los hombres, colocando en el primer puesto a los fundadores de las religiones. <<